



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

**“LAS NARRATIVAS DE LA IZQUIERDA. EL FRENTE
AMPLIO URUGUAYO Y LOS USOS POLÍTICOS DEL
PASADO, 1971-1973”**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**LICENCIADO EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS**

P R E S E N T A:

**FRANCISCO FERNANDO CONTRERAS
QUINTANA**



**ASESORA:
DRA. EUGENIA ALLIER MONTAÑO**

MÉXICO, D.F., OCTUBRE DE 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	2
1. CAPÍTULO 1: Raíces y consolidación del sistema político uruguayo.....	7
1.1 La herencia del siglo XIX.....	7
1.2 El <i>batllismo</i> y la consolidación del sistema político. El bipartidismo y la partidocracia.....	12
1.3 Prosperidad económica y estabilidad política.....	24
2. CAPÍTULO 2. El fin del Uruguay próspero y la crisis política.....	28
2.1 Crisis económica y cambio político.....	28
2.2 Deslegitimación de los partidos tradicionales y nuevos actores políticos.....	36
2.3 Los movimientos armados: Izquierda Revolucionaria y la Tendencia Combativa.....	45
3. CAPÍTULO 3: El Frente Amplio: de su nacimiento a la invención de la tradición.....	54
3.1 El nacimiento del Frente Amplio.....	54
3.2 La heterogeneidad del Frente Amplio.....	63
3.3 La invención de una tradición política: el uso político del pasado y la formación de una identidad partidaria.....	67
4. CONCLUSIONES.....	97
BIBLIOGRAFÍA.....	103

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mis padres. Por su inagotable cariño y apoyo. La vida no me alcanzará para pagarles todo lo que me han dado. A mis principales cómplices: Francisco, mi hermano, y Valeria, mi compañera. Por soportar y alimentar mi locura.

A la Dra. Eugenia Allier Montaña, mi asesora, quien desde el inicio confió en este proyecto. Además de sus sabios comentarios y su dedicación, le agradezco los consejos y las palabras de aliento.

A mis sinodales: la Mtra. Julia Elena Miguez, por dedicarme tanto tiempo y esfuerzo, y compartirme su historia en el Uruguay de los años aquí estudiados; al Doctor Jesús Hernández Jaimes, por sus acertadas observaciones y críticos comentarios; a los Maestros Gustavo Ogarrio y Guillermo Bello Chávez, quienes además de compartir sus conocimientos y sus valiosos comentarios, me han brindado su invaluable amistad.

A mi familia del CELA: Lilia Jacobson, José Montoya, Guillermo Aquino, Daniel Ayala, Jessica Ramos, entre otros muchos. Por sus enseñanzas de valor y fraternidad.

A mis viejos amigos que me han acompañado en todos estos años. A Erika Ramos, Joel Serrano, Alan Campos y Jorge Cueto.

A la Mtra. Antonia Llorens Cruset, por su incondicional apoyo y confianza, y su sincero cariño. Por las infinitas enseñanzas, tanto laborales como humanas.

A mis muertos y sobrevivientes que me dan vida.

El pasado lleva a la gente a hacer cosas que de otro modo no haría;
es un instrumento que se utiliza contra los demás
y un elemento fundamental para socializar a los individuos,
mantener la solidaridad de grupo y establecer o cuestionar la legitimidad social.
Así, pues, el pasado es ante todo un fenómeno moral y,
por lo tanto, político, y siempre contemporáneo.

IMMANUEL WALLERSTEIN

Introducción

La utilidad del conocimiento del pasado para la acción política, es un tema tan viejo como el estudio del mismo. Fenómeno que fue advertido desde la Antigüedad por historiadores como Tucídides, quien era consciente de que su obra podía servir para fines políticos de generaciones futuras. A lo largo del tiempo el uso político del pasado ha adquirido diversas expresiones, pero siempre fundado en la idea de que su conocimiento, gracias a manipulaciones de datos históricos, puede tener una función política en el presente. Es decir, la recuperación del pasado antes de ser científica ha sido política, adecuada a los intereses del presente.

A partir del siglo XIX surgieron nuevos modos de hacer política, centrados en el uso retórico de la historia en el discurso público, de la misma manera que en el renacimiento humanista el orador político usaba ejemplos del pasado para atender demandas del presente. La oratoria política se apoyó en constantes referencias históricas y tradiciones inventadas como recurso persuasivo. Durante la primera mitad del siglo XX, con el ascenso de las dictaduras en Europa -nacionalsocialista y comunista-, la oratoria política sufrió un grave cambio; comenzaron a ser discursos demagógicos que buscaban manipular y deformar la historia drásticamente. Para esto, se crearon discursos que legitiman su accionar.

[...] el uso político de la historia, propiamente dicho, es un fenómeno que en el siglo XIX alcanzó las mayores cuotas conocidas hasta entonces [...]. En las últimas décadas del siglo XIX, sobre todo, dicho uso se materializaría en numerosas <<tradiciones inventadas>>, con las que los Estados-naciones -junto a determinados sectores sociales-desplegaron un especial esfuerzo de legitimación o de búsqueda de las señas de identidad, a través de actividades conmemorativas, construcción de edificios públicos, erección de monumentos y organización de la historia escolar.¹

El objeto de estudio de la presente tesis son los usos políticos de la historia en Uruguay. En este país sudamericano el conocimiento del pasado y la política han mantenido relaciones muy estrechas y visibles. Hasta mediados del siglo XX los partidos Colorado y Nacional (partidos tradicionales) se habían presentado como los principales actores que usaron el conocimiento del pasado como recurso de la actividad política. Sin embargo, la centralidad y estabilidad de los partidos políticos, así como la identidad colectiva en torno a ellos, se

¹ Gonzalo Pasamar. "Los historiadores y el <<uso público de la historia>>: viejo problema y desafío reciente, en Florentino Portero (ed.), *La política exterior de España en el siglo XX, Ayer*, núm. 49, 2003, pp. 221-237, p. 223-224.

vieron amenazadas por los efectos de la crisis estructural perceptible desde 1958. De esta manera, comenzó una serie de reflexiones en torno al ser nacional y las posibles soluciones a la crisis. Consecuentemente surgieron nuevas formas de interpretación y uso político de la historia, dando lugar a un pensamiento revisionista y crítico que impregnó a la izquierda política, y posteriormente sirvió de base a sus narrativas. Desde finales de los años cincuenta las investigaciones del revisionismo histórico uruguayo se orientaron a la izquierda, pero no abandonaron sus tópicos nacionales y populares, sino que se consideró como portador de éstos².

Hasta la década de 1970 había sido imposible formar una alianza o un frente que aglutinara a partidos de izquierda y los sectores progresistas de los partidos tradicionales. El Frente Amplio (FA) surgió como una alternativa a los partidos tradicionales, los cuales se mostraban incapaces de encontrar salidas a la crisis. El FA tuvo la capacidad de contar con la participación de numerosos ex militantes de los partidos tradicionales, y no únicamente con viejos militantes de los partidos comunista y socialista. Aquellos sectores de los partidos Colorado y Nacional que se integraron al Frente Amplio formaron identidades políticas a su interior que, con el tiempo se diluyeron en un proyecto común.

En 1971, cuando la izquierda política uruguaya se unificó en el FA, se produjo una reacción de los partidos tradicionales al darse cuenta de que su hegemonía se veía amenazada. La nueva fuerza política, por su lado, se dedicó a releer la historia política para renovar el legado artiguista y a aquellas tradiciones olvidadas por blancos y colorados. Esto le dio la capacidad de absorber elementos de la tradición popular y democrática. El surgimiento del Frente Amplio supuso un desafío a las interpretaciones históricas de los partidos tradicionales, rompiendo con el “monopolio de la interpretación histórica”. Este nuevo actor político construyó una nueva interpretación de la historia nacional.

Dicho lo anterior, vale la pena mencionar las justificaciones de este trabajo. ¿Por qué estudiar a Uruguay desde México? Las justificaciones de esta tesis las puedo dividir en dos tipos, uno de carácter personal y otro meramente académico. Entre los personales está la necesidad de estudiar un país que, geográficamente, se encuentra tan distante respecto de México, pero que no deja de pertenecer al objeto de estudio de nuestra licenciatura:

² Rilla, José, “Revisionismos e izquierdas en Uruguay y Argentina”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política* [online]. 2010, vol.19, n.1 pp. 81-82. Disponible en: http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-499X2010000100003&lng=es&nrm=iso ISSN 1688-499X. [Consultado en noviembre de 2014]

América Latina.

Las justificaciones académicas se relacionan con la existencia de vacíos y carencias en las investigaciones que tocan nuestro objeto de estudio. Las relaciones entre política y las representaciones del pasado en Uruguay, han sido advertidas e investigadas por un número reducido de autores. Y las existentes, o al menos las que estuvieron a nuestro alcance, son investigaciones enfocadas en los llamados partidos tradicionales -el Partido Colorado y el Partido Nacional-, principalmente durante su periodo de consolidación. En esa línea se encuentra la obra de Guillermo Vázquez Franco, *La historia y sus mitos: a propósito de un libro de Real de Azúa, comentarios, digresiones, reflexiones*, y del mismo Carlos Real de Azúa, *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*. Por otro lado están aquellas investigaciones centradas en los usos políticos del pasado efectuados durante la dictadura cívico-militar. En este extremo está el trabajo de Aldo Marchesi, *El Uruguay inventado. La política audiovisual de la dictadura, reflexiones sobre su imaginario*.

Así, podemos observar un vacío entre estas investigaciones, ya que han dejado en el olvido los años previos a la dictadura y, principalmente, al caso del Frente Amplio. Sin embargo, existe la excepción del uruguayo José Rilla, quien en su obra *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, acierta en señalar que el Frente Amplio también se apropió del pasado y de tradiciones con fines constructivos. Pero, de la misma manera que los autores antes mencionados, su trabajo se enfoca en los partidos tradicionales, y el estudio sobre el Frente es breve y austero.

La presente tesis tiene como finalidad ser un aporte en el estudio del surgimiento y desarrollo del Frente Amplio, a partir del estudio de la invención de su tradición política. De esta manera, el estudio busca señalar cuáles fueron los momentos y figuras históricas a las que apeló el Frente Amplio para crear una identidad política que le permitiera definirse y diferenciarse de los partidos tradicionales. Pero no sólo se señalan estos momentos y figuras históricas, sino que se exponen las resignificaciones que sufrieron.

Nuestra hipótesis sostiene que la resignificación política del pasado que elaboró la izquierda, representada por el Frente Amplio, reconstruyó las retóricas de la nación y de la república, es decir; resignificó símbolos y figuras carismáticas nacionales, que le permitió forjar una identidad “frenteamplicista” y, consecuentemente fundar-inventar una nueva tradición política. La nación es vista como un proyecto inconcluso, cuya mejor portadora es

la tradición izquierdista.

Aunado a la crisis social y al desprestigio de los partidos tradicionales, la izquierda política ganó terreno entre la población gracias a su capacidad para elaborar un discurso que, evocando a personajes y episodios históricos -lugares de la memoria-, logró “fanatizar” a los receptores apelando a su deber con la historia nacional.

Para los fines ya señalados, hemos decidido dividir la presente tesis en tres capítulos. En el primero, se señalan las raíces y las características propias del sistema político uruguayo. Posteriormente, en el segundo capítulo, se describe el contexto dentro del cual se creó el Frente Amplio. Para estos dos capítulos nos apoyamos principalmente en fuentes secundarias: libros, artículos y tesis. Para el tercer capítulo, que es la parte central de nuestro trabajo, nos remitimos a los discursos de la coalición de izquierda, principalmente los pronunciados por el General Líber Seregni, muchos de ellos recopilados en diversos libros y otros tantos tomados de publicaciones periódicas de la época, principalmente del semanario *Marcha*. Para este apartado el Internet fue de suma importancia, ya que nos permitió el acceso a materiales que en México son inexistentes.

Como ya mencionamos, el primer capítulo expone los orígenes del sistema político uruguayo partiendo del siglo XIX. La construcción de la democracia en Uruguay inicia en dicho siglo con la modernización de la sociedad, tanto del Estado como de las instituciones públicas, con la adquisición de nuevas responsabilidades. Aparecieron demandas colectivas, como los derechos laborales, de las mujeres, el derecho a crear nuevas formas de organización y de lucha social, la integración de los inmigrantes, y el papel de la educación como motor del desarrollo. Así, el conocimiento del siglo XIX se vuelve fundamental para comprender los cambios y permanencias de la política uruguaya durante el siglo XX.

En el segundo capítulo se abordan los cambios políticos y sociales de mediados del siglo XX. En los años cincuenta, al cambiar las tendencias en el mercado internacional, el Uruguay comenzó a hundirse en una crisis económica, que rápidamente fue sufrida por el grueso de la población. El descontento social creció significativamente y se expresó en las urnas, cuando en 1958, después de casi un siglo de gobiernos colorados, el Partido Nacional triunfó. Sin embargo, el cambio de partido en el poder no mejoró la situación social, por el contrario, se agravó. Los movimientos y organizaciones sociales ganaron amplitud, mientras los partidos tradicionales entraron en un proceso de deslegitimación. Por

otra parte, la represión estatal también aumentó, tocando a un amplio sector social. En este contexto de crisis social, económica y política, en un ambiente marcado por la violencia, no sólo estatal sino también guerrillera, un vasto grupo de ciudadanos provenientes de distintos partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales, decidieron desafiar al bipartidismo uruguayo y crearon el Frente Amplio.

El tercer capítulo está dedicado exclusivamente al FA. Se parte de sus antecedentes, de los intentos por unificar un movimiento alternativo a los partidos tradicionales, y se señalan sus aciertos y fracasos, así como aquellos elementos que fueron retomados por el Frente Amplio. Hasta 1971 era inexistente un partido o movimiento que realmente pusiera en crisis al tradicional bipartidismo, pero las elecciones de aquel año cambiaron el panorama. El Frente, en su primera participación electoral, se convirtió en la tercera fuerza política del Uruguay. A pesar de las diversas trayectorias políticas convergentes al interior del Frente Amplio, éste logró forjar un movimiento único, con un programa y un sentido de la historia común a todos sus integrantes; es decir, inventó una nueva tradición política.

Capítulo 1. Raíces y consolidación del sistema político uruguayo

Para entender el desarrollo de la cultura política³ uruguaya y el papel de los partidos en el sistema político, en este primer capítulo se realiza un breve recorrido histórico por sus orígenes. Se parte de los últimos años del siglo XIX y concluye en la década de los cincuenta del siglo XX, cuando la política, a consecuencia a la crisis económica y social, cambió de rumbo.

A través del análisis de la relaciones entre Estado, partidos tradicionales (Colorado y Nacional o Blanco) y sociedad, se explicarán las raíces de la “política de partidos” imperante en Uruguay. Es decir, se analizarán las bases estructurales e históricas del sistema político uruguayo, así como la estabilidad del régimen democrático.

El capítulo busca dar cuenta del proceso que ubicó a los llamados partidos tradicionales en el centro del sistema político uruguayo, condición que continuó hasta la segunda mitad del siglo XX. Conocer dicho fenómeno es indispensable para entender la excepcional aparición y participación electoral del Frente Amplio en 1971.

1.1 La herencia del siglo XIX

En la primera mitad del siglo XIX, Uruguay entró al concierto de las naciones americanas después de un proceso independentista muy peculiar. La neonata nación se caracterizó por tener un Estado débil, marcado por la ausencia de una entidad portadora del monopolio de la coerción. No contaba con un ejército central sólido, sino que estaba dividido en dos bandos heredado del movimiento encabezado por José Gervasio Artigas, dirigidos por Fructuoso Rivera y Juan Antonio Lavalleja. Ambos caudillos representaban un bando y concentraban un buen número de personas, que los percibían como garantes de su seguridad. La definición de ambos bandos ocurrió después de la primera crisis de independencia (1820-1830) y una vez que se estructuró la primera Constitución (1830).

Así, al iniciar la vida independiente del Uruguay, el poder se encontraba dividido en

³ La “cultura política” la entendemos en el sentido que le otorgaron Gabriel Almond y Sidney Verba, como las orientaciones de carácter político que tiene la población, a las posturas relativas al sistema político y a los elementos que lo componen. Son los conocimientos, valoraciones y sentimientos que tiene la población hacia el sistema político. Ver Gabriel A. Almond y Sidney Verba. “La Cultura Política”, en Albert Batlle (Editor). *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Ariel, Barcelona, 3º Edición, 2007, pp. 179-180.

estos dos bandos, denominados divisas⁴ blanca y colorada, las cuales tempranamente mantuvieron un papel hegemónico dentro de la política nacional, con las figuras de los caudillos y los doctores. Las divisas no eran partidos políticos como se entienden actualmente, sino eran organizaciones políticas con una fuerte convocatoria social e inclusive contaban con ejército propio. Mientras que los blancos mostraban un acento más conservador y regionalista, los colorados tenían un origen menos rural, representaban el ala liberal y simpatizaban con la población del puerto-ciudad.

Esta formación de bandos políticos fue paralela a la pugna por la hegemonía emprendida por las clases dominantes: el patriciado y los ricos ligados al aluvión inmigratorio. En este momento, la oligarquía agrícola y ganadera no veía en los bandos un canal de representación política, ni los percibía como instituciones capaces de efectuar una modernización de la estructura productiva del país.

Por otra parte, la Constitución de 1830 sentó las bases del sufragio, pero restringió considerablemente el ejercicio de la ciudadanía. Sólo consideraba dos tipos de ciudadanos: los naturales y los legales. Los naturales eran todos aquellos hombres libres, nacidos en cualquier punto del territorio del Estado, pero la suspensión de la ciudadanía podría ocurrir en los siguientes casos: presentar ineptitud física o moral; por ser peón jornalero, soldado de línea, ebrio habitual, analfabeto o vago; tener un proceso por algún crimen, una deuda con el fisco; ser menor de dieciocho años en caso de estar casado o de veinte de ser soltero. Los ciudadanos legales eran los inmigrantes casados con un mínimo de tres años de residencia o cuatro en caso de estar solteros, siempre y cuando profesaran alguna ciencia, industria o arte, o poseyeran alguna propiedad o capital. Las mujeres, fueran naturales o legales, estaban estrictamente excluidas de la ciudadanía. Por lo tanto, sólo un pequeño número de habitantes podía ejercer la ciudadanía.⁵

El pacto establecido entre las divisas, conocido como La Paz de Abril de 1872, fue un hecho clave para la construcción del moderno sistema de partidos, puesto que significó el

⁴Las divisas eran aquellos bandos encabezados por la figura de un caudillo o un doctor. Los caudillos solían ser dirigentes políticos rurales, con una educación básica; mientras que los doctores, denominado así por su formación universitaria, provenían de las familias ricas urbanas y dirigían a la gente de la ciudad. Ambas figuras eran vistas como un protector y, por lo tanto, tenían una gran capacidad de convocatoria. En 1836, después de la batalla de Carpintería, se observan dos divisas distintas, diferenciadas por portar un cintillo blanco o colorado. Posteriormente, en 1919, se transformaron en los partidos políticos modernos.

⁵Inés Cuadro Cawen, "Partidos, elecciones y democracia política", en Ana Frega *et al.*, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2010, p. 318.

primer intento por acabar con las pretensiones excluyentes, además instauró el recurso del acuerdo partidario, marcando el inicio de una precaria coparticipación. Sin embargo, este pacto no garantizó la paz y las guerras civiles continuaron.

Durante el último tercio del siglo XIX, con la llegada del Coronel Lorenzo Latorre (1876-1880), las pautas de socialización de la sociedad uruguaya comenzaron a cambiar drásticamente. Se emprendió un acelerado proceso de modernización, el cual integró paulatinamente a diferentes sectores sociales al ejercicio de la ciudadanía. El gobierno de Latorre, desarrollado en pleno auge del sistema capitalista mundial, se destacó por transformar el mundo rural y, por lo tanto, al sector económico.

La llegada de numerosos inmigrantes europeos favoreció que se activaran ciertos sectores económicos, ya que se dedicaron al comercio en sus distintas ramas: agrícola, ganadero, así como a actividades financieras y a la nascente industria. Los inmigrantes que se convirtieron en prósperos empresarios rurales se organizaron en la Asociación Rural (1871), con la finalidad de demandar y garantizar la protección de sus bienes. Estos estancieros dedicados a la cría del bovino, presionaron al Estado para que les otorgara protección a su propiedad. Dichas demandas dieron frutos al decretarse el Código Rural en 1875, bajo la tutela de la Asociación Rural, el cual contenía las disposiciones para modernizar el sector agrario.

La Asociación Rural buscó proteger los intereses de los estancieros y planteó la necesidad de modernizar la producción ganadera. Con el Código Rural se asignó la vigilancia en los campos e intensificó el sistema de alambrado para definir y proteger la propiedad privada rural. Sin embargo, el costo del alambre, proveniente de Bélgica, Inglaterra, Alemania y Francia, era inalcanzable para los medianos y pequeños propietarios, así que se vieron orillados a vender sus campos a precios muy bajos, dejándolos sin medios de producción y acabando con la pequeña y mediana propiedad.

Es decir, se intensificó y consolidó un proceso de acumulación originaria, entendido como el divorcio violento entre el productor y sus medios de producción, generando una acumulación primitiva, que es la “prehistoria del capital y el régimen capitalista de producción”. Así, los medios de producción arrebatados pasaron a ser propiedad privada y sus productos se convirtieron en mercancías, mientras que el productor despojado se volvió mano de obra “libre” de toda propiedad, y comienza a depender de la venta de su fuerza de

trabajo para su subsistencia.

La expoliación de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras fiscales, el robo de la propiedad comunal, la transformación usurpatoria, practicada con el terrorismo más despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada moderna fueron otros *tantos métodos* idílicos de la *acumulación originaria*. Estos métodos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporaron el suelo al capital y crearon para la industria urbana la necesaria oferta de un proletariado enteramente libre.⁶

Bajo esta misma administración se efectuó una modernización de la ciudad-puerto de Montevideo, caracterizada por una acelerada urbanización, la llegada del telégrafo, el crecimiento de la población urbana, el nacimiento de la clase trabajadora y el inicio de un proyecto educativo. Latorre no se conformó con poner orden en el campo, sino que buscó crear un modelo de ciudadano que portara los códigos de la “civilización”. La creación de un sistema educativo ayudó a la transmisión de estos códigos. Este proyecto se inició con la sanción de la Ley de Educación Común en 1877, y estuvo a cargo de José Pedro Varela, quien confiaba en que la educación sería un pilar fundamental para la transformación y la igualdad social. El proyecto de Varela estableció que la educación debía ser laica y gratuita, y obligatoria a nivel primaria. Asimismo, aumentó la calidad educativa, a través de la construcción de escuelas, la ampliación de la planta docente, mejoras del inmobiliario y el establecimiento de programas escolares.

El crecimiento de la población urbana fue producto de la inmensa llegada de inmigrantes europeos y de la población que fue desplazada por el alambrado. Esta población recién llegada comenzó a trabajar en talleres y comercios, dando lugar a una incipiente clase trabajadora urbana uruguaya. Dichos trabajadores, que en su mayoría eran de origen extranjero, pronto organizaron asociaciones destinadas al progreso de sus oficios, brindando ayuda mutua, promoviendo la educación y creando fondos que facilitarían cualquier acción colectiva, como huelgas o paros. Dentro de este incipiente movimiento de trabajadores habían dos principales vertientes ideológicas: la anarquista y la socialista.⁷ Así, la llegada de inmigrantes también originó cambios culturales, no sólo demográficos y económicos.

Se suele afirmar que durante este periodo se creó el Estado uruguayo moderno,

[...] con las consiguientes novedades que ellos suponía: se obtuvo el reconocimiento del país como

⁶Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, Siglo XXI, México, 1995, pp. 917-918. Citado en Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, Octava Edición, 2009, p. 69.

⁷Ana Frega, “La formulación de un modelo, 1890-1918”, en Ana Frega *et al.*, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, p. 24.

'entidad soberana' en el marco de las relaciones internacionales; se institucionalizó la autoridad; se logró el monopolio de la coerción; se concretó la capacidad de extraer recursos asiduamente y se dio comienzo al despliegue simbólico que reforzó el sentimiento de pertenencia y solidaridad y permitió el control ideológico de la sociedad.⁸

Si bien continuaron los gobiernos militares -a cargo de Latorre, Santos y Tajés-, no duraron mucho y cada vez involucraban en mayor medida a los civiles. A finales del último gobierno militar, el de Máximo Tajés, en 1887, se acordó crear cámaras de listas mixtas, integradas por colorados, blancos y constitucionalistas⁹. Ese mismo año se devolvió el poder a los civiles, y el colorado Julio Herrera asumió la presidencia.

Para 1898, se hizo un primer intento por mejorar el ineficiente sistema electoral. Se promulgaron las leyes del Registro Cívico Permanente y de Elecciones, pero no garantizaron la existencia de garantías electorales, por lo cual las prácticas fraudulentas en los comicios resultaron frecuentes.

La sociedad uruguaya, al no tener conflictos de orden religioso, sólo mostró una escisión social significativa, derivada de la dicotomía urbano-rural asociada directamente con las divisas. Así, comenzó a identificarse con los partidos y se generó un fuerte sentimiento de pertenencia. Esta fragmentación partidaria llegó a un amplio sector de la sociedad, incluso los inmigrantes se involucraron con los bandos políticos. A su vez, el impulso modernizador del gobierno de Lorenzo Latorre otorgó un mayor poder al Estado, expandió la educación pública, favoreció la urbanización del país, y generó una temprana clase media que en el siglo XX cumplió un papel importantísimo para la consolidación de la democracia.

A pesar de las sangrientas guerras civiles, el siglo XIX heredó una cultura política marcada por la existencia de lealtades partidarias arraigadas en el sentir de la sociedad, lo cual, a su vez, permitió que blancos y colorados fueran las dos principales fuerzas políticas. Estos rasgos permanecieron durante gran parte del siglo XX, pero se vieron frenados con la aparición de una tercera fuerza política, el Frente Amplio.

⁸Gerardo Caetano y José Rilla, "Raíces y permanencias de la partidocracia uruguaya", en *Secuencias*, 1992, núm. 2, ene-abr, pp. 158-159.

⁹ Si bien blancos y colorados comenzaban a dominar la vida política uruguaya, también existían partidos menores que tuvieron una participación breve. Entre ellos se encontraba el Partido Constitucional, promotor de la filosofía positivista, considerado como el primer "partido de ideas".

1.2 El *batllismo* y la consolidación del sistema político. El bipartidismo y la partidocracia

Durante las primeras décadas del siglo XX, al terminar un largo periodo de guerras civiles y conflictos internacionales, los partidos políticos encontraron un ambiente propicio para consolidarse como protagonistas en el sistema político: el crecimiento del Estado, la rápida expansión del sistema educativo, el auge del comercio, el aumento de la clase trabajadora, el nuevo puesto de la mujer en la sociedad, y la separación entre la iglesia y el Estado. Ocurrió una segunda fase del proceso modernizador.

Como es conocido, en el Uruguay, a diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos, se entra desde las primeras décadas del siglo en un sistema político de tipo representativo, en el que los partidos desempeñan un importante papel, imperando un sistema electoral con garantías instrumentales y con reconocimiento de la ciudadanía universal.¹⁰

Ante el temor de volver a vivir cruentas pugnas civiles, se comenzaron a buscar otras vías para resolver los conflictos entre partidos. A partir de 1903, con el inicio de la presidencia del colorado José Batlle y Ordóñez, electo por las dos cámaras del Poder Legislativo reunidas en la Asamblea General, es decir, sin la participación popular, cambió la política uruguaya radicalmente en su intento de pacificar el país.

Durante los primeros días de su presidencia, Batlle y Ordóñez enfrentó una guerra civil encabezada por el caudillo del Partido Blanco, Aparicio Saravia. El movimiento encabezado por Saravia estaba compuesto por la población rural afectada por la modernización (el alambramiento de campos, mecanización del trabajo y despojo de tierras). Después de un exitoso despliegue táctico por parte del gobierno, Saravia fue eliminado y la guerra concluyó con la llamada Paz de Aceguá, celebrada el 24 de septiembre de 1904, la cual no estableció ningún mecanismo de “coparticipación” entre los partidos políticos y propuso una reforma constitucional.¹¹

Batlle y Ordóñez, que había estudiado en Europa, era heredero del iluminismo y confiaba en que el desarrollo de los ciudadanos era la clave para forjar una cultura democrática. Así, impulsó políticas orientadas a garantizar derechos sociales. Dicha administración se caracterizó por ser un Estado interventor que favoreció a los sectores más vulnerables: niños, mujeres, trabajadores, inmigrantes, etcétera. La intervención del Estado

¹⁰Gerónimo de Sierra, “Sistema y partidos políticos en el Uruguay de la crisis”, en Lorenzo Meyer y José Luis Reyna (Coords.), *Los sistemas políticos en América Latina*. Siglo XXI/ONU, México, 1989, p.42.

¹¹Ana Frega, “La formulación de un modelo...”, *op. Cit.*, p. 28.

debía “dotar a las clases sociales más numerosas y menos favorecidas de una suma de beneficios que, de otra manera, serían únicamente accesibles a las acomodadas”.¹²

La primera administración de Batlle y Ordóñez (1903-1907) promovió importantes reformas: una económica, caracterizada por una serie de nacionalizaciones, estatizaciones, incentivó a la industria; una reforma social, la cual otorgó apoyo y derechos al movimiento laboral; la reforma rural, que buscó acabar con el latifundio ganadero, promoviendo la pequeña propiedad; la reforma fiscal, que aumentó los impuestos para los ricos, pero disminuyó los del consumo; y la reforma política, interesada en politizar a la sociedad e instalar un sistema Colegiado.¹³ Sin embargo, muchas de las reformas promovidas por Batlle y Ordóñez fueron frenadas. En 1916, durante la segunda administración de Batlle y Ordóñez, se convocó a un plebiscito para votar la Reforma Constitucional, la cual proponía establecer un sistema Colegiado. En el fondo, el plebiscito ponía a votación todo un proyecto reformista. Así, la primera derrota política del batllismo llegó el 30 de julio de aquel año mediante las urnas.

El año de 1916 delimitó, así, la paradoja constitutiva de la moderna democracia uruguaya. A simple vista, el freno al reformismo fue producto de su traspie en las urnas; la democracia política de sufragio universal, finalmente asegurada en la nueva Constitución, nació junto al imperativo político de la conciliación y del pacto, de la parsimonia para el cambio social, del recelo ante los impulsos hegemónicos. De allí en adelante, a partir de ese acto refundacional del Estado, los pleitos fundamentales de la sociedad uruguaya buscarían dirimirse desde la legitimidad de los caminos institucionales de una democracia de partidos y elecciones.¹⁴

El plebiscito ha sido considerado como el hecho que fundó la democracia política uruguaya, ya que puso a prueba el sufragio universal masculino y las nuevas garantías en la emisión de voto. También porque la mayoría pudo expresarse y se convenció que a través de las urnas se podían decidir grandes cambios, y porque el gobierno supo aceptar su derrota.¹⁵

A pesar de la derrota del batllismo, en 1918 la Constitución sufrió una reforma, la cual fue pactada con los nacionalistas, y se puso en marcha el 1º de marzo del siguiente

¹²Mensaje del Poder Ejecutivo, firmado por José Batlle y Ordóñez el 22 de noviembre de 1911, citado en Benjamín Nahum, *Empresas públicas uruguayas. Origen y gestión*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993.

¹³Gerardo Caetano, “Ciudadanía política e integración social en el Uruguay”, en Hilda Sabato (Coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. Siglo XXI, México, 2003, pp. 413-414.

¹⁴Gerardo Caetano, “Ciudadanía...”, *op. Cit.*, pp. 414-415.

¹⁵José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio británico. Tomo 8: La derrota del Batllismo 1916*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1987.

año. Por lo tanto, no se implantó el sistema Colegiado propuesto por Batlle. No desapareció la figura del Presidente, aunque el Poder Ejecutivo sí tuvo cambios importantes. Entre las principales modificaciones que dictó la nueva Constitución, se encuentran la división del Poder Ejecutivo en dos instancias: el Presidente y el Consejo Nacional de Administración, ambos electos por los ciudadanos. El Consejo Nacional de Administración estaba encargado de garantizar los llamados fines secundarios del Estado: enseñanza (instrucción superior, secundaria y primaria), trabajo, obras públicas, industrias, entre otros. El Consejo debía estar integrado por nueve miembros, seis pertenecientes al Partido Colorado y tres al Partido Nacional, de esta manera fue la rama colegiada del Poder Ejecutivo y fue una expresión de coparticipación.

Por otra parte, la nueva Carta Magna dio un paso de suma importancia para la consolidación de la democracia uruguaya: estableció el voto secreto. A partir de la sanción de esta nueva Constitución los ciudadanos comenzaron a tener mayor influencia en el sistema político, ya que tuvieron la facultad de aprobar o frenar, mediante las urnas, las reformas constitucionales.

Consecuentemente, se establecieron las garantías electorales, aunque muchas de ellas ya existían con anterioridad. El sistema electoral presentó normas como: la representación proporcional en las elecciones de la Cámara baja o de Diputados, que garantizó la participación equitativa del Partido Nacional y de partidos menores; el doble voto simultáneo, que permitió votar por diversas listas de un mismo partido que competían por un puesto en común; propiedad de lemas y otros medios para acumular votos, que favorecieron a los partidos tradicionales, imposibilitando la creación de una verdadera tercera fuerza política. Una de las peculiaridades del sistema electoral uruguayo es que el ganador de la presidencia no era el candidato más votado, sino el candidato más votado del partido ganador, es decir, del partido con mayor cantidad de votos.

En estos años cuando se inició la larga tradición electoral. Se aceptaron las elecciones como el medio para acceder al poder, incorporando, de manera casi inmediata, el voto de las mujeres¹⁶ y de los inmigrantes, lo que implicó su posterior nacionalización. Surgieron mecanismos electorales que contribuyeron a dar confianza a la ciudadanía sobre la

¹⁶ La Constitución de 1918 propuso que el derecho a votar se extendiera a las mujeres. Dicha ley se aprobó hasta 1932, pero se hizo efectivo hasta 1938. Sin embargo, el derecho al voto no se tradujo en una mayor representación de las mujeres en la política institucional.

transparencia y rigurosidad de los mecanismos electorales. Por lo tanto, se desarrolló un sistema electoral con altos índices de participación y en poco tiempo aumentó el número del electorado, facilitado por la habilitación del voto universal masculino.

Asimismo, las demandas femeninas de derechos políticos fueron llamaron la atención del *batllismo*, que presentó un proyecto de ley en 1914 para garantizar el derecho femenino al sufragio, pero no prosperó.¹⁷ Sin embargo, los derechos otorgados a las mujeres fueron más allá de lo político. Durante el segundo gobierno de Batlle y Ordóñez (1911-1915) la mujer se inserta en el mercado laboral y en el sistema educativo.

El problema de la inclusión de los inmigrantes también estaba dentro de la agenda del *batllismo*. Para 1928, ante la negativa de los inmigrantes por adoptar la nacionalidad uruguaya por no querer perder su nacionalidad y el apoyo de su país de origen, se promulgó una ley que estipulaba que la adopción de la ciudadanía uruguaya no exigía la renuncia de la nacionalidad de origen. Esta medida aportó un número considerable de votantes en las elecciones posteriores.

Estos acontecimientos fomentaron la idea que todos los problemas nacionales debían ser resueltos exclusivamente en las urnas. En el periodo de 1919 a 1933 hubo elecciones todos los años a excepción de cuatro. Aunado a esto, los valores de la democracia política fueron promovidos por la educación pública, que también era deudora de la nueva Constitución.

Batlle y Ordóñez fomentó la participación ciudadana a través de diversas formas; por ejemplo, impulsando la creación de asambleas partidarias, y apoyando al movimiento obrero, reivindicando la huelga como herramienta de lucha. Las asambleas partidarias buscaban acercarse a la población para conocer los problemas de la vida pública. Por otra parte, estableció el plebiscito para que la sociedad pudiera expresar su sentir ante los gobernantes. Los mecanismos de participación ciudadana fueron más allá de la participación popular en las elecciones presidenciales y de representantes políticos; así, los ciudadanos tenían la facultad de pronunciarse sobre distintos temas de la vida política. Entonces, debemos señalar que con participación ciudadana o popular no nos referimos sólo a la participación del Cuerpo Electoral por medio de mecanismos institucionalizados,

¹⁷Ver Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, *Mujeres, Estado y política en el Uruguay del siglo XX*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.

sino también mecanismos informales de participación, por ejemplo, asambleas barriales.¹⁸

Las políticas de Batlle ayudaron a la consolidación de las organizaciones sociales y promovieron su participación política. Las organizaciones sociales más sobresalientes fueron los sindicatos. Como ya señalamos, desde el siglo XIX los trabajadores se encontraban organizados en asociaciones que fomentaban el apoyo mutuo y la solidaridad a favor del bien común. Con el aumento de la población trabajadora también crecieron sus organizaciones, concentradas en dos vertientes ideológicas. Por una parte, la anarquista, que en 1905 constituyó la primera central sindical del país, la Federación Obrera Regional Uruguay (FORU); del otro lado, estaba la vertiente socialista, de definición marxista. Asimismo, existía una corriente social cristiana, que buscaba diferenciarse de las corrientes revolucionarias.

Batlle siempre mostró su apoyo a los trabajadores, alentó sus movimientos huelguistas y atendió sus demandas, lo que le permitió ganar una considerable popularidad entre dicho sector. Consecuentemente las manifestaciones de trabajadores, como marchas y huelgas, aumentaron durante estos años. Para Batlle el Estado debía mediar en los conflictos entre el patrón y el trabajador. Gracias a las mencionadas manifestaciones y a las iniciativas estatales, los obreros consiguieron una serie de derechos: jornada laboral de 8 horas, el descanso semanal obligatorio (1920), pensión después del retiro (1919), prevención de accidentes (1920), salario mínimo (1927), entre otros.

Se fortaleció el sindicalismo obrero, gracias al desarrollo de la industria y el apoyo estatal. El movimiento sindical en ningún momento fue dirigido por partidos políticos o empresarios, sino que desde muy temprano aprendió a negociar con el Estado, originando un cierto estilo popular de “hacer política”. Factor que enriqueció la experiencia democrática uruguaya.¹⁹

La ausencia de partidos de clase obrera se debió a que la sociedad uruguaya estaba poco jerarquizada y a la existencia de una democracia altamente inclusiva. Sin embargo, los trabajadores se expresaron políticamente a través los partidos tradicionales y, en menor medida, a través de los “partidos de ideas”. Éstos últimos son denominados así porque promovían diversas ideologías. Entre ellos estaban el Partido Socialista, fundado en 1910;

¹⁸ Irene Renfer, *Democracia directa en Argentina, Uruguay y Venezuela. Tres ejemplos de democracia directa*, Prometeo, Buenos Aires, 2010, p. 28.

¹⁹ Ana Frega, “La formulación de un modelo...”, *op. Cit.*, pp. 29-30.

la Unión Cívica (de formación católica), fundada en 1911; y posteriormente surgió el Partido Comunista, en 1921.

Hasta aquí hay dos claves para entender la centralidad de los partidos tradicionales en el sistema político uruguayo. Por una parte, es un sistema que se caracteriza por una fuerte tradición electoral, el cual siempre mostró una gran capacidad de convocatoria y que presentó un crecimiento exponencial en un periodo relativamente corto. En segundo lugar se observa que, desde sus inicios, los partidos tradicionales fueron el canal por el cual la sociedad se expresó políticamente, y lo mismo ocurrió con el movimiento laboral (el sindicalismo). Es decir, los partidos tradicionales cumplieron el papel de intermediarios de intereses y sirvieron como fuentes de socialización política, en un momento en que la integración nacional era débil y existía una fuerte segmentación urbano/rural. Dada la centralidad de los partidos en la política uruguaya, ésta ha sido denominada como una partidocracia. “Entendemos por partidocrático un sistema en que los partidos [...] son reconocibles como posibilitantes de relevancia, como motores-cerebros, como actores exitosos en instancias trascendentes, como los sustentos más cabales -aunque no los únicos- de toda la formación y de la construcción democrática”.²⁰

Pero no significa que los partidos hayan sido el único actor político. Existió un espacio para la “política de presión”, en el que se movieron sindicatos y las cámaras empresariales. Por su parte, estaban los “partidos de ideas”, considerados como la izquierda política. Éstos cumplieron una función de “cooperación de adversarios”, indispensable para el mantenimiento de un régimen democrático basado en la competición.

Dicho lo anterior, podemos observar que a principios del siglo XX se expandió la presencia del Estado, al servir de árbitro en la distribución del poder económico y social. Simultáneamente ocurrió un proceso de incorporación ciudadana, por medio de los partidos, las elecciones y un conjunto de políticas sociales integradoras. El país encontró su integración a través de las instituciones públicas del Estado y a través de los partidos, principalmente los llamados “tradicionales”. La historiografía uruguaya ha llamado a este periodo como “el primer batllismo”, destacando su carácter reformista que, como ya vimos, le dio una amplitud al papel del Estado y configuró el sistema moderno de partidos. Con el

²⁰ Caetano, Gerardo, Pérez, Romeo y Rilla José, “Cambios recientes y desafíos en el sistema político uruguayo concebido como una partidocracia.”, en *Partidos y Electores*, CLAEH/EBO, Montevideo, 1992, p. 138.

batllismo surgió la figura del Estado Benefactor, “[...] que amplió las bases de la participación ciudadana y los canales de movilidad social, al tiempo que incorporó a las nuevas capas sociales -clases medias y sectores obreros- a los beneficios del desarrollo y la ciudadanía”.²¹ Durante este periodo el sistema político uruguayo se dota de legitimidad. Entendemos por tal la capacidad de un sistema político para generar y mantener la convicción de que sus instituciones son las más convenientes o apropiadas para la sociedad.²²

El Estado se mantuvo autónomo frente a las clases dominantes que ejercían el poder económico, pero no fue así respecto los intereses de la sociedad civil, dejando la sensación de ser un Estado altamente inclusivo que priorizaba la “voluntad general”. Así, el batllismo se encargó de formar “una conciencia colectiva de pertenencia e identificación con una sociedad democrática”²³, que tuvo un fuerte arraigo en la sociedad uruguaya, sobreviviendo a los periodos de crisis política. Y dentro de esta “conciencia colectiva” también reinaban los ideales de justicia, solidaridad con los más desprotegidos y soberanía económica.

Batlle y Ordóñez era consciente del papel de la educación para lograr que la población tuviera una mayor participación política, ya que los dotaba de herramientas para entender la realidad del país y era la mejor vía para fomentar los valores de la democracia. Por ende, el sistema educativo se amplió aún más. En 1914 la gratuidad se extendió a los niveles secundario y universitario; se crearon los Liceos Departamentales, la Escuela de Arte Dramático, la sección Secundaria para mujeres, las Escuelas y Liceos nocturnos para adultos. Para el norteamericano Seymour Martin Lipset, la educación cumple un rol de suma importancia para la consolidación de la democracia.

Los datos reunidos por agencias de investigación de la opinión pública, que han interrogado a individuos de diversos países sobre su fe en diversas normas democráticas de tolerancia hacia la oposición, sus actitudes hacia minorías étnicas y raciales, y su fe en sistemas multipartidistas en vez de unipartidistas han puesto al descubierto que *el factor más importante entre los que dan respuestas democráticas y los demás ha sido la instrucción*. Cuanto más elevada es la instrucción es más probable que se crea en valores democráticos y se apoyen prácticas democráticas.²⁴

A diferencia del proceso que se emprendió bajo el gobierno de Latorre, en esta segunda fase

²¹ Constanza Moreira, “Democracia, Estado y Sociedad Civil en Uruguay”, en Mario Garcés Durán (Coordinador), *Democracia y ciudadanía en el Mercosur*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2006, p. 514.

²² Seymour Martin Lipset, “Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política”, en Albert Batlle (Editor), *Diez textos básicos de Ciencia Política*, op. Cit., p. 130.

²³ Carlos Real de Azúa, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Editorial de la Banda Oriental, Montevideo, 1984, p. 10.

²⁴ Seymour Martin Lipset, op. Cit., p. 123.

los partidos políticos sí tuvieron una participación directa, dando origen al sistema de partidos. En estas dos primeras décadas del siglo XX los partidos también experimentaron cambios, se organizaron internamente y se abrieron a temáticas relacionadas con aspectos económicos y sociales, lo cual se tradujo en su consolidación.

Mientras se consolidaba la institucionalidad democrática, el sistema de partidos se modernizó. La cultura política comenzó a girar en torno a los valores de la democracia representativa, dejando de lado los enfrentamientos armados. La lucha electoral se instauró como el principal mecanismo para dirimir las diferencias políticas, ayudando a que los partidos tradicionales se ubicaran en el centro de la política uruguaya; es decir, el sistema político uruguayo presentó un fuerte “partidocentrismo”.

Los partidos tradicionales siempre acapararon la mayoría de los votos, que iban en incremento, reflejando una mayor participación ciudadana. De esta manera se creó un sistema bipartidista; es decir, que si bien existieron entidades partidarias participantes, sólo dos sobresalieron y se repartieron el poder. Se establecieron diversas formas de coparticipación en la administración pública, así como una suerte de reparto del poder estatal y sus beneficios entre ambos partidos tradicionales. Así, el sistema de partidos uruguayo se caracterizó por presentar un bipartidismo durante los periodos de elecciones, pero con la participación de múltiples partidos en las dinámicas políticas más corrientes.

De manera tal que, lenta pero firmemente, los partidos llegaron a resolver sus interacciones en armonía y no de forma destructiva, sin que con ello se negaran sus divergencias y sus consecuentes conflictos. Los partidos tradicionales, y los partidos nacidos en el siglo XX, reforzaron durante esta centuria un juego político inclusivo y autoafirmante.²⁵

Por otra parte, es importante señalar que la estabilidad del bipartidismo uruguayo se debe, en gran medida, a la acción combinada de la legislación electoral y del marco institucional.

Por un lado, la legislación electoral per se no determinó el número de partidos relevantes que existían en Uruguay al nacer la democracia, pero jugó un rol central en su mantenimiento durante el medio siglo siguiente. La legislación electoral sola, sin embargo no fue suficiente: fue más bien la acción simultánea de la legislación electoral y de otra característica institucional -el presidencialismo- lo que llevó a ese resultado.²⁶

El exponencial aumento de votos concentrados en los partidos tradicionales, no sólo expresó un elevado grado de participación electoral, sino que también reflejó la existencia

²⁵Silvia Dutrénit (coordinadora), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México, 1996, p. 243.

²⁶Luis E. González, “Legislación electoral y sistemas de partidos: el caso uruguayo”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política [online]*, No. 4, 1990, pp. 9-27, p. 21. Disponible en: <http://www.fcs.edu.uy/archivos/RUCP-04-03-Gonzalez.pdf> [Consultado en septiembre de 2014]

de fuertes lealtades blanqui-coloradas. A manera de ejemplo señalamos lo ocurrido en las elecciones presidenciales de noviembre de 1922, en las que además de los partidos tradicionales también participaron los llamados “partidos de ideas”. Los resultados fueron extremadamente polarizados: el Partido Colorado obtuvo 50.05%, el Nacional 47.12%, mientras que entre el Socialista, Comunista y Católico sumaron un escaso 2.82%.

Las lealtades y pertenencias cívicas -especialmente las político-partidarias- se constituían en el factor dominante para la constitución y renovación del significado de las identidades sociales en el país. En ese periodo decisivo en que se completaba la configuración originaria de todo un sistema institucional de convicciones, valores, símbolos y relatos cívicos, la identidad nacional de los uruguayos quedaba asociada de manera indisoluble al funcionamiento del sistema de partidos [...].²⁷

Esta fuerte adhesión a los partidos tradicionales, fue posible gracias a una serie de prácticas y estrategias novedosas: actos callejeros de gran participación social, uso de propaganda masiva, la creación del “club político”, entre otros. Vale la pena señalar en qué consistía el club político, así como sus consecuencias. Esta institución se encargó de garantizar votantes al sector partidario al que pertenece el club, a cambio de una serie de beneficios sociales o económicos, como repartición de cargos públicos o facilitar trámites burocráticos, originando prácticas clientelistas. Es decir, el club político funcionaba más como una suerte de “agencia de transmisión de favores” que como un canal de politización. Evidentemente las clases con menos recursos económicos fueron las más apegadas a estas instituciones y demostraron más fidelidad a los partidos políticos. Los clubes políticos generaron “células” de socialización política que permitieron formar una política de masas y favorecieron la reproducción de las identidades partidarias.

La década de 1930 inició acompañada de una crisis económica que azotó a todo el país, originada, en gran medida, por la caída de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929 que sacudió al sistema capitalista mundial. Ante dicha situación la administración en curso agudizó sus posturas estatistas e intervencionistas, dando inicio a la llamada etapa del dirigismo. El dirigismo consistió en la creación de instituciones que tenían como tarea

²⁷Gerardo Caetano, “Ciudadanía”, *op. Cit.*, pp.425-426. Caetano retoma el término <<identidad social>>, el cual fue acuñado por investigadores del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) para referirse a <<modos en que los individuos articulan sus distintas lealtades a instituciones o valores sociales, sus múltiples adhesiones a grupos u organizaciones y pertenencias a ciertas categorías sociales dadas>>. Para un análisis más extenso, ver: Nelson Aragonés, María del Rosario Beisso, José Castagnola y Pablo Mieres, *Un modelo teórico para la investigación de las identidades sociales*. Montevideo: CLAEH, Serie Investigaciones, No. 57, 1989; Rosario Beisso y José Castagnola, “Identidades sociales y cultura política en Uruguay”, en *Cuadernos del CLAEH*, No. 44, 1987; y “Las adhesiones políticas de izquierda en el Uruguay: ¿un caso de políticocentrismo?”, en *Cuadernos del CLAEH*, No. 49, 1989.

regular el comercio exterior, el sector financiero, el mercado interno, el valor de la moneda y los salarios.

Sin embargo, el entonces Presidente Gabriel Terra, comenzó a tomar distancia respecto a las posturas batllistas que habían continuado aún después de las administraciones de Batlle y Ordóñez, y se acercó a las demandas conservadoras. De esta manera se cerró el período del primer batllismo. Asimismo, inició una ola represiva, caracterizada por el cierre de sindicatos y detenciones de militantes obreros, con el pretexto de acabar con un supuesto “complot comunista”. Después de que la izquierda y algunos sectores de los partidos tradicionales denunciaran reiteradamente las intenciones golpistas, éste se efectuó el 31 de marzo de 1933 por el mismo Gabriel Terra, quien decretó la disolución del Consejo Nacional de Administración y del Parlamento.

Cabe señalar que no fue un golpe de Estado realizado por las Fuerzas Armadas, sino por el mismo Presidente con el apoyo del cuerpo de bomberos y policías. Es decir, no fue un golpe a cargo de un actor ajeno a los partidos. Por otra parte, fue un golpe que no encontró una notable resistencia por parte de la población, con las excepciones del Consejero Baltasar Brum y estudiantes universitarios que se declararon en huelga y tomaron la Facultad de Derecho. Esto implicó que no fuera un hecho cargado de violencia, por ello se suele denominar a este periodo como “dictablanda”. Sin embargo, la administración golpista se caracterizó por una represión inusual en Uruguay, ya que censuró periódicos, hizo uso de la tortura, encarceló o exilió a sus detractores políticos.

Las Fuerzas Armadas no apoyaron el golpe de Estado, pero tampoco defendieron las instituciones democráticas. Estuvo promovido por los adeptos al corporativismo fascista²⁸, que lo veían como un modelo eficaz para salir de la crisis, ya que fortalecía a la autoridad, limitaba las huelgas y aseguraba el control de la economía.

Sin embargo, la dictadura rápidamente buscó legitimarse y entrar en la legalidad institucional, por eso convocó a elecciones para establecer una Asamblea Constituyente que posteriormente se encargaría de redactar una nueva Constitución (1934). Si bien el *terrismo*

²⁸ A inicios del siglo XX algunos sectores conservadores, voltearon a Europa y sintieron simpatía con el movimiento liderado por Mussolini en Italia, que llevaba por bandera el progreso y el alto al comunismo. El fascismo fue aceptado por los sectores más conservadores de los partidos tradicionales: el riverismo, el sosismo y el vierismo dentro del Partido Colorado, mientras que en el Partido Nacional fue abrazado por el herrerismo.

estuvo marcado por un ambiente autoritario, respetó el sistema electoral al no suspender las elecciones nacionales. Aunque líderes de los sectores progresistas de los partidos tradicionales opositores al gobierno de Terra proclamaron la abstención, dicho llamado no tuvo amplia aceptación popular.

Durante las elecciones realizadas en marzo de 1938, que dieron el triunfo al Partido Colorado, los registros electorales crecieron, debido a la inscripción de las mujeres y a la implantación del voto obligatorio, que se incorporó a la Reforma Constitucional, aunque no estipulaba sanción alguna en caso de incumplimiento, de ahí que no tuviera consecuencias importantes en los procesos electorales.

En la década de 1940 ocurrió otro golpe de Estado, de nuevo realizado por el Presidente de la República, ésta vez Alfredo Baldomir. Se disolvieron las Cámaras para contar con mayorías parlamentarias que permitieran acabar con prácticas políticas instauradas durante el *terrismo* que restringían la participación de la oposición. Pero la disolución parlamentaria fue muy breve y pronto se volvió a la legalidad constitucional. Por su brevedad y finalidad, dicho quiebre institucional se ha vinculado con la restauración democrática.

El quiebre institucional fue una salida a la situación autoritaria heredada del *terrismo*. Mediante una reforma constitucional se buscó restablecer un sistema político anterior, recuperando las formas de hacer política y de representación, eliminando las medidas que excluían a la oposición, entendida como los sectores batllistas y nacionalistas independientes.

A lo largo de las primeras cuatro décadas del siglo XX se consolidó una cultura partidista, que, como vimos, tiene sus raíces en el siglo XIX. Se observa la construcción y consolidación de una institucionalidad democrática, que a pesar de sus periodos de crisis (el golpe de Estado de 1933) no presentó una verdadera ruptura, sino que se destacó por la continuidad del sistema de partidos.

Tanto la acción del Estado benefactor, como la coparticipación de los partidos, el sindicalismo, las mutualistas, la educación de la expansión media, y la creación de la confianza social que todos estos procesos implican, favorecerán la consolidación de la cultura democrática en el Uruguay a mediados del siglo XX. [...] El Estado de Bienestar potencializó la cultura asociativa y la confianza social, lo que se reflejó en el afianzamiento de los partidos, la evolución e intensa participación del electorado y la expansión del sindicalismo en la totalidad de la sociedad asalariada [...].

De esta manera, se afianzó un cambio en el proceso de socialización política que llevaría a los ciudadanos a vincularse cada vez más con asociaciones, sindicatos y partidos. A partir de estas nuevas pautas se logrará articular una firme alternativa al bipartidismo tradicional, que se concretará

en diversas experiencias como la CNT, el “Congreso del Pueblo” y la fundación del Frente Amplio.²⁹

A su vez, se consolidó un sistema democrático que estimuló la participación ciudadana directa. Retomando las tesis de Lipset, la democracia se define como un sistema político que brinda la posibilidad de cambiar a los gobernantes, de manera regular y constitucional; es un mecanismo que permite a grupos de intereses contrapuestos tomar decisiones sobre la cosa pública; también otorga a la población la capacidad de influir en la toma de decisiones, a través de su facultad de elegir a sus representantes políticos. Pero la implantación de la democracia trae consigo una serie de condiciones específicas: se requiere de una fórmula política, de un sistema de creencias que legitime la existencia de la democracia y sus instituciones (partidos políticos); la existencia de un grupo político dirigente en el poder, electo vía el sufragio popular; y la existencia de un grupo político fuera del poder que representa a la oposición, y que dota de competitividad al sistema político.³⁰

La democracia que se consolidó en Uruguay se caracterizó por sus altos niveles de participación ciudadana. Durante el gobierno de Batlle y Ordóñez se implantaron las primeras formas de participación directa y a lo largo de los años, con las múltiples reformas constitucionales, se vieron ampliadas.

Al iniciar la Segunda Guerra Mundial, el Uruguay en su condición de país dependiente, se enfrentó a un problema de abastecimiento de insumos, debido a que sus principales proveedores estaban enfocados en la economía de guerra, en la compra y venta de armamento. Sin embargo, el dirigismo y el proteccionismo del Estado se profundizaron y amplió su participación en la economía a través de múltiples instituciones. Consecuentemente mejoraron las condiciones de vida de un amplio sector de la población.

A partir de la segunda mitad de la década de 1940, paralelamente al retorno a la institucionalidad democrática, Uruguay comenzó a vivir una época de bonanza económica, que benefició rápidamente al grueso de la población, y presentó rasgos característicos del Estado de Bienestar. Pero era un fenómeno coyuntural, originado por la situación del mercado internacional.

²⁹ Guillermo Hugo Bello Chávez, *Uruguay, génesis y metamorfosis de una cultura democrática* (Tesis para obtener el grado de Licenciado en Estudios Latinoamericanos). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 115-116.

³⁰ Seymour Martin Lipset, *op. Cit.*, p. 115.

1.3 Prosperidad económica y estabilidad política

El término de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo una nueva situación en el mercado internacional. Aumentó la demanda de los principales productos que Uruguay exportaba: lana, carne y cuero, y se mantuvieron a precios elevados hasta el comienzo de la recuperación europea, aproximadamente en 1955. La economía uruguaya, dependiente del mercado internacional, comenzó a vivir un período de bonanza. Esto permitió acumular, año tras año, sustanciosos saldos positivos en la balanza comercial. Por consiguiente el país multiplicó sus reservas de oro y el índice de crecimiento global de su economía estuvo entre los más altos, no sólo del continente, sino también del mundo.

Durante los últimos años de la década de 1940, con las facilidades que dio la prosperidad económica, el país estuvo encabezado por Luis Batlle Berres, quien, en agosto de 1947, quedó al frente del gobierno a la muerte de Tomás Berreta. Batlle Berres, al igual que su predecesor, siguió impulsando la industrialización a partir de políticas estatistas y dirigistas. De esta manera le dio continuidad a un proyecto reformista que ya se venía ejecutando, pero que en este momento se encontraba en auge. La historiografía uruguaya ha nombrado a este modelo de desarrollo “neobatllismo”, haciendo referencia al retorno de algunas ideas y posiciones políticas del ex presidente José Batlle y Ordóñez (tío de Batlle Berres). El nuevo presidente pronto ganó popularidad entre la población, debido a que se definía como heredero de su tío, y al uso de los medios de comunicación para promover su figura, como la Radio Ariel y el diario *Acción*.

El país vivió una etapa de desarrollo industrial bajo una política económica de “crecimiento hacia afuera”. La industria manufacturera presentó un rápido crecimiento, gracias al modelo de sustitución de importaciones, y la clase trabajadora agudizó su concentración en Montevideo, debido a la migración interna del campo a la ciudad. Para efectuar dicho proceso de industrialización, el gobierno de Batlle Berres decidió tomar una serie de medidas proteccionistas: nacionalizó tres empresas que estaban en manos británicas (ferrocarriles, la empresa de aguas corrientes y los tranvías); redistribuyó el ingreso; controló los precios de los artículos de primera necesidad, subsidió importaciones y exportaciones; y fomentó el empleo como medida para asegurar una alta capacidad de consumo por parte de la población. El Estado entró de manera directa a la esfera de la

economía al administrar una serie de servicios públicos y participando en la producción industrial. La administración de Batlle Berres representó el dominio industrial del Estado.

[...] durante el período neobatllista se amplió sustancialmente la legislación social; se aumentaron las bolsas de trabajo, hubo favorables consejos de salarios y se aprobó la ley de seguro de paro. Hubo aumentos salariales y se redujeron los precios, mediante subsidios, de los artículos de primera necesidad³¹.

El Estado amplió su función de empresario, lo que le permitió ser una importante fuente de empleos, distribuidos en cuotas negociadas por los dos partidos tradicionales con fines clientelares. Consecuentemente, se formó lo que Luis Costa Bonino ha denominado una “ideología difusa”, “[...] que trascendía partidos y sectores políticos, muy arraigada en la sociedad, ya casi un componente de la cultura, que hacía del estatismo y de la frondosidad burocrática una necesidad nacional. Al igual que la defensa a ultranza de los niveles de retribución”.³²

El gobierno de Batlle Berres, siguiendo la tradición de crear acuerdos interpartidarios, pactó con su adversario Luis A. Herrera la llamada “Conciencia Patriótica”, que dictó las nuevas modalidades de reparto de cargos públicos y las nuevas formas de cooperación política. El pacto aseguró que el clientelismo siguiera funcionando para garantizar la legitimidad de los partidos tradicionales.

El sector agrícola también se vio incentivado con subsidios a la producción de trigo, girasol, algodón, lino y cacahuate. Se creó el Instituto de Colonización, encargado de proporcionar tierras a los desalojados y a los colonos que estuvieran dispuestos a trabajar. Con este apoyo gubernamental la producción agrícola se multiplicó por cuatro, en un periodo que va de 1946 a 1955. Por primera vez en mucho tiempo la población rural presentó un ligero aumento. Sin embargo, la prosperidad no era generalizada en todos los sectores rurales. Si bien se favoreció la agricultura destinada a la industria (agroindustria), el sector ganadero quedó en el olvido para el gobierno en turno. Esta situación despertó la inconformidad del movimiento ruralista, el cual tomaría mayor fuerza en los años siguientes en el seno de una crisis estructural. La inversión en la tendencia exportadora que llevó a un primer plano a la lana, en detrimento de la carne bovina, tuvo importantes consecuencias sociales, ya que permitió cierto protagonismo de la clase media rural,

³¹ Luis Costa Bonino, *La crisis del sistema político uruguayo: partidos políticos y democracia hasta 1973*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1995, p. 132.

³² *Ibid.* p. 139.

dedicada a la cría ovina.

En 1950 otro conflicto bélico impactó positivamente a la economía uruguaya: la Guerra de Corea, que contribuyó al equilibrio de la balanza de pagos e incentivó el modelo de industrialización. La bonanza económica también permitió que se emprendieran políticas sociales: la implantación de Consejos de Salarios Tripartitos (formados por trabajadores, empresarios y el Estado), se congeló el costo del arrendamiento, se fomentó la educación secundaria, doblando el número de alumnos inscritos. Así, el Uruguay alcanzó un avanzado régimen salarial y de seguridad social. En consecuencia, los ciudadanos, al verse beneficiados por estas políticas, encontraron una fuerte razón para participar en procesos electorales.

El desarrollo económico no sólo propició mejoras en el nivel de vida y la amplitud de la clase media uruguaya, también contribuyó a crear una sociedad más politizada y a la consolidación de la democracia.

El desarrollo económico, que significa una renta superior, una mayor seguridad económica y una mayor instrucción, permite que los estratos más bajos adopten planteamientos temporales a más largo plazo y criterios políticos más complejos y más graduales. [...] El aumento de la riqueza y de la instrucción ayuda también a la democracia, porque debido a él los estratos inferiores recibirán presiones contrapuestas que reducirán la intensidad de su adhesión a determinadas ideologías y harán que tiendan a apoyar menos a los extremistas.³³

El auge económico de posguerra y la prosperidad política, fortaleció un imaginario triunfalista y de excepcionalidad democrática entre los uruguayos, proveniente desde el batllismo. Excepcionalidad en comparación con los regímenes políticos inestables que abundaban en América Latina. Este sentimiento se vio coronado al ganar la Copa Mundial de Fútbol en 1950, de visitante ante Brasil en el majestuoso estadio de Maracaná. El Uruguay dejó de ser “la Tierra purpúrea” para convertirse en la “Suiza de América”.

Para las elecciones de 1950, el Partido Colorado, con la figura de Andrés Martínez Trueba, volvió a triunfar con un amplio margen de votos. A inicios de esta administración se propuso quitar el Poder Ejecutivo unipersonal y optar por un sistema Colegiado, el cual ya había sido propuesto por Batlle y Ordóñez en 1913. Fiel a la cultura democrática, Martínez Trueba convocó un plebiscito para votar la Reforma Constitucional, y éste tuvo lugar el 16 de diciembre de 1951 dando el triunfo al “Sí”.

El 25 de enero de 1952 el Colegiado entró en vigor, y el Ejecutivo comenzó a ser

³³Seymour Martin Lipset, *op. Cit.*, p. 127.

ejercido por el Consejo Nacional de Gobierno, el cual debía estar integrado por nueve miembros: seis consejeros pertenecientes al lema más votado, y tres pertenecientes al lema que siguiera en número de votos. El reparto político del poder Ejecutivo y de los puestos públicos constituyó una nueva modalidad de coparticipación en la administración y conducción de los asuntos del Estado.

En resumen, hasta mediados de la década de 1950, la política uruguaya se distinguió del resto de los países latinoamericanos, debido a su estabilidad y, sobre todo, porque los partidos políticos fueron sus actores centrales. Durante este tiempo prevaleció un Estado asistencial y una política de acuerdos; así, los partidos políticos fueron considerados como los principales mediadores entre el Estado y la sociedad. El sistema político uruguayo estaba fundamentado en la cooperación partidaria y en la fuerte participación ciudadana.

Capítulo 2. El fin del Uruguay próspero y la crisis política

En este capítulo se exponen las causas y consecuencias de la crisis estructural que azotó al Uruguay a mediados del siglo XX. Suceso que abrió un periodo marcado por el aumento de la violencia estatal y los movimientos sociales. Uno de los elementos fundamentales para entender el auge de los conflictos sociales es el estancamiento económico. Asimismo, el agotamiento del modelo político es un factor clave para explicar la incapacidad de reacción ante situaciones poco favorables. Por ello, nuestro análisis se moverá por la esfera económica y la política, sin dejar de lado el plano social. Es un período en que las organizaciones sociales cobraron fuerza; distintos grupos de interés aumentaron sus filas y sus actividades, crearon alianzas y, en algunos casos, adoptaron formas de lucha ilegales, como la guerrilla.

En un segundo momento, se describe el proceso de deslegitimación del sistema político. Aquí se resalta la importancia de aquellos proyectos políticos alternativos a los partidos tradicionales, que aunque fracasaron y tuvieron vida y participación limitada, contribuyeron al proceso de deslegitimización del sistema político, y, por otra parte, marcaron el camino que culminó en la creación del Frente Amplio.

2.1 Crisis económica y cambio político

A partir de 1958, en Uruguay comenzó a ser visible una grave crisis económica que, posteriormente, devino en crisis política y social. El estancamiento productivo del país sólo puede entenderse a partir de la situación del mercado mundial, y el lugar del Uruguay dentro de éste. Con el fin de la demanda internacional de productos agropecuarios, marcada por la recuperación europea y el auge agrícola norteamericano, los precios y el volumen de las exportaciones uruguayas disminuyeron.

A mediados de la década de 1950 la expansión agrícola comenzó a demostrar signos de estancamiento, debido a la competencia de la agricultura europea y estadounidense. Las políticas proteccionistas permitieron una fuerte recuperación en Europa y una gran expansión de la agricultura en Estados Unidos, hechos que perjudicaron a los países productores de materias primas y alimentos, al desplazarlos de los mercados tradicionales³⁴.

El proceso industrial se frenó y con ello las fábricas perdieron su capacidad de absorber mano de obra, provocando el aumento del desempleo. Al mismo tiempo el volumen de las

³⁴Juan José Arteaga, *Breve historia contemporánea del Uruguay*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 210.

importaciones subió y se mantuvo constante, lo que originó un déficit en el balance comercial. Esta caída en los ingresos del Estado disminuyó el gasto público y frenó las políticas de redistribución, mientras la estabilidad de los precios en el mercado interno se vio fracturada. Estos factores provocaron un proceso inflacionario que rápidamente resintió la población uruguaya.

Como consecuencia de la pérdida de calidad de vida, las manifestaciones de descontento social aumentaron; tales como las huelgas -obreras y rurales-, las protestas estudiantiles y las agitaciones callejeras. En un primer momento, los efectos de la crisis comenzaron a ser más visibles en el sector primario. Los peones de la industria lechera protagonizaron una huelga que fue duramente reprimida, pero que originó el primer paro general de veinticuatro horas. Durante el acto se hubo un considerable número de detenidos, los cuales fueron reprimidos y consecuentemente hospitalizados. El sector estudiantil también alzó la voz, y junto a un vasto sector obrero emprendieron las movilizaciones para obtener la Ley Orgánica de la Universidad, y con ello la autonomía. Ésta fue lograda en 1958.

Ante este creciente descontento social, también se inició un período marcado por la constante toma de las denominadas Medidas Prontas de Seguridad, establecidas en el artículo 168 constitucional, el cual enumera las atribuciones del Poder Ejecutivo para mantener la paz y el orden social. En su numeral 17 señala que al Consejo Nacional de Gobierno le corresponde:

Tomar medidas prontas de seguridad en los casos graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior, dando cuenta, dentro de las veinticuatro horas, a la Asamblea General, en reunión de ambas Cámaras o, en su caso, a la Comisión Permanente de lo ejecutado y sus motivos, estándose a lo que estas últimas resuelvan.

En cuanto a las personas, las medidas prontas de seguridad sólo autorizan a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro del territorio, siempre que no optasen por salir de él.³⁵

Así, las huelgas fueron reprimidas, se clausuraron locales sindicales y se procesaron dirigentes gremiales. Las formas mediadoras tradicionales del gobierno uruguayo se desgastaron, dando paso a prácticas autoritarias. De esta manera, se esbozaron señales de lo que Habermas denomina como un “legalismo autoritario”.

Cuando los fiscales y los jueces no respetan esta dignidad, persiguen al que quebranta la norma como si fuera criminal y le penan de la forma habitual, incurren en un *legalismo autoritario*. [...] ignoran y

³⁵ Constitución Política de la República Oriental del Uruguay de 1952, art. 168, inc. 17. Disponible en: <http://www.parlamento.gub.uy/constituciones/const952.htm>. [Consultada en noviembre de 2014]

empequeñecen los fundamentos morales y la cultura política de una comunidad democrática desarrollada.³⁶

En este contexto de crisis política, por un lado, se efectuaron renovaciones dentro de los partidos de ideas, principalmente en los partidos Socialista y Comunista. Por otra parte, surgieron diversos actores políticos ajenos a los partidos tradicionales. El Partido Comunista, decidió efectuar una renovación interna, tanto en sus directivos como en su ideología. En 1955 fue destituido su histórico líder, el estalinista Eugenio Gómez, dejando el puesto a Rodner Arismendi. Con este cambio de liderazgo también se efectuó un desplazamiento ideológico, optando por el leninismo. El PC ganó presencia entre los estudiantes, obreros, mujeres e intelectuales que estaban en contra del gobierno en turno, sin embargo, este cambio significó el debilitamiento de la inserción del PC en la cultura política uruguaya, y para 1960 perdió toda representación en el Parlamento.

Al mismo tiempo comenzaron a crecer los liderazgos ruralistas, representados en la figura de Benito Nardone³⁷. El surgimiento de este nuevo movimiento dejaba en claro que el anterior periodo de bonanza económica sólo había ayudado a disimular los problemas de la producción agropecuaria. El llamado Uruguay batllista parecía llegar a su fin; este modelo que había surgido a inicios del siglo XX, que había marcado la pauta del desarrollo nacional y que, con ciertas variaciones y adaptaciones, permaneció durante cinco décadas, ahora mostraba señas de agotamiento.

Con esta crisis se inició un proceso de debilitamiento de las identidades partidistas tradicionales, creando un ambiente propicio para el surgimiento de nuevas expresiones políticas. De esta manera, se fundó la Liga Federal de Acción Ruralista, encabezada por Nardone, que logró movilizar a un amplio sector de la población rural, concretamente a 122 gremios y sociedades. Si bien en sus inicios el ruralismo fue un movimiento estrictamente gremial, la creación de la Liga permitió que el sector agrario comenzara a tener participación política después de haber permanecido pasivo y distante de los problemas políticos y económicos.

Esta movilización fue la primera expresión política efectuada fuera de algún partido.

³⁶Jürgen Habermas, “Otoño de 1983 o la neutralización moral del derecho”, en *Ensayos políticos*, Ediciones Península, Barcelona, 2002, p. 90.

³⁷Hasta este entonces, en el Uruguay, a diferencia de lo ocurrido en otros países latinoamericanos, no se habían desarrollado liderazgos masivos extrapartidarios. Nardone era conocido por su programa de radio, en el que, bajo el seudónimo de “Chico-Tazo”, informaba a la población rural sobre los movimientos del mercado, sobre los precios nacionales e internacionales y sobre lo que ocurría en materia política.

Sin embargo, y a pesar de su origen colorado, Nardone decidió forjar una alianza con el líder histórico del polo conservador del Partido Nacional: Luis Alberto Herrera. El sector agrario aportó un número considerable de votos al Partido Nacional en las elecciones de 1958, permitiendo un histórico triunfo después de casi un siglo de gobiernos colorados. Por primera vez el Partido Colorado era minoría en el Consejo Nacional de Gobierno y en el Parlamento, y también había perdido 18 de los 19 departamentos del país. La victoria electoral del Partido Nacional fue una expresión de descontento y un cuestionamiento a la forma de gobernar por parte de los colorados, caracterizada por sus posturas dirigistas y proteccionistas.

El nuevo gobierno si bien no desarticuló completamente el modelo colorado neobatllista, sí implantó postulados de corte liberalizador distanciado del dirigismo económico. La administración blanca se desarrolló en el seno de la reestructuración del capitalismo mundial caracterizada por medidas de corte *neoliberal*. Eliminó las medidas proteccionistas, y el 17 de diciembre de 1959 también deshabilitó el Controlador de Exportaciones e Importaciones. Esto significó la apertura a las importaciones que comenzaron a ser más demandadas, principalmente aquellas que permitían a la industria satisfacer sus necesidades de insumos, a pesar del alza de sus costos.

Esta administración, que no disponía de un plan económico para enfrentar la crisis, mantuvo fuertes vínculos con funcionarios del Fondo Monetario Internacional que creían en el librecambio en el comercio internacional. Si bien el Uruguay había sido miembro originario del FMI, desde 1945, con esta nueva administración se comenzaron a aceptar sus postulados para el desarrollo económico. En 1960, el gobierno uruguayo firmó su primera “Carta de Intención” y abrió su deuda con el FMI, al solicitar un préstamo con un equivalente de 300 millones de dólares, destinados a financiar la producción agrícola que se encontraba fuertemente golpeado, no sólo por la crisis del mercado internacional, sino también por causas naturales, como las fuertes lluvias que habían dejado terribles inundaciones.

El FMI efectuaba financiando a los países miembros en caso de desequilibrio de las balanzas de pago, pero les exigía la instrumentación de una política económica que permitiera la recuperación interna. Se postulaba la imperiosa necesidad de reducir los gastos como forma de generar excedentes que permitieran superar el déficit de la balanza de pagos. Esas normas integraban las llamadas “*Cartas de Intención*” [...].³⁸

³⁸ Benjamín Nahum [et al.], *Historia Uruguaya. Tomo 8. El fin del Uruguay liberal*, Ediciones de la Banda

El eje de esta política económica fue la “Ley de Reforma Monetaria y Cambiaria”, que tuvo como objetivos la recuperación financiera, libertad comercial y estabilidad monetaria. Para ello intentó acabar con toda forma de proteccionismo, con el dirigismo estatal del comercio exterior y eliminar los subsidios de la producción agrícola (trigo, lino y girasol, principalmente). De esta manera, la presencia del Estado dentro de la esfera económica se fue aligerando, mientras que la actividad privada ganó terreno.

Estas medidas económicas golpearon a la pequeña producción agrícola, mientras que fortaleció de manera muy notoria a la oligarquía terrateniente dedicada principalmente a la ganadería, ya que aumentó los precios de sus productos destinados a la exportación, como la carne. Pero ésta no estaba destinada exclusivamente al exterior, sino que también era de consumo interno y su aumento fue un factor importante para que el costo de vida se elevara. De esta suerte ocurrió un proceso de polarización: se acrecentó el poder adquisitivo de un muy pequeño grupo a costas de una mayoría.

En resumen, las normas económicas impuestas por el FMI fomentaron el abandono de las medidas proteccionistas impulsadas por el *batllismo*; fue un proyecto económico y social que favorecía a las clases altas y a los intereses extranjeros, principalmente norteamericanos. El gobierno blanco lejos de atender a la voluntad general, centró su mirada en intereses particulares. Estas medidas económicas trajeron consigo consecuencias negativas, como el aumento en la desocupación, crecimiento de la deuda externa (principalmente con EUA), una serie de devaluaciones, baja de los salarios reales, aumento del costo de vida, y un incremento en la conflictividad laboral y del malestar social. Esta creciente crisis socioeconómica contribuyó a la agudización de la desconfianza hacia la política institucionalizada.³⁹

Este primer gobierno blanco, de principio a fin, estuvo presente la pugna con el movimiento de los trabajadores de la industria eléctrica. En 1959 la Asociación de Empleados y Obreros de la Administración Nacional de Usinas Eléctricas y Teléfonos del Estado (UTE), empresa estatal encargada del suministro de energía eléctrica, decidió llevar un paro y ocupación de los establecimientos de 24 horas para exigir un aumento salarial y mejoras sociales. En respuesta se decretaron Medidas Prontas de Seguridad, y días después

Oriental, Montevideo, 1998, p. 113.

³⁹ Alcántara Sáez, Manuel y Crespo Martínez, Ismael, *Partidos Políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, CEDEAL, Madrid, 1992, pág. 42.

se entablaron negociaciones para acabar con el conflicto.

Al finalizar la administración, durante los últimos días de 1962, resurgen los conflictos con los funcionarios de la UTE, que volvieron a exigir mejoras salariales, pero no fueron escuchadas. En respuesta recurrieron otra vez al paro y a la ocupación de establecimientos, pero en esta ocasión fueron reprimidos por policías e integrantes del ejército. En febrero de 1963 se vuelven a decretar Medidas Prontas de Seguridad para desarticular el movimiento a partir del arresto de dirigentes y del restablecimiento del sistema eléctrico. Dentro del Partido Nacional, la protesta fue vinculada al avance del comunismo en el Uruguay, visto como una seria amenaza para la democracia. Finalmente el conflicto concluyó tras entablarse un acuerdo entre trabajadores y el gobierno.

Con esto buscamos resaltar un par de cuestiones: primero, que los trabajadores, al no encontrar respuesta a sus demandas, elevaron el nivel de presión; y, por otro lado, que las Medidas Prontas de Seguridad fueron empleadas con mayor frecuencia, propiciando un aumento de la violencia estatal y una suerte de normalización de la represión de las manifestaciones sociales.

El país, en muy pocos años, pasaba de la prosperidad económica, la paz social y la estabilidad política, a un ambiente de crisis y conflicto, tomando por sorpresa a la población y a los grupos dirigentes, los cuales no encontraron medidas eficaces para contrarrestar la crisis.

La mayoría de las medidas gubernamentales fueron rutinarias y escasamente innovadoras, mientras las políticas públicas aparecían cada vez más prisioneras de la lucha de intereses contrapuestos. Los ajustes en el rumbo del gobierno, cuando se produjeron, resultaron tímidos y tardíos, y no obtuvieron suficientes señales de apoyo⁴⁰.

En estos primeros años de los sesenta se desató una ola de violencia proveniente de distintos actores políticos, fenómeno que rompía con la imagen del Uruguay tolerante y respetuoso. La represión de los movimientos sociales se agudizó con el inicio de una campaña anticomunista que se insertaba en un fenómeno más amplio: el proyecto continental de aislamiento de la Revolución Cubana, promovido por la Casa Blanca; y el contexto de la Guerra Fría. La abultada deuda económica con EUA permitió que éste tuviera mayor participación en las decisiones políticas y económicas de Uruguay. Asimismo, varios grupos de ultraderecha irrumpieron abiertamente en el escenario público,

⁴⁰Gerardo Caetano y José Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al MERCOSUR*, Fin de Siglo, Montevideo, 1994, pág. 205.

como el Movimiento Estudiantil para la Defensa de la Libertad (MEDL), que en 1960 asaltó la Universidad de la República con el pretexto de detener al comunismo. En 1961, durante la Conferencia de la Comisión Interamericana Económica y Social (CIES) dependiente de la OEA, la participación del argentino Ernesto “Che” Guevara terminó en tragedia, cuando una bala mató al profesor de historia Arbelio Ramírez siendo la primera muerte de un civil en la calle.

Otro hecho que ilustra la “cacería comunista” fue el intento de tomar la Sede Central del Partido Comunista (que también cobró la vida de un hombre) y el bombardeo a la Casa del Pueblo, propiedad del Partido Socialista. La política exterior también dejó ver este sentir anticomunista, al declarar como personas no gratas al primer secretario de la embajada de la URSS y al embajador cubano.

En noviembre de 1962 las elecciones volvieron a ser ganadas por el Partido Nacional, pero esta vez no por los conservadores “herrero-ruralistas”, sino por los liberales que se denominaban como Unión Blanca Democrática, bajo la dirección de Daniel Fernández Crespo, y por un margen menor con relación a las elecciones pasadas. Por su parte, la izquierda que se presentó bajo la coalición Unión Popular y del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), tuvieron muy poca convocatoria.

[...] el predominio abrumador de los partidos tradicionales era revelador de la profunda inserción que éstos tenían en la sociedad uruguaya, llenando una serie de necesidades que iban más allá del mundo político. Los resultados comiciales reafirmaron una vez más que el Uruguay era un país moderado. Las promesas de revolución manejadas por la izquierda no encontraban eco en un pueblo que prefería mantener el *statu quo*, el compromiso, antes que las soluciones radicales y por lo tanto traumáticas.⁴¹

Para este segundo gobierno nacionalista, los problemas económicos siguieron siendo un reto. Pero, más que efectuar una serie de políticas para mejorar la economía, se dedicó a promover un estudio para diagnosticar los problemas profundos del país, y así poder estructurar un modelo de desarrollo. “Los partidos, y el sistema político en su conjunto, evidenciaban bloqueos imposibles de superar. La crisis no era solucionable, antes que nada, porque los partidos no eran 'solucionantes’”⁴².

La crisis también se vivió entre los partidos, ya que estaban fragmentados como consecuencia de la existencia de diferentes intereses en su interior. El Partido Colorado tuvo una marcada división, debido al abandono de los postulados batllistas. Se formaron

⁴¹Benjamín Nahúm *et al.*, *op. Cit.*, p. 21.

⁴²Luis Costa Bonino, *op. Cit.*, p. 152.

dos grupos: los que defendían al batllismo y los que abrazaron los postulados neoliberales. Dentro del Partido Nacional también se forjaron dos tendencias. Por un lado estaban los viejos conservadores, organizados en la “Alianza Nacionalista”; mientras que algunos sectores provenientes del “nacionalismo independiente” buscaban representar una alternativa de corte reformista, dando origen al “Movimiento Nacional de Rocha”. Las pugnas al interior de los partidos tradicionales, lejos de representar una solución a la crisis de legitimidad, contribuyeron a su agudización. Esto originó una división muy fuerte en el Parlamento, lo que imposibilitó la capacidad de crear acuerdos. El Estado carecía de unidad, lo cual le provocó una suerte de parálisis política, dando lugar al incremento de tensiones sociales.

Como se mencionó anteriormente, el gobierno decidió, en primera instancia, realizar un diagnóstico económico a cargo de un grupo de técnicos influenciados por las ideas de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y por la Alianza para el Progreso. Por primera vez algunos puestos dentro de la dirección política del país fueron ocupados por técnicos. De esta manera se creó la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE). En su Primer Informe, la CEPAL diagnosticó que el estancamiento económico y social de América Latina se debía a su propia estructura, considerada como arcaica. Esta tesis *cepalina* estuvo presente en el primer informe de la CIDE, titulado “Estudio Económico del Uruguay: Evolución y Perspectivas”.

Este análisis consideraba que los problemas del país se centraban en una incapacidad dinámica del sistema, unida a una expectativa alta de bienestar social, fruto a su vez de la difusión de patrones culturales que tuvieron lugar antes de que la estructura económica estuviera madura para sostenerlos.⁴³

Tanto el CIDE como el Ministro de Ganadería y Agricultura, Wilson Ferreira Aldunate, presentaron planes para reformar las estructuras agrarias. Pretendían modificar el tradicional sistema de tenencia y las dimensiones de las propiedades para poder implantar nueva tecnología que permitiera aumentar la producción. Pronto estas propuestas encontraron oposiciones por parte de ciertos sectores de la sociedad y de la política. La desaprobación de dichos planes fue el primer fracaso político de esta administración. No sólo significó el fracaso de un proyecto económico, sino de un modelo de integración social, que buscó consolidar las instituciones y los valores sociales.

⁴³ *Ibid.*, p. 154.

2.2 Deslegitimación de los partidos tradicionales y nuevos actores políticos

En medio de esta crisis, los partidos tradicionales hicieron uso de múltiples recursos para mantener su centralidad, como el aumento de las prácticas clientelares. El club político sirvió para atenuar los efectos de la crisis económica, y al mismo tiempo buscó garantizar el voto de la población. Los partidos tradicionales fueron una importante fuente de empleo, a cambio de la lealtad partidaria. “Mientras que entre 1961 y 1970 se registró una caída en el número de personas empleadas en los sectores agrícola e industrial, entre los años 1961 y 1969 el número de empleados públicos creció de 193.800 a 213.001, representando más del 20% de la población económicamente activa”.⁴⁴ Esto originó un desinterés por parte de los votantes hacia las propuestas políticas de los candidatos, y se guiaron por sus ofertas materiales. A su vez, los partidos se desinteresaron en formular programas de gobierno, se comenzaron a desligar de un contenido ideológico; se caracterizaron por su ineficiencia para localizar y resolver los problemas del país, mientras que aumentó su verbalismo intrascendente, que evidenció su crisis ideológica.

Pero las prácticas clientelares pronto dejaron de ser una opción para mantener las lealtades partidarias, debido a sus altos costos económicos y a la pérdida de eficacia política. “El presupuesto estatal, inflado por las demandas clientelísticas se constituyó en una fuente de presiones inflacionarias y conflictos políticos, a menudo solucionados mediante la represión”.⁴⁵ El aumento de este tipo de conflictos fue un factor importante para que la cultura del consenso se fuera desgastando.

Estos partidos no sólo cambiaron sus estrategias, sino que también experimentaron modificaciones en su composición: sufrieron la fuga de intelectuales y el adelgazamiento de la juventud entre sus filas.

De manera paralela, en 1962, a Montevideo llegó la primera marcha de trabajadores de la caña de azúcar provenientes del departamento de Artigas, al norte del país, conocidos como los “*peludos*”, comandados por el entonces socialista Raúl Sendic, quien ya había organizado a los remolacheros de Paysandú y a los cañeros de Salto. La base social del movimiento de Sendic, conocido como la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas

⁴⁴Francisco Panizza, *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990, p. 108.

⁴⁵*Ibid.*, p. 121.

(UTAA), eran los asalariados rurales que carecían de derechos laborales y sociales. La UTAA era un movimiento de masas que luchaba no sólo por una mejora salarial, sino que tenía un proyecto más amplio: la expropiación de la tierra. La llegada del movimiento rural a la capital puso en contacto a la población urbana con los problemas del campo; por otro lado permitió que la población rural se acercara a los sindicatos y la izquierda.

La invasión “peluda” despertó a Montevideo de su apacible siesta progresista, reapareció la acción directa y se reavivó el debate sobre los métodos de lucha en el movimiento sindical.

[...] los peludos, víctimas directas de la infamia, dieron otra dimensión a la lucha por la reforma agraria, la sacaron del terreno de la tesis teórica y con un accionar contundente la pusieron en el centro de la discusión.⁴⁶

El movimiento rural perdió la fe en la Constitución, en las instituciones del Estado y en la vía electoral como mecanismo para efectuar un cambio, y decidieron pasar a la clandestinidad de la misma manera que un amplio sector urbano que ya había tomado las armas.

Este segundo período blanco vio el aumento de la conflictividad gremial. Los sindicatos entraron en un proceso de unificación, el cual culminó en la creación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), en 1966. Anteriormente los sindicatos se encontraban distanciados entre sí, principalmente por su composición social, ya que podían ser de obreros, de empleados o mixtos; así, se encontraban concentradas en dos centrales: la Unión General de Trabajadores y la Central Sindical Uruguaya.

Por su parte, las movilizaciones estudiantiles, que provenían de la Universidad de la República, buscaban obtener una ley orgánica que ampliara su autonomía y su cogobierno. El movimiento estudiantil estaba agrupado en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU). Junto con un grupo de intelectuales, también se agruparon en el semanario *Marcha*, que estaba bajo la dirección del Doctor Carlos Quijano. Los movimientos obrero y estudiantil se unieron y lucharon bajo el lema “*Obreros y estudiantes unidos y adelante*”.

Con estas protestas estudiantiles, en las que la impronta del Partido Comunista se hacía evidente por su carácter obrero-estudiantil, se inició una nueva forma de polarización de la Universidad única y monopólica que tendría su clímax en la década de los sesenta⁴⁷.

Ocurrió una ruptura de la fuerte creencia de que los conflictos sociales podían ser

⁴⁶Jorge Zabalza, *Raúl Sendic, el tupamaro. Su pensamiento revolucionario*, Letraeña Ediciones, Montevideo, 2011, p. 61.

⁴⁷Juan José Arteaga, *op. Cit.*, p. 239.

procesados “institucionalmente”, y que la adhesión política era la base de la estabilidad social. Fue un momento en que los partidos políticos dejaron de cumplir lo que algunos historiadores han denominado “sus funciones tradicionales”⁴⁸.

La pérdida de confianza hacia la clase política fue un proceso de gran velocidad que se acentuó a mediados de los años sesenta. Esto se debió a que la sociedad tenía la percepción de que el Estado estaba plagado de corrupción e ineficiencia, producto de constantes proyectos gubernamentales fracasados y de prácticas políticas carentes de transparencia. Pero también las disputas al interior de los partidos, con sus constantes ataques entre sí, ayudaron a la desacreditación de la clase política. En 1962 la Unión Blanca Democrática emprendió una campaña para deslegitimar al Partido Colorado, señalando sus prácticas corruptas como las causantes de la crisis. Pero también los herreristas fueron víctimas de las críticas de la UBD.

Por su parte, los partidos de izquierda aprovecharon el momento para señalar la ineficiencia de los partidos tradicionales, sugiriendo que mantenían una estrecha relación con la oligarquía y que estaban a su servicio. Con esta crítica la izquierda buscaba alentar la idea de que el cambio sólo era posible fuera de los partidos tradicionales.

Por otro lado, estuvieron las denuncias y pruebas de prácticas de corrupción y especulación. Como lo evidenció la quiebra del banco Trasatlántico, debida a constantes prácticas fraudulentas. En febrero de 1969 esta percepción de corrupción aumentó, cuando un comando del grupo guerrillero Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (el cual hablaremos en páginas posteriores) robó de la financiera Monty una serie de documentos y libros de contabilidad que evidenciaban operaciones ilegales por parte de ministros y líderes políticos. La lista con el nombre de los involucrados fue ampliamente divulgada entre la sociedad. En otro episodio protagonizado por “los tupamaros”, la Sucesión Mailhos fue robada y dejó en evidencia un importante fraude político relacionado con un corrupto manejo de divisas.

Sin embargo este cierto alejamiento en relación a los hombres políticos no se tradujo, dada la especial naturaleza de las comunidades políticas uruguayas, en un alejamiento con respecto de los partidos y, especialmente, de la participación electoral. Esta última siguió siendo muy alta y prácticamente monopolizada por los partidos políticos tradicionales.⁴⁹

Como se mencionó, el movimiento laboral uruguayo dio un paso adelante en su organización

⁴⁸Gerardo Caetano y José Rilla, “Raíces y permanencias...”, *op. Cit.*, p. 152.

⁴⁹Luis Costa Bonino, *op. Cit.*, p. 156.

con la creación de la CNT y, a su vez, marcó una metamorfosis de la cultura política uruguaya, ya que fue el primer movimiento acompañado de una *ideología “clasista”*.⁵⁰ En agosto 1965, una serie de sindicatos que buscaban su unificación, realizaron el Congreso del Pueblo, que logró movilizar a delegados de más de setecientas organizaciones de distinto tipo, dando una muestra del grado de movilización social de la época. Además, se elaboró el “Programa de soluciones a la crisis”, que postulaba la realización de una reforma agraria y la revitalización de la industria. La necesidad de efectuar una reforma agraria, con influencia de la Revolución Cubana, fue una idea que permeó a diversos actores que comenzaban a buscar un lugar en la esfera política, y permaneció en el ambiente hasta la creación de la coalición de izquierda Frente Amplio.

El Congreso del Pueblo cimentó las bases para las organizaciones futuras. Planteó la necesidad de crear organismos territoriales, denominados juntas vecinales, para trascender la organización por gremios o filiaciones partidarias. Ocurrió una especialización de la coordinación de los movimientos sociales, gremiales y vecinales, pero no ocurrió lo mismo con la izquierda que tenía un lugar en el Parlamento.

Así, a partir de septiembre de 1966, la CNT se convirtió en la central única de los trabajadores. Esta unificación se dio en respuesta a la crisis, vista como la vía que les permitiría ser un verdadero grupo de presión. Las demandas sindicales ya no se limitaban a las mejoras salariales, ahora contenían matices políticos: la nacionalización de la banca, el monopolio del comercio exterior y la nacionalización del ahorro, entre otras.

La CNT tenía como finalidad encontrar una salida a la crisis económica a partir de la organización obrera, pero no estableció una ideología específica o un método de lucha exclusivo, sino que se mostró abierto a la heterogeneidad del movimiento obrero. La CNT, entonces, fue uno de las primeras experiencias exitosas que logró aglutinar diferentes posturas ideológicas y tácticas.

Como consecuencia de la creciente movilización popular en sus diversas manifestaciones, se dio un auge en las tendencias conservadoras y autoritarias dentro de la clase dirigente, provocando un mayor descontento social. Un autoritarismo alimentado por factores internos y externos: la Doctrina de Seguridad Nacional⁵¹ imperante en la región, la

⁵⁰Constanza Moreira, *op. Cit.*, p. 96.

⁵¹La Doctrina de Seguridad Nacional fue la ideología adoptada por los Estados Unidos de América para enfrentar la Guerra Fría en América Latina. Esta doctrina le fijó tareas específicas a las Fuerzas Armadas y

creciente presencia militar, el arraigado anticomunismo, entre otras.

Con las miradas puestas en la elecciones de 1966, varios sectores políticos promovieron llevar a cabo una reforma constitucional que permitiera regresar al Presidencialismo, puesto que se creía que el Sistema Colegiado era el causante de todos los males imperantes en el Uruguay. Así, las campañas electorales de los partidos tradicionales se centraron en analizar la reforma y dejaron de lado los problemas económicos del país.

Alguien debía cargar la culpa de tanto desastre y no serían por cierto los políticos que habían corrompido a la administración pública institucionalizando la venta del empleo público, ni los ganaderos que habían forzado devaluaciones para obtener mejores precios internos, ni los señores de la banca que prestaban el 4% y el 5% mensual y compraban miles de dólares antes de cada devaluación, ni el alto comercio que amplió sus bodegas para hacer *stock* de mercadería con el propósito de “remarcarla” (aumentar el precio) semanalmente.

El brazo acusador de tanto espurio fiscal se dirigió primero hacia el Colegiado.⁵²

Para 1966, después de constantes ataques, el sistema Colegiado es anulado al ser aprobada la “Reforma Naranja”⁵³. “[...] con las modificaciones constitucionales se lograba la ilusión de haber realizado cambios, aunque en realidad no se hubiese operado ninguna transformación de fondo”.⁵⁴ Esta reforma, además de anular el Colegiado, tenía la finalidad de dar herramientas para contrarrestar la creciente movilización social, y amplió las funciones y facultades del Poder Ejecutivo en detrimento del Legislativo.

Para estas elecciones los partidos tradicionales postularon candidatos ajenos al ámbito político. El Partido Nacional optó por Alberto Gallinal Heber, un exitoso latifundista; y el Colorado por un viejo ex militar, Oscar Gestido. Ante las nuevas elecciones, la ciudadanía optó por la figura de un presidente fuerte, libre de corrupción y honesto. La ausencia y desvalorización de líderes políticos alimentó la idea de que se había perdido el rumbo del país, que no había salida ante la crisis, y que, por lo tanto, era necesario recobrar autoridad y firmeza, representadas en la figura de un Presidente. Un amplio sector de la población tenía la certeza que el origen de todos los males se encontraba en el Sistema Colegiado y en la vieja clase política uruguaya. Este fenómeno de pérdida de adhesión política que, a su

promovió un pensamiento político de derecha en la región.

⁵²Joaquín Andrade, “El Uruguay se les escapa de las manos”, en Omar Costa (Recopilador), *Los Tupamaros*, Ediciones Era, México, 1971, p. 39.

⁵³Durante los comicios de 1966 fueron votados cuatro proyectos, diferenciados por el color de su papeleta: gris, rosada, amarilla y naranja. Esta última proponía el retorno al Presidencialismo, e incrementaba las atribuciones y competencias del poder Ejecutivo.

⁵⁴Benjamín Nahum *et al.*, *op. Cit.*, p. 45.

vez, abre posibilidades para la irrupción de figuras carismáticas, ya la había señalado Antonio Gramsci:

Al llegar a un cierto punto de su vida histórica, los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales; es decir, los partidos tradicionales en su determinada forma organizativa, con los hombres determinados que los constituyen, los representan y los dirigen, dejan de ser reconocidos como expresión propia por su clase o su fracción de clase. Cuando se producen estas crisis, la situación inmediata se hace delicada y peligrosa, porque quedan abiertas las soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos.⁵⁵

De esta manera, se buscan Generales del Ejército para ser los nuevos líderes políticos, lo cual sería la característica de la década de los setenta. En marzo de 1967, al caer el Partido Nacional y el Sistema Colegiado; asumió como presidente el General Oscar Gestido, con quien se recuperó un gobierno unipersonal. Por primera vez en el siglo XX la sociedad uruguaya elegía a un presidente militar⁵⁶, dejando de lado a los políticos profesionales, producto de la degradación política que venían sufriendo.

Gestido durante los primeros meses de su administración intentó golpear al movimiento sindical. En agosto prohibió que el Congreso Permanente de Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina, apoyado por la CNT, tuviera sede en Uruguay. Las protestas que originó dicha medida fueron duramente reprimidas mediante las Medidas Prontas de Seguridad. Así, desde estos primeros meses comenzaron a perfilarse las características de la nueva administración. Pero Gestido murió meses después, dejando al mando a Jorge Pacheco Areco, quien se encargó de continuar con la orientación de su predecesor, al cerrar vías de actuación política legal, lo que provocó la radicalización de las movilizaciones sociales y, consecuentemente, una aceleración del autoritarismo y la violencia.

Fue un periodo en el que crecieron tanto las tensiones sociales como la crisis económica, aunado al desgaste del orden constitucional y a la aparición de grupos opositores de los partidos tradicionales. El gobierno de Pacheco Areco marcó el fin del tradicional consenso pasivo que había sido característico del *batllismo* y del *neobatllismo*, y que había sobrevivido con dificultades a los dos gobiernos blancos. Consecuentemente, los

⁵⁵ Antonio Gramsci, *La política y el Estado moderno*, Ediciones Biblioteca Pensamiento Crítico, Madrid, 2009, pp. 140-141.

⁵⁶ Hay que aclarar que no fue un fenómeno inédito, ya que como se vi en el capítulo anterior, en el siglo XIX existieron presidentes de corte militar. Este breve periodo iniciado con el ascenso del Coronel Lorenzo Latorre y que duró catorce años, es referido en la historiografía uruguaya como el periodo de <<los gobiernos militares>>.

partidos tradicionales sufrieron un fuerte debilitamiento en su funcionamiento como canales de representación política. El realineamiento político de Pacheco consistió en fortalecer al Ejecutivo a costa del debilitamiento de los partidos.

La polarización política y social del período, la desaparición del tradicional consenso que había caracterizado a la política uruguaya, así como la profundización de la crisis y la ausencia de respuestas por parte del sistema político, provocaron la aparición de opciones y propuestas desde la periferia del sistema.⁵⁷

El cierre de vías legales para la participación política, fue un elemento que agudizó la pérdida de legitimidad del sistema político. Lipset distingue varios factores que causan la pérdida de legitimidad del sistema político, y para el caso uruguayo podemos destacar el que se refiere a los modos de exclusión de nuevos actores políticos. “Los sistemas políticos que niegan a los nuevos estratos el acceso al poder político, salvo a través de los medios revolucionarios, también impiden que se desarrolle la legitimidad [...]”.⁵⁸

La administración de Pacheco Areco se desarrolló en un contexto de “internacionalización de la represión” promovida por Estados Unidos, no sólo económicamente, sino también tácticamente, gracias al adiestramiento de las Fuerzas Armadas. Por otra parte, el Estado perdió su capacidad para canalizar demandas colectivas, deteriorando las relaciones entre la sociedad y el sistema político.

El autoritarismo y la poca intención de conciliación de Pacheco se dejó ver de inmediato. El Ejecutivo se apoyó en las modificaciones que sufrió la Constitución un año antes, las cuales aumentaron su capacidad represiva. El 12 de diciembre de 1967, una semana después de asumir como Presidente, decretó el cierre de dos medios de comunicación (el diario *Época*⁵⁹ y el semanario socialista *El Sol*), así como la ilegalización de cinco grupos políticos vinculados a la lucha armada (el Partido Socialista, el Movimiento Revolucionario Oriental, Movimiento de Acción Popular Unitaria, Federación Anarquista Uruguaya y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria).⁶⁰ Posteriormente, implantó Medidas Prontas de Seguridad sin un motivo claro. ”La dominación ideológica y

⁵⁷Eduardo Rey Tristán, *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo, 2006, p. 22.

⁵⁸Seymour Martin Lipset, *op. Cit.*, p. 133.

⁵⁹El diario *Época* era una publicación impulsada por el grupo de idéntico nombre, el cual estaba formado por el Partido Socialista, el Movimiento Revolucionario Oriental, la Federación Anarquista del Uruguay, el Movimiento Independiente Revolucionario, el Movimiento Acción Popular Uruguayo, y pequeños grupos independientes.

⁶⁰Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 32.

el consenso social-producto de un bienestar relativo- ya no es posible por la pauperización y la crisis estructural; y entonces la dominación pasa a ejercerse por medio de la violencia y el terror, primero policial y paramilitar y luego militar.”⁶¹

El 28 de junio de 1968, para detener el proceso inflacionario, Pacheco decretó la congelación de salarios y precios, suprimiendo el derecho laboral vigente desde 1943 que permitía la negociación salarial por medio de los Consejos de Salarios. Consecuentemente incrementaron las huelgas y las prácticas incendiarias por parte del movimiento de trabajadores. El uso de medidas represivas incrementó en ese año. A nivel mundial fue un año que se caracterizó por las grandes movilizaciones estudiantiles, y el Uruguay no fue la excepción. El movimiento rural, por su parte, sufrió desalojos en los campamentos de la UTAA y represión del sindicato cañero.

La clase política también fue golpeada por la administración de Pacheco Areco, quien modificó la composición del gabinete, y sustituyó a los políticos por “técnicos”. Los banqueros ocuparon el Ministerio de Industria y Comercio; los latifundistas el Ministerio de Ganadería y Agricultura; e intermediarios y empresas extranjeras se hicieron cargo del resto del gabinete. Este desplazamiento de los políticos tradicionales se ha ligado al creciente desprestigio popular. Según una encuesta realizada en 1969, por el Instituto Uruguayo de la Opinión Pública (IUDOP), el 50% de los consultados creía que los políticos tradicionales trabajaban en beneficio propio, el 43% los percibía como deshonestos, mientras que el 44% aseguró que eran corruptos.⁶²

Asimismo, como bien ha observado Francisco Panizza, los discursos de Pacheco marcan la ruptura con los partidos y actores políticos tradicionales, y establece una suerte de antagonismo hacia éstos. No sólo señala a los movimientos armados como enemigos, sino también a los políticos tradicionales. Pacheco buscó situarse fuera de la esfera política, como un actor ajeno a dicho sistema corrompido.⁶³

Es por ello que los partidos tradicionales pierden significado en el discurso pachequista: los mismos no son más útiles como puntos de referencia para la construcción de identidades políticas.[...]

Pero el discurso personalista de Pacheco no es solamente un discurso de desarticulación de las relaciones de representación política existentes. Es al mismo tiempo una estrategia de reestructuración de las relaciones institucionales de poder en el Uruguay. Dicha estrategia consistía

⁶¹Rodrigo Vescovi, *Ecós revolucionarios: luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*, Nóos, Barcelona, 2003, p. 39.

⁶²Joaquín Andrade, *op. Cit.*, p. 46.

⁶³Francisco Panizza, *op. Cit.*, pp. 144-145.

en la atribución a un sector del sistema -el Ejecutivo- de una posición dominante sobre el conjunto del sistema político [...] configurando las características autoritarias del Estado uruguayo en este periodo.⁶⁴

Simultáneamente, el Poder Ejecutivo absorbió funciones propias de los otros dos poderes. En un par de ocasiones el Parlamento decidió retirar las Medidas de Seguridad por considerar que no existían motivos para mantenerlas, pero el Presidente hizo caso omiso, imponiendo su palabra sobre la de los legisladores. Según la Constitución de la República Oriental del Uruguay, una vez que el Poder Ejecutivo decreta las Medidas Prontas de Seguridad, deben ser aprobadas por la Asamblea General del Poder Legislativo (Cámara de Representantes y Cámara de Senadores), ley que fue ignorada por Pacheco.⁶⁵ La inexistencia de división de poderes fomentó el deterioro de las instituciones democráticas uruguayas. El Parlamento se vio imposibilitado para presentar una verdadera oposición al Ejecutivo, debido a que, como ya hemos visto, existía una tremenda división y un debilitamiento de los partidos políticos.

Pero el aumento de medidas represivas sí encontró oposición por parte de los movimientos sociales, tanto legales como ilegales, desde el sindicalismo, el movimiento estudiantil y el acoso de la guerrilla urbana, que encabezó el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T). Estos movimientos armados amenazaron con quitarle al Estado el monopolio de la coacción física, es decir, su función coactiva que ejercía desde 1904.

A la actividad sindical, huelgas y conflictos, se sumaría en la década del 60 la aparición de la guerrilla urbana. Las reglas del juego para la solución de los problemas sociales pasarían del consenso y la negociación al conflicto abierto y la violencia⁶⁶.

En síntesis, desde mediados de la década de los cincuenta y hasta entrados los sesenta, después de vivir un período de prosperidad económica, se fue agotando la imagen de un Uruguay próspero, triunfador y pacífico; se acabó la imagen de “la Suiza de América”. La crisis económica, política y social pone fin a la época de oro del país, dejando una situación de violencia y alarma.

Los uruguayos comenzaron a ver una realidad que en el resto de América ya era conocida: la inseguridad. En los años siguientes se fueron reiterando los disturbios callejeros, atentados y una

⁶⁴*Ibid.*, p. 148.

⁶⁵Constitución de la República Oriental del Uruguay de 1967, Art. 168, inc. 17. Disponible en: <http://www.parlamento.gub.uy/constituciones/const967.htm> [Consultada en octubre de 2014]

⁶⁶Luis Costa Bonino, *op. Cit.*, p. 140.

polarización sindical y política cada vez más aguda: era el fin de la autocomplacencia de los uruguayos, era el fin de la Suiza de América⁶⁷.

La década de los setenta inició con un aumento de la violencia provocada por los constantes enfrentamientos entre la lucha armada y las Fuerzas Armadas, por la lucha sindical y estudiantil en las calles, las ocupaciones de los lugares de trabajo y de estudio.

En este año [1970], las grandes organizaciones (MLN, CNT, etcétera) tienen mucho peso, algunas radicalizando al movimiento y otras frenándolo. Continúan dándose importantes huelgas en metalurgia [...], secundaria, fábricas de bebida (Pepsi-Cola), y en la industria del medicamento y la salud.⁶⁸

La presencia de la represión aumentó y permeó todos los ámbitos de la vida social, como la esfera de la cultura y del espectáculo. Se prohibieron muchas expresiones artísticas, como los libros *Poeta pistola en mano*, de Sarandy Cabrera, e *Inventario*, de Mario Bendetti; la publicación del disco *Canto libre*, de Daniel Viglietti; se canceló una presentación del músico Alfredo Zitarrosa; y en la producción académica se prohibió la publicación de *Uruguay en Crisis*, de Carlos Rama.

Sin embargo, continuaron las movilizaciones sociales, encabezadas por las acciones solidarias entre estudiantes y obreros. La guerrilla urbana, cada vez más débil, persistió; el movimiento rural también continuó en pie de lucha e impulsaron un proyecto de cooperativa de producción, denominado “Comunidad Tierra de Todos Lourdes Pintos”.

Los movimientos armados: Izquierda Revolucionaria y la Tendencia Combativa

El aumento de la violencia estatal y la esterilidad electoral, originó que algunos sectores de la izquierda radicalizaran sus acciones y pasaran a la clandestinidad, dejando una vertiente legal y otra ilegal. Por una parte estaba la izquierda tradicional que optaba por el cambio a través de las instituciones, por la vía pacífica, y que desafió al gobierno de Pacheco desde el Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía. Del otro lado, se presentó la denominada *Nueva Izquierda*, confiada en la vía armada como el mejor camino para efectuar la revolución.

En los años sesenta el mundo occidental vio nacer una corriente denominada como *Nueva Izquierda*, que se caracterizó por su oposición a los partidos de izquierda tradicionales, principalmente con los comunistas, y a sus métodos de acción definidos por

⁶⁷Juan José Arteaga, *op. Cit.*, p. 245.

⁶⁸Rodrigo Vescovi, *op. Cit.*, p. 64.

el Partido Comunista de la Unión Soviética que creía en el cambio social por medio de vías pacíficas e institucionales. En América Latina esta corriente tuvo rasgos particulares, debido a la influencia ejercida por la Revolución Cubana y su lucha armada. Una de las principales causas del surgimiento del movimiento revolucionario uruguayo, fue la creciente crisis de los partidos tradicionales y la esterilidad de las vías institucionales.⁶⁹

La izquierda revolucionaria uruguaya presentó pequeñas agrupaciones que tuvieron poca repercusión política y pública, para 1967 existían alrededor de 25 organizaciones. Resulta imposible enumerar y describir cada una de ellas, dados los objetivos y extensión del presente trabajo. Por tanto, nos limitamos a reseñar aquellos que tuvieron mayor incidencia en la vida política de estos años. Estos son: el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR), el Movimiento de Unificación Socialista Proletaria (MUSP) y el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T).

El MIR nació en 1963 como consecuencia de la división interna del Partido Comunista, que estaba inscrita en el debate internacional sobre la ideología y acción política a seguir, marcados por las posturas pro-soviéticas y pro-chinas. Los que optaron por la opción pro-china, entendido como un comunismo revolucionario, pasaron a integrar el MIR, principalmente el sector universitario proveniente de la Unión de Juventudes Comunistas. Este grupo expresó públicamente su antagonismo al Partido Comunista y a su línea reformista, pero siempre fue un movimiento con poca influencia de masas. No llegó a forjar un cuerpo armado ni desarrolló acciones clandestinas, más allá del apoyo a otros grupos armados como el Coordinador o el MLN-T. Durante la administración de Pacheco Areco también se consideró como ilegal.⁷⁰

El Movimiento de Unificación Socialista Proletaria (MUSP), como su nombre lo indica, surgió de la fragmentación del Partido Socialista, en 1965, con un fuerte apoyo de la Juventud Socialista y con pretensiones de crear un partido proletario. Tuvieron pugnas con toda la izquierda, pero especialmente con el Partido Comunista, señalado como un grupo de pequeños burgueses, incluso llegaron a la violencia física en ocasión de la marcha del 1º de mayo de 1967. A la CNT la acusaban de reformista, mientras que al MLN-T lo desacreditaban por la presencia de ex militantes del Partido Nacional. Tuvieron una

⁶⁹Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, pp. 15-16.

⁷⁰*Ibid*, pp. 283-289.

desastrosa participación en las elecciones de 1966, consiguiendo poco más de 300 votos. Para 1968 el grupo había desaparecido totalmente, víctima de las detenciones policiales.⁷¹

Por su parte, el movimiento anarquista tuvo una actuación disimulada, sobre todo después de pasar a la ilegalidad en 1968. En lo que respecta a la lucha armada, sólo participó como apoyo a los conflictos de masas, con el grupo Organización Popular Revolucionaria 33. Para los anarquistas el uso de la violencia era poco viable y debía ser restringida, debido a que la sociedad uruguaya no se encontraba familiarizada con este tipo de accionar y por lo tanto le resultaría incomprensible.

Sin duda, fue el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) el que mayor importancia tuvo y sobre el cual reposó la mayor cantidad de acciones violentas. Si bien desde 1962 existía una organización que coordinaba las acciones de los grupos armados, como el asalto al Club de Tiro Suizo para conseguir armas destinadas a la lucha de la UTAA, fue hasta 1965 cuando se fundó el MLN-T y salió a la luz pública un año después.

El MLN-T, nutrido principalmente por el movimiento estudiantil y en menor medida por obreros y campesino, fue el primer movimiento en emplear una vía fuera de las tradicionales, en este caso la lucha armada, para posibilitar soluciones políticas. Sin embargo, buscó ganarse el apoyo de la gente. Para ello, se efectuaron acciones con la menor violencia posible. Aunque la mayor parte de sus militantes se asentaban en la ciudad de Montevideo, los tupamaros también tuvieron presencia en el interior, ligados al movimiento cañero de la UTAA comandado por Raúl Sendic.

Para el MLN-T, en Uruguay existía una suerte de neocolonialismo impulsado por Estados Unidos, por tanto buscaban la liberación nacional por fuera de las vías legales que ofrecían los partidos políticos, a las cuales juzgaban inútiles. Se mostraron como un movimiento armado pero con un proyecto político. Dentro de esta lectura de la crisis nacional, se le imputaba toda responsabilidad a las clases dominantes.⁷²

En una primera etapa, que podríamos señalar de 1968 a 1969, se dedicó a efectuar una campaña de auto-propaganda y realizó acciones que le valieron la simpatía popular, como el robo masivo de alimentos para su posterior distribución entre la población, los

⁷¹*Ibid*, pp. 293-302.

⁷²*Ibid*, pp. 156-158.

llamados “Comandos del Hambre”. Sus acciones carecieron de violencia, lo cual se tradujo en un reducido número de bajas, tanto para el MLN como para las Fuerzas Armadas.

A partir de 1969 los niveles de violencia aumentaron en las acciones de los tupamaros. En su intento por tomar la ciudad de Pando tres de sus miembros murieron, dando inicio a una agudización de los métodos represivos. Los ataques tupamaros tuvieron como principal objetivo a las empresas norteamericanas y algunas nacionales, así como a políticos y funcionarios, embajadores y medios de comunicación antagónicos a su movimiento.⁷³

Además de las denuncias de corrupción y fraude político efectuadas a partir de los robos de la financiera Monty y de la Sucesión Mailhos, los tupamaros llevaron a cabo otras acciones para desprestigiar a la clase política. En 1969 tomaron la emisora Radio Sarandí, y a través de un mensaje grabado denunciaron las actividades especulativas de los políticos, así como la filtración norteamericana en la economía y política uruguaya. Paralelamente, con su accionar “antisistémico” y con sus constantes denuncias de corrupción de la clase política, contribuyeron a que se agudizara la crisis de legitimidad que vivían las instituciones democráticas.

En ocasión de las elecciones de 1971 y con la unificación de la izquierda en el Frente Amplio, el MLN-T decidió crear un brazo legal para tener participación dentro de la coalición. Así surgió el Movimiento de Independientes “26 de marzo”, que aunque buscó ingresar a la contienda electoral, no presentó un programa definido ni propuso candidatos propios; sólo buscó garantizar votantes para la izquierda. La primera dirección del MI “26 de marzo” estuvo a cargo de los miembros que firmaron su Declaración Constitutiva: Mario Benedetti, Daniel Vidart, Kimal Amir, Rubén Sassano y Emilio Vetarte.⁷⁴ Para su organización se recuperaron algunas formas propias de la izquierda uruguaya: organización territorial (barrial) y por sector (estudiantes y obreros).

Pero las posturas revolucionarias castristas no fueron propias de la clase política, también permearon otros movimiento sociales, como el sindical y el estudiantil, dando origen a la denominada *Tendencia Combativa*. Dentro de estos movimientos también existió una división con respecto a la forma de organización y participación, marcada por

⁷³*Ibid*, pp. 323-328.

⁷⁴ “Declaración Constitutiva del Movimiento 26 de marzo”, en *Cuadernos del M.I. “26 de marzo”*, no. 1, julio 1971, p. 20. Citado en: Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 349.

una tendencia radical y una moderada.

A partir del año de 1968, que como ya hemos señalado estuvo marcado por un incremento de violencia en las medidas gubernamentales, la movilización social se radicalizó para protestar contra la conducción del país a cargo de Pacheco Areco. El movimiento de los trabajadores fue el blanco principal de la violencia estatal, ya que sus acciones -paros, huelgas, toma de sus lugares de trabajo- dificultaban los intentos de resolver los problemas económicos. La CNT se auto designó como principal opositor al gobierno, dado su carácter coordinador. Pero esta tarea se vio imposibilitada, ya que en su interior existían diversas posturas ideológicas y un buen número de partidos políticos, principalmente el Partido Comunista y sus posturas moderadas, que confiaban en una salida a la crisis mediante negociaciones.⁷⁵ Así, dentro del sindicalismo nació un movimiento radical que se diferenció de la CNT por su línea combativa. Si bien convergían en el análisis de la coyuntura, los de *Tendencia Combativa* cuestionaban los métodos moderados de lucha de la CNT.

La Tendencia definió un plan de lucha, caracterizado por la intención de coordinar la acción de todos los movimientos sindicales, lo cual permitiría forjar un movimiento general más sólido. Por otra parte, se apeló a la huelga general como herramienta de lucha. “Para aquélla [la Tendencia] la estrategia era *acumular a través de la lucha*, para avanzar en una situación revolucionaria que permitiese la aplicación del programa de la CNT. Sus formas de lucha eran combativas, con raíces en el viejo sindicalismo combativo y de acción directa”.⁷⁶

La *Tendencia Combativa* buscó organizarse, dando lugar a la creación de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) que, como su nombre lo indica, estaba compuesta por obreros y estudiantes de distintas ideologías: marxistas, cristianos, pro tupamaros, independientes y principalmente anarquistas. En un inicio la ROE fue receptora de esta diversidad de ideologías, pero con los años fue monopolizada por los anarquistas.

Sin duda los acontecimientos de 1969 nos muestran dos características de la coyuntura. Por un lado, la fuerza del movimiento sindical en su vertiente más radical; y, del otro lado de la moneda, el aumento de la represión estatal y el clima de violencia que vivía

⁷⁵ Scott Myers, *Los años oscuros: Uruguay 1967-197*, Editorial Latina, Montevideo, 1997, p. 37.

⁷⁶ Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 366.

el Uruguay. Durante este año los obreros pertenecientes a la industria frigorífica y los empleados de la banca privada sostuvieron duros enfrentamientos con los militares. Si bien el sector obrero tenía una larga tradición de lucha, no ocurría lo mismo con los bancarios, que pertenecían a la clase media uruguaya. Es importante señalar que en sus inicios todos los sindicatos eran de obreros, pero con el desarrollo de la industria también aumentó un sector administrativo y en mayor medida el sector terciario. Así, desde mediados del siglo XX, los sindicatos se comenzaron a distinguir por su conformación social, podían ser de obreros, de empleados o mixtos.

Por su parte, el movimiento estudiantil, como hemos venido advirtiendo, fue una importante “cantera” para la lucha armada, lo cual es signo de la radicalización de sus posturas políticas. Según Rey Tristán, el movimiento estudiantil es un fenómeno anterior al surgimiento de la guerrilla, ya que fue “factor decisivo para el crecimiento, dimensión e importancia que adquirieron organizaciones como el MNL-T”.⁷⁷

El detonante de las movilizaciones estudiantiles fue el aumento de precio del billete de ómnibus en 1968, medida que afectó los bolsillos del alumnado en un momento de crisis económica. En los primeros días las manifestaciones fueron como cualquier otra, con pocos hechos violentos, pero en pocos días las acciones cambiaron. Se comenzaron a utilizar botellas con gasolina y pequeñas bombas incendiarias para atacar vehículos de la empresa Cooperativa Uruguay de Transportes Colectivos Sociedad Anónima (CUCTSA), la mayoría de liceos en Montevideo fueron ocupados o clausurados, el gremio universitario - alumnos, docentes y el Rector- se unió a las manifestaciones, se levantaron barricadas con neumáticos incendiados, se dieron los primeros choques con la policía y los primeros heridos de bala. Las detenciones masivas y los procesamientos a estudiantes fueron moneda corriente.

La represión a estudiantes alcanzó su máxima expresión en agosto de 1968, cuando la policía ingresó violentamente en la Universidad, con el pretexto de buscar al entonces presidente de la Administración Nacional de Usinas y Transmisiones Eléctricas (UTE) y mano derecha de Pacheco, Ulyses Pereyra Reverbel, secuestrado por los tupamaros. Los estudiantes protestaron en defensa de la autonomía universitaria, pero fueron duramente reprimidos. En las inmediaciones de la Facultad de Veterinaria el estudiante, obrero y

⁷⁷Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 382.

militante de la Juventud Comunista, Líber Arce, fue alcanzado por un disparo que horas después le ocasionó la muerte. Para noviembre de ese mismo año, otros dos estudiantes murieron a causa de las bombas *antimotines*: Hugo de los Santos y Susana Pintos.

La peculiaridad e importancia de la movilización estudiantil no residió tanto en las causas de sus protestas o en la acción desarrollada, como en el hecho de que dio a luz nuevos actores y formas de acción política. Su significado hay que entenderlo dentro del proceso global de transformación de la sociedad uruguaya de aquellos años.⁷⁸

El movimiento estudiantil fue ajeno a cualquier grupo o partido político, pero no por eso carente de ideología. Sin embargo, algunos grupos de izquierda, tanto legales como ilegales, tuvieron representación dentro del movimiento gracias a la existencia de grupos, por ejemplo: la Unión de Juventudes Comunistas, que tenía una estrecha relación con la Coordinadora de Estudiantes de Secundaria del Uruguay (CESU); y el MIR tuvo representación con las Agrupaciones Rojas. Como en casi todas las agrupaciones sociales opositoras al gobierno, el movimiento estudiantil tuvo una fuerte presencia de la lucha armada, principalmente del MLN-T que propició la creación del Frente Estudiantil Revolucionario tupamaro (FER 68), por otra parte estaba la ya señalada Resistencia Obrero Estudiantil, de fuerte influencia anarquista .

A pesar de la diversidad ideológica al interior del movimiento estudiantil, se creó un análisis común sobre la situación del país. Un análisis muy cercano al que hacían las organizaciones armadas. Es decir, sostenían que la causante de todos los males era la estrecha relación entre las oligarquías locales y los intereses norteamericanos.

Por último, debemos señalar que la crisis desatada a mediados del siglo XX propició el ingreso de otro actor a la esfera política, el cual, a diferencia de los países vecinos, se había mantenido ajeno a ésta. Nos referimos a las Fuerzas Armadas, que como ya hemos señalado, aumentaron su presencia en el espacio público. Los militares comenzaron a ganar espacio político y social gracias a sus constantes actuaciones, posibilitadas por las Medidas Prontas de Seguridad que contrarrestaban la subversión; es decir, los militares aparecen debido a que el Uruguay vivía una suerte de “guerra interna”, y ellos eran los encargados de proteger a la nación.

Así, las Fuerzas Armadas irrumpen en la política por una necesidad y acorde a las normas jurídicas, gracias al decreto 566/971 que les asignó la tarea de combatir a la subversión. A diferencia de los casos ya vistos -la Izquierda Revolucionaria y la Tendencia

⁷⁸*Ibid.*, p. 385.

Combativa-, los militares fueron el único actor político armado considerado como legal. Pero también tuvo puntos de convergencia con los movimientos armados clandestinos, como la lucha por deslegitimar y desplazar a los partidos tradicionales. También lo hicieron a partir de denunciar las prácticas corruptas que inundaba al sistema político, vistas como el causante de la descomposición del Estado. “Levantada inicialmente como bandera de lucha contra el sistema, el discurso anticorrupción viene a legitimar la entrada de los militares en la acción política y, en sus efectos de sentido moralizantes, a justificar el empleo de cualquier método para la lucha 'antisubversiva' de la cual forma parte”.⁷⁹

Para los militares, la clase política era incapaz de afrontar la crisis porque desconocía la realidad nacional, ya que se centraba en intereses individuales. Así lo expresaban en uno de sus comunicados:

No verla, no quererla entender, como no vieron, o no quisieron entenderla, quizás por haberla visto demasiado bien, la necesidad de erradicar las causas del conflicto para evitar que reaparezca, los políticos incompetentes e incapaces, no ya de resolver, sino siquiera de encarar, en tantos años de despilfarro, la gran crisis nacional [...].⁸⁰

Como hemos visto, la crisis del sistema político uruguayo se originó a raíz de múltiples factores, y no exclusivamente como reacción al estancamiento económico. Si bien la situación de la economía internacional tiene un peso específico en el desarrollo político del Uruguay, éste no explica de manera total los giros del sistema. Los partidos tradicionales que, como señalamos en el capítulo anterior, eran los principales actores políticos, fueron los más perjudicados: perdieron su capacidad para canalizar demandas sociales; sufrieron un acelerado proceso de pérdida de legitimidad; y, de manera más lenta, se debilitó su presencia en la esfera política. Estos factores favorecieron que se abriera el camino a otras formas de expresión política, como los intentos de la izquierda por unificarse y la aparición de los movimientos armados.

La crisis que vivían la partidocracia uruguaya era un fenómeno sin precedentes. Hasta este momento, a diferencia de los países vecinos, los partidos políticos uruguayos se habían mantenido estables y firmes, gracias a su capacidad de renovación, la cual estuvo ausente en estos años de crisis.

Los partidos tradicionales dejaban de ejercer su rol de mediación y dirección política, al tiempo que se hacía pública la corrupción generalizada y la sociedad percibía la ineficiencia de las

⁷⁹Francisco Panizza, *op. Cit.*, p. 191.

⁸⁰República Oriental del Uruguay, Junta de Comandante en Jefe, “Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental”, Tomo II, “El Proceso Político”, Montevideo, 1978, p. 52. Citado en Francisco Panizza, *op. Cit.*, p. 193.

transformaciones que habían supuesto [...] la llegada al poder del PN en 1958, o la reforma constitucional de 1966. A la vez que se producía esta pérdida de poder de convocatoria y legitimidad de los partidos tradicionales, la sociedad buscaba nuevas formas de articulación que superasen los marcos anteriormente establecidos.⁸¹

De esta manera diversos grupos comenzaron a alzar la voz para buscar soluciones a los problemas que no podían resolver los partidos tradicionales, fenómeno que responde a un proceso de pérdida de lealtad e identidad respecto a los partidos tradicionales. Durante estos años la sociedad, principalmente los sectores más vulnerables, gana autonomía política; es decir ocurrió un paulatino alejamiento político-ideológico entre la sociedad y los partidos⁸². A pesar de las numerosas propuestas alternativas a los partidos tradicionales, ninguna tuvo la fuerza y capacidad para imponer su interés como el “interés nacional”; es decir, ninguno pudo forjar un movimiento de magnitud nacional.⁸³

El uruguayo Gerónimo de Sierra sugiere que la movilización popular estuvo condicionada y favorecida por dos elementos básicos. En primer lugar, era un movimiento “de defensa” frente a la reestructuración conservadora de la economía, así como de la ideología y del aparato jurídico-político. En segundo lugar, aunado al movimiento de “defensa”, surgió una propuesta política de carácter alternativa a las tradicionales, la cual amenazó con arrebatar el monopolio del control del Estado a los partidos tradicionales.⁸⁴

Durante los primeros días de 1971, en un ambiente de relativa paz producto del proceso electoral, surgió una coalición de izquierda que incluyó a cualquier sector inconforme con el régimen, y que logró forjar un proyecto legal común a todos sus seguidores. En el plano internacional, el muy reciente triunfo de la Unidad Popular en Chile, demostró que era posible forjar un frente común a la izquierda capaz triunfar en las urnas. De esta manera nació el Frente Amplio, que con su inédita participación en las urnas cuestionó la continuidad del bipartidismo uruguayo.

El Frente Amplio, además de crear un programa que respondiera a demandas comunes, tuvo el acierto de inventar una tradición política a partir de anclajes históricos. El proceso y las herramientas empleadas para la invención de dicha tradición, son el eje de esta tesis y serán abordados en el capítulo siguiente.

⁸¹Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 306.

⁸²Luis Costa Bonino, *op. Cit.*, p. 146.

⁸³Francisco Panizza, *op. Cit.*, p. 124.

⁸⁴Gerónimo de Sierra, *op. Cit.*, p. 48.

Capítulo 3. El Frente Amplio: de su nacimiento a la invención de la tradición

En este capítulo abordaremos tanto la formación del Frente Amplio (FA), como la utilización que del pasado histórico realizó esta coalición en sus primeros años. En un primer apartado se hace un recorrido por el camino que desembocó en la formación de la coalición. Antes del Frente, la izquierda uruguaya ya había ensayado proyectos unitarios, pero, debido a múltiples factores, fracasaron. Sin embargo, dejaron valiosas experiencias para la nueva coalición.

Por su carácter inclusivo, el FA albergó una diversidad ideológica que buscaba unirse en un mismo movimiento. El segundo apartado del presente capítulo pretende dar cuenta de esta heterogeneidad ideológica, para demostrar la complicada empresa que implicó crear una única identidad política e ideológica.

El tercer apartado busca ser un aporte para entender el proceso que siguió el FA para la “invención de la tradición” política que le diera unidad al movimiento y, a su vez, le permitiera tener un mayor peso entre la sociedad uruguaya. Así, se señalan los anclajes históricos que usó la coalición para formar una identidad y una memoria grupal. Operación que exigió una resignificación del pasado histórico.

3.1 El nacimiento del Frente Amplio

Podemos explicar la formación del Frente Amplio a partir de diversos fenómenos. Entre ellos: la crisis estructural y el aumento de las prácticas autoritarias por parte del Estado; el legado de los anteriores intentos por unificar a la izquierda -desde el Frente Popular hasta la Unión Popular-; y los aprendizajes y dinámicas unitarias provenientes del movimiento laboral -sindicalismo-.

El desempeño del Frente Amplio en las elecciones de 1971, fue un fenómeno inédito en la historia del Uruguay. Si bien con anterioridad la izquierda había participado mediante coaliciones, fue la primera vez que se presentó bajo un frente que incluyera a todos los sectores opositores al gobierno en turno, y con la capacidad de convocatoria necesaria para romper con el arraigado bipartidismo. En este apartado se analizará el proceso mediante el cual las izquierdas y los sectores progresistas lograron, después de varios intentos,

unificarse en un movimiento político.

Durante los primeros cuatro decenios del siglo XX, la izquierda uruguaya estuvo dividida en básicamente dos partidos: el Socialista y el Comunista, identificados como izquierda “clásica” o “tradicional”, pero también existieron otros grupos de izquierda de menor relevancia política. En 1936, podemos observar la creación del Frente Popular de Cerro Largo que intentó nuclear a todos los sectores opositores a la dictadura de Terra, logrando unir a socialistas, comunistas y sectores progresistas de los partidos tradicionales. Este Frente Popular tuvo una pobre participación en las elecciones de 1938, en las cuales apoyaron a los Partidos Comunista y Socialista. Así, la izquierda mantuvo una posición marginal en la administración estatal, pero, por otra parte, ganó presencia en el movimiento obrero.

Desde mediados de la década de 1950, en el seno de la crisis estructural, la izquierda dio giros en sus orientaciones políticas, y comenzó a ensayar movimientos unificadores que les permitiera tener mayor peso político. Inició un proceso unitario de las izquierdas, tanto a nivel sindical (con la creación de la Convención Nacional de Trabajadores), como a nivel político (con el surgimiento del Frente Amplio). Siguiendo a Eduardo Rey Tristán, a partir de este momento y hasta inicios de los años setenta, la izquierda uruguaya vivió una transformación: se nacionalizó y se actualizó, tanto en su discurso como en sus métodos de lucha y en su estructura. Rey Tristán distingue tres etapas en esta transformación: renovación, fragmentación y unificación.⁸⁵

La primera etapa se ocurrió en el seno de la crisis política y de la ineficacia de los partidos tradicionales, lo que promovió que la izquierda tradicional comenzara a analizar a profundidad “la cuestión nacional”, que hasta entonces se encontraba ciertamente ignorada. Esto, a su vez, originó una renovación ideológica, que permitió abrir horizontes y pensar en la posibilidad de construir alianzas partidarias. Es en estos años de mitad del siglo XX cuando aumentaron los intentos por conformar un frente de izquierda para competir en las elecciones. Desde el Congreso XVI del año 1955 hasta la formación del Frente Amplio, es posible recorrer una historia de “la construcción de la unidad”.⁸⁶

En 1962 se creó el Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), agrupación que tuvo la

⁸⁵Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 64.

⁸⁶José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Editorial Sudamericana, Montevideo, 2008, p. 446.

capacidad de reunir al Partido Comunista, al Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) y otros grupos de orientación *batllista* y movimientos independientes. Los *batllistas* fueron el grupo “Avanzar” y el Movimiento Batllista 26 de Octubre. De los movimientos independientes participó el Grupo de Izquierda Maldonado, el Comité de las Izquierdas de Paysandú, el Movimiento de Trabajadores de la Cultura y el Comité de Intelectuales y Artistas. Entre los pequeños grupos “terceristas” que viraron a la izquierda, estaban la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, el Comité Universitario y un grupo de sindicatos. Por lo tanto, es posible afirmar que el FIDEL es el antecedente directo del Frente Amplio.

En un análisis del entonces líder socialista Vivian Trías, plasmado en un artículo publicado en el semanario “El Sol” en 1962, aseguraba que “La Unión Nacional y Popular es, aún, un retoño en gestación -aunque muy cercano al alumbramiento- todavía no ha nacido y, sin embargo, ya ha suscitado un evidente interés en la opinión pública. [...] es una real salida por la izquierda para la actual crisis uruguaya que cala hondo en nuestra realidad nacional, que se proyecta como una posibilidad cierta y concreta en nuestro congelado panorama político [...]”⁸⁷ En este mismo artículo Trías arremete contra los partidos tradicionales y los señala como los defensores de los grandes latifundistas, vistos como los principales causantes de la crisis.

La evolución de la izquierda hay que entenderla por tanto en un proceso más amplio que afecta a otros sectores de la sociedad: *intelligentsia*, Universidad e incluso partidos tradicionales; y que se dio en el marco de crisis, desestructuración y falta de soluciones [...].⁸⁸

La novedad que presentó este frente radicó en dos aspectos: por un lado, permitió la incorporación a la izquierda de los sectores más progresistas de los partidos tradicionales, y por otra parte significó la apertura del Partido Comunista a posibles relaciones y alianzas partidarias.⁸⁹ Durante este proceso algunos sectores de la izquierda tuvieron puntos de contacto con las tradiciones blanqui-coloradas, adoptando parte de sus valores y mostrándolos como propios. A pesar del enorme esfuerzo por unificar a la izquierda, tampoco se obtuvieron buenos resultados en las urnas.

Pero los proyectos unificadores iban más allá de los partidos políticos. Ya se ha

⁸⁷Citado en Miguel Aguirre Bayler, *Frente Amplio: “La admirable alarma de 1971”*. Historia y Documentos, Ediciones Cauce, Montevideo, 2005, p. 25.

⁸⁸ Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 72.

⁸⁹*Ibid.*, p. 87.

mencionado la alianza que formaron estudiantes y obreros en 1958, la cual tuvo importantes triunfos: la Ley de Seguro de Paro, y la Ley Orgánica Universitaria. En 1965 un conjunto de organizaciones sindicales convocó el Congreso del Pueblo, abierto a todos los demás sindicatos, a los movimientos campesinos, culturales y populares, para elaborar un programa que diera salida a la crisis. El Congreso acordó formar un solo Frente político popular, que debía ser debatido en la Mesa por la Unidad del Pueblo.⁹⁰ Como ya se vio, este proceso culminó en la creación de la CNT.

La izquierda desbordó, en esta hora de acrecentados conflictos y luchas, los marcos del bipartidismo socialista y comunista, sus focos de cultura reformista-liberal y leninista, sus formatos partidarios clásicos y sus prácticas institucionales. [...] se desplegaron en esta época un conjunto de organizaciones y tendencias políticas con arraigo en medios gremiales, estudiantiles e intelectuales, con tonalidades movimientistas y un fuerte impulso crítico a las orientaciones y encuadres de la izquierda “bipartidista”.⁹¹

Del otro lado estaban aquellos que habían perdido la fe en las vías institucionales y legales. Desde 1962 comenzaron a surgir grupos desde una izquierda revolucionaria, que ya fueron esbozados en el capítulo anterior. En 1963, cuando se decretaron las Medidas Prontas de Seguridad, entre estos grupos se cuestionó la viabilidad de llevar a cabo una autodefensa, para la cual se requería de armas. Acordaron llevar a cabo un robo de armas del Club de Tiro Suizo de Colonia Valdense, hecho que significó la primera acción coordinada entre agrupaciones políticas y sindicales (el Movimiento de Apoyo Campesino, el Movimiento Izquierda Revolucionaria, la Federación Anarquista Uruguaya y la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), y militantes socialistas y de sectores independientes.

Estos cuatro núcleos optaron por aglutinarse en un mismo movimiento, denominado como el *Coordinador*. El nacimiento del Coordinador evidenció la existencia de un consenso sobre la forma en que se debía emprender la lucha y la existencia de intereses políticos comunes.

En segundo lugar, había una renuncia al debate ideológico profundo. [...] a pesar de la variedad de tradiciones políticas de las que procedían, había una percepción común en todos ellos: las vías de acción política tradicional de izquierda eran inútiles para transformación de la sociedad, por lo que era necesario un cambio metodológico. [...] Era preciso dejar de lado la teoría y la polémica y pasar a la acción, *hacer algo*. La acción sería la que definiría actores, voluntades y posibilidades, dejando por el camino a quienes no pasasen de la *palabrería estéril*.⁹²

⁹⁰Miguel Aguirre Bayley, *op. Cit.*, p. 29.

⁹¹Javier Gallardo, “La izquierda uruguaya. La parábola de los 'zorros' y los 'leones', en Gerardo Caetano [*et al.*], *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*, Trilce, Montevideo, 1995, p. 107.

⁹²*Ibid.*, p. 100.

Sin embargo, y a pesar de su capacidad para aglutinar a amplios sectores de la izquierda, el Coordinador fracasó en poco tiempo, debido a las limitaciones de sus planteamientos y por la dinámica de sus prácticas basadas en la acción, dejando en el olvido a las palabras, a la comunicación y al consenso entre sus militantes y con la sociedad.

Ante el eminente fracaso y disolución del Coordinador, sus viejos integrantes convocaron a una reunión llamada del “Parque del Plata”, para discutir sobre la necesidad de reconstruir una organización común a los grupos opositores al gobierno y a los partidos tradicionales. El resultado fue el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), que, como vimos, no pretendió ingresar al juego electoral, pero ofreció un apoyo relativo al Frente Amplio en ocasión de las elecciones de 1971, con el Movimiento de Independientes “26 de marzo”.

Cabe señalar que además de los fracasos electorales, la izquierda uruguaya -tanto legal como ilegal- fue víctima de constantes ataques individuales y a propiedades, por parte de grupos paramilitares, con la intención de desmovilizar dichas agrupaciones. El término “paramilitares” engloba a diversos grupos: a la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), que se encargó de atentar contra militantes de izquierda; el *Comando caza tupamaros*, mejor conocido como “Escuadrones de la Muerte”, responsables de asesinar y secuestrar a militantes del MLN. Las acciones de la JUP fueron denunciadas en el Parlamento, pero pasaron desapercibidas mostrando una cierta tolerancia de las autoridades hacia dicha agrupación.⁹³

La radicalización de un sector de la izquierda, lejos de consolidar un movimiento único que tuviera aceptación social, por el contrario, dividió a sus militantes. En los años sesenta existía una marcada división entre la izquierda legal y la ilegal. Aunado a esto, “la ilegalización de Pacheco Areco había dejado al FIDEL prácticamente como único representante legal de la izquierda. Desde 1968 comenzó una última y fundamental etapa en el desarrollo de la izquierda uruguaya: su unidad política”.⁹⁴ Todos los intentos fallidos por crear un frente opositor al régimen dan cuenta del esfuerzo por cambiar las bases mismas del sistema. “La apuesta unitaria de las izquierdas si bien encauzó a los principales agentes sindicales y sociales en la estrategia electoral, no logró hegemonizar el campo del

⁹³Benjamín Nahum *et al.*, *op. Cit.*, p. 66.

⁹⁴Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 122.

cuestionamiento opositor [...].⁹⁵

En 1968, bajo el régimen de las Medidas Prontas de Seguridad y en un ambiente mundial de revolución social, la izquierda aceleró su proceso de unificación. Entre estos intentos frentistas encontramos el “Movimiento de Defensa de las Libertades y la Soberanía”, así como las iniciativas del Partido Demócrata Cristiano (PDC) para construir un “frente amplio” con una unidad ideológica y un programa electoral común. En 1971, entre el PDC y el Movimiento Por el Gobierno del Pueblo (Lista 99, desprendido del Partido Colorado) de Zelmar Michelini, se constituyó el “Frente del Pueblo”.

En el plano internacional, en 1970, la victoria electoral en Chile de la Unidad Popular que llevó al doctor Salvador Allende a la presidencia, incentivó la idea de forjar una coalición de partidos y agrupaciones para llegar al poder. En septiembre de ese mismo año, semanas después del triunfo de Allende, se reunió la Juventud Demócrata Cristiana uruguaya con el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y dirigente de la Juventud Comunista chilena, Alejandro Rojas. La finalidad del encuentro fue explicar el proceso chileno hacia la consolidación de la Unidad Popular para que los uruguayos, a partir del análisis, aprovecharan las lecciones de dicha experiencia.

La lección de la Unión Popular fue ejemplarizante al respecto; sería indisciplinable y suicida recaer en el mismo error. [...] La exigencia del momento impone unificar las diferentes corrientes en un frente común que, entre otras cosas, tenga alternativa electoral [...].

Tenemos dos lemas permanentes: la Democracia Cristiana y el F.I. de L. [FIDEL] Hay que elegir uno de ellos o recurrir al lema accidental. Ya está dicho que, en nuestra opinión, el segundo camino está erizado de dificultades y que solo el primero permite al frente unido y amplio, aprovechar las ventajas del sistema electoral que hasta ahora sólo otros han manejado.⁹⁶

En el ámbito local se agudizó la crisis de los partidos tradicionales; se desprendieron de sus filas importantes grupos, como el Movimiento Por el Gobierno del Pueblo (Lista 99) del Partido Colorado, y el Movimiento Blanco Popular y Progresista del Partido Nacional. El 7 de octubre un grupo de intelectuales suscribieron una declaración que señalaba la necesidad de crear un acuerdo entre las distintas fuerzas políticas de oposición. Entre las personalidades más destacadas estaban: Dr. Carlos Quijano, Dr. Carlos Martínez Moreno,

⁹⁵Carlos Zubillaga, “Del autoanálisis a la confesión: la historia como militancia contestataria”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (Editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004, p. 191.

⁹⁶Oscar Bruscher, “Agrupar un movimiento de masas”, en *Marcha*, 25 de septiembre de 1970. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/ed9ee8d7bfb611253ca3ec187327d878.pdf> [Consultado en noviembre de 2014]

los profesores Eugenio Petit Muñoz y Oscar Bruschera. Muchas de las personalidades que firmaban el “Llamamiento” pertenecían a grupos como el Frente Izquierda de Liberación, el Partido Demócrata Cristiano, Partido Comunista, Movimiento por el Gobierno del Pueblo y el Movimiento Blanco Popular y Progresista (del Partido Nacional).

El año de 1971 inició con la vuelta a la legalidad de una serie de partidos y grupos políticos que, por su ferviente oposición al gobierno de Pacheco, habían estado en la clandestinidad desde 1967. Durante estos días se creó el Frente del Pueblo, entre el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento por el Gobierno del Pueblo (lista 99), grupo que promovía la creación de un frente sin exclusiones y al cual se adhirieron un amplio número de partidos y movimientos.

Para las elecciones de este año, las primeras con voto obligado y en las que los soldados tuvieron derecho al sufragio, se presentó de manera inédita el Frente Amplio, compuesto por un vasto sector de la izquierda y también de los partidos tradicionales. El FA no se presentó como una simple alianza para competir en las elecciones, sino como un proyecto de mayor alcance, como un instrumento de unidad y de lucha del pueblo, para que éste lograra alcanzar el gobierno y el poder. “Si el fascismo es el instrumento armado de la oligarquía, el Frente Amplio es el instrumento organizado del pueblo”⁹⁷, afirmaba uno de sus históricos líderes.

La coalición fue fundada el 5 de febrero de 1971, después de una histórica sesión dirigida por el senador Zelmar Michelini, quien habló en nombre del “Frente del Pueblo”. Durante el acto se leyó la *Declaración Constitutiva del Frente Amplio*, a la que se suscribieron el mismo Frente del Pueblo, el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento Blanco Popular y Progresista, el Frente Izquierda de Liberación, el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Movimiento Socialista, el Movimiento Herrerista Lista 58, los Grupos de Acción Unificadora, el Partido Obrero Revolucionario (Trotskista), el Movimiento Revolucionario Oriental, y posteriormente, el 10 de febrero, se sumaron lo que quedaba de la Unión Popular de Enrique Erro, así como otros grupos menores provenientes de los partidos tradicionales.⁹⁸ En marzo se incorporó la Agrupación Batllista “Pregón”, abandonando al Partido Colorado y liderada por la senadora Alba Roballo; el grupo Acción

⁹⁷Líber Seregni, “La lucha contra el fascismo”, discurso pronunciado en Montevideo el 17 de marzo de 1972, en *La autoridad del pueblo*, Sur Editorial, México, 1982, p. 60.

⁹⁸Benjamín Nahum *et al.*, *op. Cit.*, p. 72.

Popular Nacionalista, de origen blanco; y el Partido de los Trabajadores. A diferencia de los anteriores intentos unificadores, el Frente era incluyente con todos los sectores políticos; no se cerró a los partidos y movimientos de izquierda, sino que abrió sus puertas a los sectores de extracción blanca y colorada. En abril de ese año inició su campaña electoral con la “Caravana de la Esperanza”, encargada de recorrer cada rincón del país. El FA, en voz del General Líber Seregni, pronunció discursos en cada uno de los 19 departamentos del Uruguay.

La campaña electoral de la coalición estuvo presidida por el General Líber Seregni, quien tenía una larga trayectoria militar, pero dentro de la escena política era casi desconocido por amplios sectores de la sociedad. Seregni era un militante declarado del Partido Colorado, de la corriente batllista, y se había retirado de las Fuerzas Armadas en 1968, al oponerse a la intervención del Ejército en la represión de los movimientos sociales. La dirección del Gral. Seregni fue un fenómeno nuevo para las izquierdas, pues por primera vez contaban con un liderazgo personalizado.

El Frente Amplio, a diferencia de los partidos tradicionales, presentó únicamente un candidato para cada cargo ejecutivo; es decir, para los cargos de Presidente, Vicepresidente e Intendencias se concentró en un sólo lema, bajo la fórmula Seregni-Crottogini. Para los cargos legislativos sí presentó varias listas; para la Cámara de Senadores postuló siete sublemas y nueve fórmulas diferentes. La nueva coalición de izquierda rompió con una característica de los partidos tradicionales: la fragmentación interna en términos de personalidades y su falta de autoridad común.

A diferencia de la lucha armada, el FA se presentó como una alternativa de cambio pacífica con tintes revolucionarios, lo cual complicó su deslegitimación y criminalización. Las elecciones de 1971 dejaron en claro que la sociedad uruguaya optaba por un cambio a partir de un movimiento legal que fuera defensor de la institucionalidad democrática. Fue una expresión de la arraigada adhesión al sistema democrático, a las urnas, como medio pacífico para resolver conflictos.

Muy pocos grupos criticaron el proyecto frenteamplista, a pesar del descreimiento en las elecciones que había entre gran parte de los luchadores sociales tiempo atrás, y quienes lo hicieron no fueron capaces -por falta de efectivos o limitaciones propias- de ser una alternativa real a la canalización legalista y parlamentaria.⁹⁹

⁹⁹Rodrigo Vescovi, *op. Cit.*, p. 87.

Hasta antes de 1971 la izquierda uruguaya no había podido superar la marca del 10% de los votos emitidos. Durante su primera participación electoral, el FA, como sub-lema del Partido Demócrata Cristiano, alcanzó un considerable número de votos: en Montevideo obtuvo el 30%, que lo convirtió en la segunda fuerza política de la capital, mientras que a nivel nacional superó el 18%. El número de votos superó la suma de los obtenidos por sus partidos componente en las elecciones de 1966, con la excepción de la Lista 99 que pertenecía al Partido Colorado. La irrupción del Frente Amplio marca “el principio del fin” del bipartidismo uruguayo, al constituirse en la tercera fuerza política del país.

El votante de izquierda fue un ejemplo de “ciudadano participante” en sus orígenes: de clase media, muy educado, joven y montevideano: tuvo alta participación e interés por la política y se autoexigió - a nivel de conducta personal- una coherencia “práctica” en relación al discurso, diferente de la exhibida por los comportamientos y actitudes de los votantes de los otros partidos tradicionales [...]. En consecuencia, la base de apoyo de la izquierda estuvo caracterizada por la militancia y por el compromiso. Gremios estudiantiles, sindicatos y comités de base, generaron una dinámica de movilización partidaria que nunca habían conocido los partidos tradicionales.¹⁰⁰

Aunque el FA no ganó la Presidencia, sí tuvo logros en otros puestos: cinco senadores y dieciocho diputados. El ex militante blanco Enrique Erro fue electo como senador y su sub-lema, “Patria Grande”, obtuvo cuatro puestos en la Cámara de Diputados.

Como hemos visto, a principios de la década de 1960 muchos sectores de la izquierda intentaron unirse en un frente común que les diera mayor peso, pero fracasaron debido a las diferencias tácticas, estratégicas e ideológicas imperantes en su interior. Todas estas experiencias fracasaron en el intento por construir una voluntad colectiva.

Es el problema que modernamente se expresa en términos de partido o de coalición de partidos afines: como se inicia la constitución de un partido, cómo se desarrolla su fuerza organizada y su influencia social, etc. Se trata de un proceso molecular, muy minucioso, de análisis extremo, capilar, cuya documentación viene constituida por una enorme cantidad de libros, de folletos, de artículos de revista y de periódico, de conversaciones y de debates a viva voz que se repiten infinitas veces y que en su conjunto gigantesco representan esta labor de la que nace una voluntad colectiva de un cierto grado de homogeneidad [...].¹⁰¹

El Frente Amplio no fue ajeno a la heterogeneidad ideológica, pero tuvo la capacidad de superar dichas diferencias y crear una voluntad colectiva con un grado considerable de homogeneidad.

Y esa unión, por su esencia y por su origen, por tener al pueblo como protagonista, ha permitido agrupar fraternalmente a colorados y blancos, a demócratas cristianos y marxistas, a hombres y mujeres de ideologías, concepciones religiosas y filosofías diferentes, a trabajadores, estudiantes, docentes, sacerdotes y pastores, pequeños y medianos productores, industriales y comerciantes,

¹⁰⁰Constanza Moreira, *op. Cit.*, pp. 98-99.

¹⁰¹Antonio Gramsci, *La política...*, *op. Cit.*, p. 184.

civiles y militares, intelectuales y artistas, en una palabra, a todos los representantes del trabajo y de la cultura, a los legítimos voceros de la entraña misma de la nacionalidad.¹⁰²

3.2 La heterogeneidad ideológica del Frente Amplio

En este apartado queremos señalar las principales ideologías que convivieron al interior de la coalición, pues si bien ésta se compuso por una amplia diversidad de agrupaciones, se pueden distinguir tres vertientes o matrices principales: los grupos provenientes de los llamados “partidos de ideas” (Partidos Comunista y Socialista, y el Partido Demócrata Cristiano), del movimiento sindical, y de los sectores progresistas que se separaron de los partidos tradicionales. Por lo tanto, un amplísimo sector de sus integrantes tenía una ideología marxista y socialista, ya que dichas ideologías no sólo estaban presentes entre socialistas y comunistas, sino también en el movimiento sindical. Asimismo, los sectores batllistas y nacionalistas que se unieron al FA también estaban influenciados por el marxismo, y de hecho representaban “la izquierda mayoritaria del país”.¹⁰³

Es decir, debido a que estaba compuesto en su mayoría por sectores provenientes de la izquierda, en su interior predominaban las concepciones marxistas y las referencias a revoluciones fuera del Uruguay (desde el caso de la URSS hasta el de Cuba). Este predominio ideológico, a su vez, dio al FA un perfil combativo y revolucionario, lo cual le permitió diferenciarse de los partidos tradicionales que cada vez simpatizaban con posturas marcadamente derechistas.

El Partido Comunista fue una de las organizaciones más relevantes dentro de la izquierda uruguaya. Tenía fuertes lazos con los sindicatos y con el gobierno de la URSS. Se planteaba la existencia de etapas sucesivas en la revolución, donde el fin último era alcanzar el socialismo. Así lo expresaba León Lev, uno de sus principales dirigentes:

Seguíamos luchando por el socialismo desde el punto de vista ideológico y cultural, pero concebíamos que en nuestra primera etapa debíamos romper el predominio del gran capital financiero y latifundista [...]. En el plano teórico la izquierda tradicional, PC y PS, era una izquierda batllista [...].

Comenzamos a reflexionar más el costado democrático que el coercitivo del período de transición. La democracia avanzada. Era otra realidad a la de Rusia de 1917. Para nosotros la democracia es el

¹⁰²Frente Amplio, *Declaración constitutiva*, 5 de febrero de 1971. Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/DOCUMENTO%201.pdf> [Consultado en octubre de 2014]

¹⁰³Carlos Demasi, “Blancos y colorados en la creación del Frente Amplio”, pp. 2-3, en *Fundación Vivian Trias*, Cuaderno No. 33. Disponible en: <http://fundacionviviantrias.org/sites/default/files/Cuaderno-33.pdf> [Consultado en noviembre de 2014]

camino y el fin.¹⁰⁴

Se puede apreciar el carácter revolucionario del PC y su crítica al sistema capitalista, pero también se observa su rechazo a la violencia y su apuesta por las vías legales, como las elecciones, para la conquista del poder.

El Partido Socialista, como su nombre lo indica, optaba por esta ideología pero buscaba adaptarla a las características del país. Desde su renovación iniciada a raíz de la crisis de los años cincuenta adoptó una postura marcadamente antiimperialista; creó una teoría de la revolución nacional en oposición a la política batllista; criticó el reformismo y no descartaba el uso de las armas; insistió en la necesidad de crear una unidad popular uruguaya, a nivel político y sindical.¹⁰⁵ También tuvo ecos entre sindicatos y en diversas agrupaciones universitarias.

El FA tuvo una estrecha relación con el movimiento sindical, se penetró entre los trabajadores y debilitó la posición de los partidos tradicionales. Asimismo, se unieron académicos e intelectuales provenientes de la Universidad de la República, que protestaban contra el gobierno Colorado. Era un movimiento integrado por docentes y alumnos.

Como ya se mencionó, el Frente Amplio se formó gracias a la participación de ciertos sectores de los partidos tradicionales, y no únicamente con viejos militantes de los partidos Comunista y Socialista. Los sectores de los partidos Colorado y Nacional que se integraron al Frente Amplio formaron identidades políticas a su interior, pero con el tiempo éstas se diluyeron en un proyecto común. Ambos sectores tenían una vieja tradición progresista; reivindicaron las figuras de históricos militantes, como Batlle y Grauert¹⁰⁶. Pero también apoyaron la lucha contra el nazismo y el fascismo; mostraron simpatía con la Revolución Española, apoyaron al gobierno de Arbenz en Guatemala y admiraban a la Revolución Cubana.

El FA, en sus inicios, fue muy similar a la Unidad Popular chilena, pero incluía a un sector que no pertenecía a ningún partido tradicional o a los partidos de izquierda “clásicos”: los demócratas cristianos opositores al régimen. Desde inicios de la década de 1960, muchos cristianos bajo la influencia de la Teología de la Liberación se acercaron al

¹⁰⁴Citado en Rodrigo Vescovi, *op. Cit.*, p. 166.

¹⁰⁵Rodrigo Vescovi, *op. Cit.*, p. 169.

¹⁰⁶ Julio César Grauert, líder del grupo “Avanzar”, perteneciente al ala izquierda batllista y de fuerte impregnación marxista. Fue asesinado en 1933 por el gobierno de Terra.

socialismo, incluso radicalizaron sus posturas y se unieron a movimientos sociales como la guerrilla.

En 1962, en ocasión del XIX Centenario del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la Conferencia Episcopal del Uruguay pidió al “pueblo cristiano” tomar conciencia de la problemática social y de su papel como agente para solucionarla.

Es indudable que nuestra época siente una viva preocupación por el hombre y su promoción, preocupación laudable que reclama la esforzada cooperación de todos.
[...] son muchos los que se afanan, por cauces distintos, en promover un orden más justo, una sociedad más humana y fraternal.

Queremos recordar una vez más a los cristianos, que la fe los obliga a estar presentes en primera línea en ese esfuerzo gigantesco de la humanidad, a participar activamente en las instituciones, mediante un compromiso temporal adecuado a sus cualidades y capacidad. Solamente así podrán, como les pide el Concilio Vaticano II, “ordenar según Dios los asuntos temporales”.¹⁰⁷

Este sector estaba nucleado en el Partido Demócrata-Cristiano, y en otras agrupaciones juveniles como la Juventud Obrera Católica, el Movimiento Cristiano Universitario, la Juventud Estudiantil Católica, y el Movimiento de Acción Popular Uruguayo, que era el más numeroso. Estas organizaciones se caracterizaron por una política moderada y optaron por apoyar al FA.

Como se vio en el capítulo anterior, el MLN-T mediante el Movimiento Independientes “26 de Marzo” también tuvo participación en la coalición.

Llegamos al Frente Amplio a ocupar un puesto de lucha. El que sea. Entramos al Frente Amplio a combatir codo a codo, junto a cristianos y comunistas, a los que tienen raigambre batllista o herreristas, a los hombres del ejército dispuestos a marchar junto al pueblo, a los hombres del pueblo que nos han dado su sangre y su libertad enfrentando como nadie a la oligarquía. Entramos al Frente entonces, a ocupar un lugar en la trinchera, junto a todos, sin integrar ninguna de las corrientes políticas organizadas. [...] El programa del Frente Amplio es nuestro programa.¹⁰⁸

El 18 de mayo de 1971, el Movimiento “26 de marzo” solicitó su incorporación al FA, la cual fue rápidamente aceptada. El FA tenía presente la relación del Movimiento con la guerrilla tupamara, pero con base en su idea de unidad, no dudó en aceptarlos en la coalición. El Frente Amplio mantuvo una relación ambigua con el MLN-T, se movió entre la coexistencia pacífica y la crítica. Pero para que se pudiesen desarrollar las elecciones de 1971, pactaron una tregua unilateral.

¹⁰⁷ *Carta del Episcopado en el Año de la Fe*, Montevideo a 6 de septiembre de 1967. Disponible en: <http://iglesiacatolica.org.uy/wp-content/uploads/2012/08/Carta-sobre-Anno-de-la-Fe.pdf> [Consultado en octubre de 2014]

¹⁰⁸ “Declaración Constitutiva del Movimiento 26 de Marzo”, *op. Cit.*, p. 354.

Otras agrupaciones menores también decidieron ser partícipes del FA, como fue el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), creado por Enrique Erro y Ariel Collazo, viejos militantes y diputados del Partido Nacional. El MRO estaba fuertemente influenciado por los lineamientos del gobierno cubano; veían su experiencia revolucionaria como un ejemplo de lucha contra el imperialismo. Por su parte, los anarquistas, que tenían una presencia considerable entre universitarios y artistas, se negaron a participar en la coalición de izquierda.

El nuevo frente logró aglutinar a “viejos” actores políticos, como los militantes de los partidos tradicionales y los de ideas, pero también a aquellos que habían entrado en escena en fechas recientes, como los movimientos guerrilleros y militares. Se incorporaron militares que se deslindaron del gobierno de Pacheco, afirmando que éste había roto con el orden constitucional. Entre los más destacados estaban: el líder Líber Seregni, Víctor Licandro y Carlos Zufriategui.

El FA se convirtió en un movimiento en el que coexistían diversas ideologías, pero tenía un consenso entre sus militantes sobre su acción política y el diagnóstico de la situación nacional. Asimismo, supo aprovechar las variadas formas de organización partidarias y estrategias de lucha que tenían sus integrantes.

Junto a las prácticas y organizaciones de partido y de clase del PC y del PS, su hábitos institucionales y parlamentarios, los arraigos cívicos y pluralistas del PDC, la tradición legalista y personalista de los afluentes colorados y blancos, se incorporaron al proceso de formación del Frente Amplio las posiciones defensoras de la empresa “social” de la izquierda, los núcleos con capacidad organizativa y movilizadora en torno a la política distributiva, los baluartes de resistencia y combate impulsados desde el campo sindical y estudiantil [...].¹⁰⁹

Pero la heterogeneidad ideológica no impidió que el FA pudiera elaborar un proyecto común que buscara llevar a cabo una transformación estructural. Presentó un proyecto reformista, que exigía, entre otros puntos, la defensa de los derechos laborales, acabar con la violencia impulsada por las Medidas Prontas de Seguridad, la redistribución del ingreso, acabar con el capital extranjero y fortalecer el nacional, acabar con la política económica impuesta por el FMI, la nacionalización de la banca, y el no pago de la deuda exterior.

Esta apuesta por reconstruir el modelo estatal requería la formación de una nueva identidad política. El FA nació vinculado a la “invención” de una tradición política, que sirvió como estrategia para ingresar a la cultura política uruguaya, y así tener aceptación

¹⁰⁹Javier Gallardo, *op. Cit.*, p. 111.

entre la ciudadanía. Esta tradición política tenía la tarea de articular distintos perfiles ideológicos provenientes de los antiguos militantes de partidos y organizaciones que se aglutinaban por primera vez en un mismo movimiento. Por otra parte, “[...] se construyó también desde el encuentro de trayectorias, ‘panteones’ partidarios, símbolos y hasta estéticas. Fue sobre todo desde la simbología adscrita a la identidad frenteamplista como tal (en tanto expresión autónoma e inédita y no como mera coalición de grupos preexistentes) que confirmó la intencionalidad de fundar-inventar una nueva tradición”.¹¹⁰ Y este encuentro de múltiples tradiciones como factor fundamental para la creación de la coalición, ya era advertido por sus integrantes desde su nacimiento.

Ni hechura de un partido, ni colcha de retazos, el Frente Amplio resulta de la confluencia de varios factores -que algún día serán analizados con mayor perspectiva histórica- entre los cuales se pueden señalar: 1) la necesidad social manifiesta de lograr cambios en las estructuras económicas. 2) los esfuerzos políticos, a veces convergentes, a veces paralelos, realizados dentro y fuera de los partidos, para instrumentar tales cambios; 3) la experiencia directa del pueblo en lucha extensa, intensa y continuada desde 1968 contra la política oligárquica y pro-imperialista; 4) la voluntad unitaria de las dirigencias políticas para encauzar estos procesos; y 5) último en la enumeración, pero no menos implorante en la realidad del proceso- *el reencuentro con tradiciones nacionales, generadas en momentos culminantes de la historia de nuestro país.*¹¹¹

El Frente Amplio debía construir sus armas que le permitieran entrar a la batalla en el campo ideológico y cultural, para ello buscó insumos en la historia y en sus figura carismáticas. Pero la empresa del FA no era legitimar el pasado, sino legitimar su existencia en el presente y, aún más, en el futuro.

3.3 La invención de una tradición política: el uso político del pasado y la formación de una identidad partidaria

Siguiendo al historiador inglés Eric Hobsbawm, después de la Revolución Industrial las formas de hacer política cambiaron; se comenzaron a inventar, construir e institucionalizar, con relativa rapidez, una serie de tradiciones, como la creación de un nacionalismo o la implantación de un modelo de conducta civil.

La <<tradición inventada>> implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas

¹¹⁰Gerardo Caetano y José Rilla, “A la búsqueda de una historia perdida. Izquierda y tradición: un problema y su versión en el Uruguay”, en Gerardo Caetano, Javier Gallardo y José Rilla, *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*. Trilce, Montevideo, 1995, p. 49.

¹¹¹Héctor Rodríguez, “Frente Amplio, el camino largamente esperado”, en *Cuadernos de Marcha*, No. 47, marzo, 1971, p. 70. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/70HRFA.pdf>. Las cursivas son mías. [Consultado en noviembre de 2014]

aceptadas abiertamente o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado.¹¹²

La legitimidad y la opinión pública comenzaron a ser elementos de suma importancia para la política. Para ser aceptado socialmente, un proyecto político necesita construir vínculos con el pasado; construir su propia historia. Hobsbawm señala que una de las características de las tradiciones inventadas es el uso de anclajes históricos; es decir, que se conciben como una continuidad histórica.

[...] en la medida en que existe referencia a un pasado histórico, la peculiaridad de las <<tradiciones inventadas>> es que su continuidad con éste es en gran parte ficticia.

Inventar tradiciones, como se asume aquí, es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque sólo sea al imponer la repetición.¹¹³

El Frente Amplio se enfrentó con la difícil tarea que, durante la primera mitad del siglo XX, la izquierda uruguaya había pasado por alto: escribir su historia como movimiento, lo que implicaba una relectura de la historia nacional.

La historia de un determinado partido sólo resultará del complejo cuadro de todo el conjunto social y estatal (y a menudo con interferencias internacionales); por esto puede decirse que escribir la historia de un partido significa ni más ni menos escribir la historia general de un país [...]. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.¹¹⁴

La izquierda política uruguaya nació a finales del siglo XIX, bajo la influencia de las dos grandes vertientes del movimiento sindical europeo: el marxismo y el anarcosindicalismo. Ambas corrientes adoptaron estas ideas internacionalistas, mientras que se olvidaron de la exaltación de las simbologías nacionales, y éste fue un rasgo característico de la izquierda uruguaya hasta los años sesenta, cuando comienza a adoptar símbolos nacionales.

Hasta mediados del siglo XX, desde sus dos partidos “clásicos” -Socialista y Comunista- había tenido pocos “historiadores orgánicos”, encargados de elaborar relatos históricos para legitimar su existencia y su accionar político, así como para crear una memoria grupal. Estos historiadores estaban encargados de llevar a cabo un “trabajo de encuadramiento de la memoria”,¹¹⁵ pero sólo se habían ocupado de ciertos pasajes o

¹¹²Eric Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (Editores), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 8.

¹¹³*Ibid.*, pp. 8-10.

¹¹⁴Antonio Gramsci, *op. Cit.*, p. 103.

¹¹⁵Ver Michael Pollak, “Memória e identidade social”, en *Estudos históricos*, vol. 5, No. 10, 1992, pp. 200-212. Disponible en: http://reviravoltadesign.com/080929_raiaviva/info/wp-gz/wp-

épocas, dejando en el olvido a grandes periodos de la historia uruguaya. Consecuentemente grandes sectores de la sociedad no se sintieron identificados con ellos; es decir, gran parte de la izquierda clásica había construido su matriz ideológica, sus sistemas de valores y símbolos, sin hacer referencia a la historia nacional. Así, durante este tiempo los partidos tradicionales tuvieron el “monopolio de la interpretación histórica” del país, que le permitió crear tradiciones políticas ampliamente aceptadas por la sociedad uruguaya. Durante las primeras décadas del siglo XX, blancos y colorados se disputaron la legitimidad de la identidad nacional, ambos bandos usaron la historia para legitimar sus acciones, identificando la historia del partido con la historia nacional, como si fuese una misma.¹¹⁶

La izquierda uruguaya, por su parte, no tuvo la capacidad de forjar una tradición que le permitiera tener peso electoral, a pesar de que constantemente denunció la vacuidad de las tradiciones blanca y colorada. A partir de la década de 1960 la izquierda comenzó a crear una tradición con mayor incidencia en la sociedad. Este proceso va de la mano con la adopción de compromisos políticos por parte de algunos intelectuales, que puede ser rastreado en su producción historiográfica, como lo mostraremos más adelante.

Hasta este entonces existía un desconocimiento por parte de la izquierda hacia su propia historia; no se conocían con exactitud sus trayectorias, ni sus triunfos y derrotas. Carecían de referentes históricos que les diera identidad, que les sirviera de insumo para elaborar una ideología o para diseñar un accionar político.

En buena medida, los historiadores de izquierda, que tan decisivamente han contribuido a una reinterpretación científicamente fundada de grandes periodos de la historia uruguaya, no se han mostrado tan audaces y perspicaces a la hora de interpretar, en forma creativa e independiente, la historia de los partidos y organizaciones de izquierda. Esta último -en contrapartida- quedó muchas veces como “coto cerrado” para visiones fuertemente oficialistas, hechos por los mismos dirigentes

content/uploads/2006/12/memoria_e_identidade_social.pdf [Consultado en octubre de 2014]

¹¹⁶ Los partidos tradicionales cumplieron funciones ajenas al ámbito político, pero que les ayudaron a fortalecer su presencia entre la población y sus lealtades. Al término de los años veinte el Uruguay se preparaba para la conmemoración del centenario de su independencia y, por supuesto, los partidos tradicionales no fueron ajeno a ello. Desde 1923 se llevó al Parlamento la discusión sobre la fecha para celebrar el Centenario. El debate se polarizó en dos posturas partidarias: el 24 de agosto de 1825 (Declaración de la Independencia), propuesto por una fracción nacionalista; y el 8 de julio de 1830, elegida por los colorados, principalmente por los batllistas. La fecha propuesta por los blancos buscaba reivindicar el movimiento encabezado por Juan Antonio Lavalleja, y aludía a una ley fundamentalmente aprobada por la sala de representantes de la Provincia Oriental. La elección colorada, por otra parte, señalaba el aniversario de la primera Constitución y el año en que el Uruguay nombró a su primer presidente, el colorado Fructuoso Rivera. Los partidos presentan otra cualidad, la de presentarse como comunidades interpretativas creadoras de identidades. Ver Gerardo Caetano, “Notas para una revisión histórica sobre la cuestión nacional en el Uruguay”, en Hugo Achugar (editor), *Cultura (s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, Trilce, Montevideo, 1991.

con un inocultable afán justificatorio [...] y se diseñaron mapas interpretativos relacionados en forma acrílica con determinadas estrategias político-partidarias.¹¹⁷

Uno de los escasos esfuerzos por elaborar una reconstrucción histórica desde la izquierda, es la *Historia del Partido Comunista del Uruguay*, publicada en 1961, bajo la autoría de Eugenio Gómez, miembro histórico de dicho partido. Años atrás, en el seno del Partido Socialista, Emilio Frugoni publicó su magna obra *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*.¹¹⁸ Ambos casos, como muchos otros provenientes de la izquierda, ubican la historia de sus partidos y/u organizaciones en un proceso global, que va más allá de la historia nacional del Uruguay.

Como se mencionó en el capítulo anterior, durante los años cincuenta se inició un proceso de renovación ideológica por parte de socialistas y comunistas. La izquierda se preguntó qué hacer con las tradiciones, propias y ajenas, en los procesos de renovación que comenzaban a emprender. La renovación ideológica del Partido Socialista propició que se definiera como un partido antiimperialista, tercermundista y latinoamericanista. “Cada vez que ocurre una reorganización interna, a cada reorientación ideológica importante, se reescribe la historia del partido y la historia general”.¹¹⁹ Uno de los intelectuales más notables que formó parte de esta renovación del Partido Socialista, fue el profesor de Historia en la Universidad de la República, Vivian Trías, asignado como Secretario General del partido. Trías estaba inmerso en la corriente *revisionista* de la Historia rioplatense, misma que proponía una renovación con respecto a la forma de abordar el pasado, principalmente del proceso independentista tanto de Argentina como del Uruguay, y de la cual hablaremos más adelante. La obra de Trías rompía con la interpretación tradicional de la historia nacional, efectuaba un acoplamiento del nacionalismo popular y del marxismo; su obra expone la reivindicación de la tradición por parte de la izquierda.¹²⁰

Se intentaba acabar con la interpretación tradicional, fundada por el historiador y político nacionalista Eduardo Acevedo, que estaba centrada en los gobiernos, es decir, en las acciones de la administración y del Estado. En cambio, la propuesta de Trías, ponía

¹¹⁷ Gerardo Caetano y José Rilla, “A la búsqueda de una historia perdida”, *op. Cit.*, p. 39.

¹¹⁸ Emilio Frugoni, *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo*. Americalee, Buenos Aires, 1947.

¹¹⁹ Michael Pollak, *op. Cit.*, p. 206.

¹²⁰ Alex Borucki y Cecilia Robilotti, “La reafirmación del artiguismo en el discurso fundacional del Frente Amplio”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*: Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004, p. 61.

énfasis en el rol de los movimientos sociales a través de la historia. Trías, en su interpretación de la historia buscó rescatar lo que denominó como “las mejores tradiciones” del pasado nacional, que incluían al artiguismo, el aspecto social del batllismo y el carácter antiimperialista del herrerismo.

Asimismo, Trías hizo un arduo esfuerzo para rescatar la función histórica que tuvieron los caudillos, principalmente la figura de José Gervasio Artigas, para hacer un paralelismo de la lucha contra una potencia imperial, así como su intención de liberar a los pueblos. Trías construyó la imagen de un Artigas simpatizante con un aparato estatal intervencionista, similar al propuesto por los proyectos políticos de izquierda en los años sesenta. “Sin embargo, no fue hasta la fundación del Frente Amplio cuando se inició una operación mayor, que generó la puesta en escena de una nueva estética izquierdista, la cual inicialmente se desplegó en torno al artiguismo.”¹²¹

Dichas renovaciones no eran exclusivas de los socialistas, también comunistas y socialcristianos se dedicaron a efectuar la tarea mencionada. El Partido Comunista, con la producción de Francisco R. Pintos, precursor de la historiografía marxista uruguaya, incorpora la producción histórica a su estrategia como un componente fundamental para incidir en la sociedad. Durante este periodo, crucial para la izquierda uruguaya, comenzaron a surgir voces que reivindicaban un componente ideológico-político propio de la izquierda.

Con la intención de diagnosticar en dónde y por qué se originó la crisis iniciada en 1955, la investigación histórica y sociológica recibió un impulso importante en estos años. Desde 1950 se había iniciado un proceso de profesionalización de las Ciencias Sociales, y de la Historia particularmente, fenómeno que cambió la percepción sobre el pasado. Un grupo de intelectuales preocupados por la situación nacional buscaron dar explicación y salida a partir de la revisión histórica. Se abrieron campos temáticos hasta entonces inexplorados o intencionalmente ignorados. Para Carlos Zubillaga, la revisión del pasado desde miradas renovadas que rompían con las interpretaciones “tradicionales”, era un ejercicio de contestación.¹²² Y la “Introducción” de la obra *Bases económicas de la revolución artiguista*, de Barrán y Nahum, parecen confirmar la tesis de Zubillaga.

Una aproximación a las ideas económicas artiguistas puede ser útil para evidenciar que la

¹²¹*Ibid.*, p. 61.

¹²²Carlos Zubillaga, *op. Cit.*, p. 193.

significación de Artigas no termina con la exposición de su pensamiento político. El acento que se ha puesto en éste, particularmente por el academismo oficial, en definitiva disminuye su estatura de conductor y hombre de Estado, inclinado no sólo sobre los problemas políticos, sino también culturales, sociales, económicos.¹²³

Sus principales temas de estudio fueron la época colonial y la revolución encabezada por Artigas, abordados desde perspectiva económica y social. Se pueden distinguir dos líneas de interpretación, y ambas marcan el inicio de un pensamiento revisionista de la historia. Fueron versiones de la historia contestatarias, que rompían con versiones oficiales muchas veces construidas desde los partidos tradicionales. Asimismo, este revisionismo histórico señalaba a los partidos políticos como causantes de la crisis en la que se encontraba sumergido el país, lo cual sólo originó más críticas hacia éstos.

Hacia mediados de la década del cincuenta, y con más contundencia en los sesenta, en confluencia con la crisis del Uruguay clásico, nuevas formas de interpretación y uso político de la historia se hacen lugar dando forma a un pensamiento revisionista y crítico que impregnó desigualmente a los partidos y sobre todo sirvió de base a las narrativas de la izquierda política hoy hegemónicas¹²⁴.

Por una parte, estaban aquellos que no se vinculaban con ninguna entidad académica específica, sino que trabajaban en solitario. Los más destacados de esta línea fueron Aldo Solari y Carlos Real de Azúa, quienes tuvieron una visión crítica de la sociedad uruguaya y del funcionamiento de los partidos políticos tradicionales.

La segunda línea de interpretación estuvo conformada por los historiadores y sociólogos más jóvenes de la época, vinculados a diversos partidos políticos. Este grupo estaba fuertemente influenciado por las corrientes de pensamiento en boga: la Teoría de la Dependencia y el marxismo. Consecuentemente, su interpretación sostenía que los fenómenos políticos eran elementos subordinados a la estructura socioeconómica.

Los principales representantes de la historiografía marxista fueron Julio C. Rodríguez, Lucía Sala y Nelson de la Torre, quienes aplicaron conceptos marxistas a la realidad histórica colonial del Uruguay. Se enfocaron en estudiar los elementos estructurales desde la creación de la Banda Oriental hasta el nacimiento del Uruguay independiente. Para ellos la revolución artiguista era un ejemplo a seguir para formar una alternativa política para el cambio social en ese momento. “[...] una apelación

¹²³ José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1964, p. 7.

¹²⁴ José Rilla, *La actualidad del pasado. Op. Cit.*, p. 50.

frecuentemente adherida a un maniqueísmo que hacía pensar al lector más en la controversia del momento político y social que se vivía en la antesala autoritaria del golpe de Estado, que lo ayudaba a comprender la realidad de un pasado de implantación tan diversa.”¹²⁵

Si bien ambas líneas de investigación tenían diferencias, coincidían en la valoración que hacían de las relaciones entre presente y pasado. El conocimiento del pasado debía servir a un proyecto de cambio y, por lo tanto, la labor de los historiadores debía estar comprometida con el devenir de la sociedad.

El revisionismo histórico no enalteció a ningún personaje o hecho histórico, salvo a José Gervasio Artigas, a quien se atribuyeron virtudes y valores. Las investigaciones históricas buscaban romper con la vieja concepción “oficial” del movimiento artiguista, que lo concebía como el fundador del Uruguay independiente e iniciador de la tradición republicana-democrática. Por su parte, pretendían enfatizar su carácter revolucionario, americanista y popular, así como sus preocupaciones por efectuar una repartición de tierras. El carácter agrario del artiguismo llamó la atención ya que en ese momento el mundo rural se enfrentaba a serios problemas. Estas nuevas formas de conceptualizar el artiguismo durante las décadas de 1960 y 1970 afectaron la conciencia, política y social, de un importante número de uruguayos. Si bien la transformación del imaginario social alrededor de Artigas y el artiguismo inició en los años cincuenta, se intensificó en décadas posteriores.¹²⁶

A partir de 1950, apoyados en el revisionismo histórico, las izquierdas iniciaron el rescate y apropiación de Artigas, y dependiendo de sus perfiles ideológicos y métodos de lucha, destacaron diversos aspectos de su movimiento. Este fenómeno se dio de la mano de un período plagado de aniversarios y conmemoraciones relacionadas con el artiguismo: el centenario de la muerte de Artigas (1950), el Congreso de Abril y las Instrucciones del Año XIII (1963), y el Reglamento de Tierras (1965). “Es probable que el 'culto artiguista', acrecentado en las celebraciones oficiales, sirviera de trampolín -y también de acicate- para fundir las nuevas investigaciones en torno al artiguismo, construyendo de ese modo un 'contradiscurso' historiográfico que era también político.”¹²⁷

¹²⁵Carlos Zubillaga, *op. Cit.*, p. 200.

¹²⁶Alex Borucki y Cecilia Robilotti, *op. Cit.*, p. 59.

¹²⁷*Ibid.*, p. 62.

Hasta este momento hemos hecho un recorrido por la historia del Uruguay, no sólo para entender los orígenes y características de su sistema político y su cultura política, sino, también, para señalar las condiciones de emisión del FA, es decir, para conocer el contexto histórico de su producción discursiva. Estas condiciones de producción socio-históricas son parte de las significaciones del discurso. Pero también hemos señalado el complejo aparato ideológico en el cual se inscribe el FA, elemento que es parte de estas condiciones de producción

En los dos capítulos anteriores observamos que durante la primera mitad del siglo XX el Uruguay vivió un periodo de relativa calma política y social, propicia para que las memorias e identidades colectivas pudieran mantener su coherencia y unidad. Sin embargo, la crisis estructural desatada en 1958, exigió la reinterpretación de la historia y cuestionó las identidades sociales. Fue un momento de quiebre institucional, en el que diversos grupos buscaron impulsar distintos modelos y proyectos de Estado. La invención de esta tradición política del FA ocurrió en el seno de una crisis política, económica y social; en un momento en el que la sociedad sufría una transformación abrupta. Siguiendo la caracterización de las tradiciones inventadas de Hobsbawm, éste es un terreno fecundo para que surjan.

[...] hay que esperar que sea más frecuente cuando una rápida transformación de la sociedad debilita o destruye modelos sociales para los que se habían diseñado las <<viejas>> tradiciones, produciendo otros nuevos en los que esas tradiciones no puedan aplicarse, o cuando esas viejas tradiciones y sus portadores y promulgadores institucionales se convierten en insuficientemente adaptables y flexibles, o son de algún modo eliminados [...].¹²⁸

Es un momento en el que las identidades de los partidos políticos estaban debilitadas, a causa de un acelerado proceso de pérdida de legitimidad, a una crisis ideológica y a que sus referentes históricos estaban desgastados o resultaban insuficientes para respaldar su protagonismo en el sistema político uruguayo. Sin embargo, aquellos nuevos actores que rompían con la legalidad, con la cultura del consenso y con los símbolos de la democracia (los grupos guerrilleros), no tuvieron el apoyo popular generalizado. Por su parte, la participación electoral del FA demostró la adhesión de la sociedad a ciertos símbolos y prácticas, “De hecho, la mayoría de las ocasiones en que la gente se hace consciente de la ciudadanía como tal permanecen asociadas a símbolos y prácticas semirrituales (por ejemplo, las elecciones), en su mayor parte históricamente nuevos e inventados: banderas,

¹²⁸Eric Hobsbawm, *op. Cit.*, p. 11.

imágenes, ceremonias y música.”¹²⁹

Por sus necesidades y finalidades, la tradición inventada por el FA pertenece a las que Hobsbawm define como aquellas que “establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales.”¹³⁰ Las apelaciones a momentos del pasado no tenían como finalidad encontrar una verdad histórica, sino evidenciar la identificación del actor político con el momento o personaje citado. Esto a partir de discursos políticos, manifestaciones callejeras, prácticas y propaganda política; es decir, a partir de expresiones en el espacio público. Paralelamente, el discurso frenteamplista buscó tener un efecto ideológico y, mediante una función apelativa o connotativa, una eficacia política: ganar simpatizantes.

Los esfuerzos y acciones del FA estaban orientados hacia las masas, no a la militancia, y así lo definía su líder Seregni: “Que todos los actos que realicemos, o su mayor parte sean ellos de concientización, de esclarecimiento de la situación que se vive, sean artísticos, culturales, sean de movilización, tienen que estar dirigidos a las masas y no a la militancia.”¹³¹ De acuerdo con Antonio Gramsci, para los partidos políticos modernos, de masas y no de élite, los grandes contingentes “no tienen otra función que la de la fidelidad genérica, de tipo militar [...]. La masa es simplemente de 'maniobra' y es 'ocupada' con prédicas morales, con *incentivos sentimentales*, con *mitos mesiánicos de espera de tiempos fabulosos en los que todas las contradicciones y miserias actuales se resolverán automáticamente*.”¹³²

El FA desde su nacimiento se vinculó e identificó con momentos y personajes de la historia nacional que, junto a la implantación de un idioma oficial y a la creación de las instituciones estatales, ayudaron a consolidar sentimientos de pertenencia a la “comunidad imaginada”. Recurrió a efemérides clásicas aceptadas por el grueso de la población (Artigas como figura nacional, el 25 de agosto Día de la Independencia, entre otras), en beneficio de una nueva tradición política. Otorgó nuevas significaciones a estos códigos, periodizaciones

¹²⁹*Ibid.*, p. 18.

¹³⁰*Ibid.*, p. 16.

¹³¹Líber Seregni, “El sentido de las movilizaciones”, intervención en el encuentro con los secretarios de organización de las Coordinadoras Zonales de Montevideo, mayo de 1972, en *La autoridad del pueblo...*, op. Cit., p. 61.

¹³²Antonio Gramsci, op. Cit., p. 102.

y personajes.¹³³ En sus discursos y comunicados, la coalición hizo referencia a aquellos personajes, fechas y lugares geográficos que tenían una notable presencia en la memoria pública de los uruguayos. El Frente se remontó a los “orígenes” del Uruguay, para resaltar los símbolos nacionales cargados de gran fuerza emotiva y capacidad de movilización.

[...] la memoria pública serían los ejercicios de memoria en el espacio público (declaraciones, conmemoraciones abiertas, ceremonias. [...] es la que logra (vuelve efectiva la necesidad de) que los temas vehiculados por ella aparezcan a la luz (pues se construyen sólo al aparecer en público), generen lazos comunes (buscando ir más allá de los protagonistas) y se abran (tengan accesibilidad); es decir, que otros grupos (nuevas generaciones u otros actores) puedan incluirse en dichas memorias, diferenciándose así de las memorias exclusivamente grupales o individuales.¹³⁴

La naciente coalición hizo uso de figuras históricas que habían estado presentes y discutidas en el espacio público, visibles para toda la población, y que fueron transmitidas entre distintos grupos y que por lo tanto no eran propios de memorias colectivas, grupales o individuales, sino públicas. Adaptando un fragmento de la obra de Pierre Nora, en el cual analiza el enorme esfuerzo del gobierno francés por reunir Memorias clásicas, Memorias militantes y Memorias historiográficas, con la intención de fundar, sobre los testimonios del pasado, la legitimidad nacional del presente, podemos decir que el FA reunió memorias con vocación pública para recuperar el capital latente de la comunidad nacional y articular la memoria sangrante y gloriosa del Uruguay muerto con la situación del Uruguay del presente.¹³⁵ Como veremos, el FA se nutrió y se apropió de memorias que, por su diversidad, se encontraban en distintos niveles, desde el intelectual hasta el popular.

Esta diversidad de interpretaciones del pasado se había mantenido en una constante lucha por ser la versión dominante, por ser la memoria oficial. Y “[...] el término de memoria pública permite dar cuenta de las luchas por esa construcción: no se trata de una sino de múltiples memorias, no es la 'sociedad' la que recuerda sino sus distintos grupos”. El FA, con su propia interpretación del pasado, entró a este campo de batalla. “Las Memorias son el aspecto simbólico de una lucha por el poder, por el monopolio del pasado y la reconquista ante la posteridad de lo que se perdió en la realidad.”¹³⁶

El FA recurrió a lo que el mismo Pierre Nora denominó como *lugares de la memoria*.

¹³³ José Rilla, *La actualidad del pasado...*, op. Cit., p. 240.

¹³⁴ Eugenia Allier Montaño, “Pasados-presentes del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, en *Revista mexicana de sociología*, vol. 70, No. 2, abril-junio, 2009, pp. 287-317, p. 290.

¹³⁵ Pierre Nora, *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire*, Trilce, Montevideo, 2008, p. 55.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 64.

Éstos no hacen referencia únicamente a objetos físicos, ni a aquellos que son recordados, sino en los que la memoria actúa.

Pueden ser simples memoriales: los monumentos a los muertos, el Panteón, los santuarios reales. Pueden ser lugares materiales, monumentos o lugares históricos, como Versalles o Vézelay. Pueden ser ceremonias conmemorativas, desde la consagración de Reims al centenario de la Revolución, del discurso académico al milenario de los Capetos, todos ellos rebosan en *Les lieux de mémoire*. Pueden ser emblemas, como el gallo francés o la bandera tricolor, o divisas, como «libertad-igualdad-fraternidad», o «Francia, hija mayor de la Iglesia» o «Morir por la patria». Pueden ser hombres-memoria, instituciones típicas o códigos fundamentales. También pueden ser nociones más elaboradas, como «derecha» e «izquierda» o «generación», en lo que ésta tiene de específicamente francés. La gama de objetos posibles es, de hecho, infinita.¹³⁷

En Uruguay muchos lugares de memoria habían sido empleados por los partidos tradicionales en la creación de sus identidades políticas. En este proceso de “tradicionalización”, el FA se nutrió de referentes históricos tradicionales que habían estado asociados con los imaginarios de blancos y colorados, pero se les dio otra interpretación y se resaltaron otras virtudes. Estos referentes se pueden dividir en tres campos semánticos: 1) los relacionados a los orígenes del Estado; 2) los valores cívicos y ciudadanos impulsados por el batllismo; 3) los elementos meramente institucionales que caracterizan el sistema partidario.¹³⁸ Es decir, se apeló a figuras tradicionales, de notable presencia en la memoria de los uruguayos. Y de esta memoria “nacional”, se recurrió a la que Nora denomina como memoria *fundadora*, que remite los períodos de definición y afirmación del Estado. En ese caso podemos señalar al movimiento artiguista y al batllismo, respectivamente. Los lugares donde se cristaliza esta memoria suelen tener un carácter religioso, simbólico, historiográfico, político y genealógico.¹³⁹

El FA para inventar su tradición política se alimentó de elementos de estas “viejas” tradiciones, no recurrió a lugares poco conocidos por la sociedad o que carecieran de valor simbólico. Uno de los elementos que señala Hobsbawm y que le parece de mayor interés es justamente

[...] el uso de antiguos materiales para construir tradiciones inventadas de género nuevo para propósitos nuevos. Una gran reserva de estos materiales se acumula en el pasado de cualquier sociedad, y siempre se dispone de un elaborado lenguaje de práctica y comunicación simbólica. A veces las nuevas tradiciones se pudieron injertar en las viejas, a veces se pudieron concebir mediante el préstamo de los almacenes bien surtidos del ritual oficial, el simbolismo y la exhortación moral

¹³⁷ Pierre Nora, “Las aventura de *Les Lieux de mémoire*”, en Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e historia, Revista Ayer*, núm. 32, 1998, pp. 17-34, p. 20.

¹³⁸ Silvia Dutrénit, “El Frente Amplio y la reproducción de la identidad política”, en *Nueva Sociedad*, N°144, julio-agosto, 1996, p. 136.

¹³⁹ Pierre Nora, *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire...*, p. 95.

[...].¹⁴⁰

Así, la coalición buscó reivindicar figuras históricas que habían sido adoptadas u olvidadas por los partidos tradicionales y la oligarquía, pero las encauzó en un mismo sentido. Por ello, no exigió que cada militante se olvidara de su formación política. “Y no es que cada ciudadano, que cada grupo o partido pierda u olvide sus tradiciones partidarias. Las guarda y las cuida celosamente, [...] pero las integra y las une en un sólo haz, porque la fuerza del Frente Amplio está en que asume las mejores tradiciones uruguayas para construir un Uruguay mejor.”¹⁴¹

Así lo expresó Héctor Rodríguez, quien durante la reunión que dio vida al FA, el 5 de febrero de 1971, habló en nombre de los Grupos de Acción Unificadora: “La oligarquía careciendo de la valentía de Leandro Gómez, de la visión político-social de Batlle, de la honradez de Herrera, invoca falsamente sus nombres, negándoles en los hechos, renegando de su tradición.”¹⁴²

La participación del representante del Movimiento Herrerista (Lista 58), el arquitecto Jorge Durán Matos, fue en la misma dirección. “Hoy sentimos una clarinada. Tenemos la obligación de recordar a ese titán de la nacionalidad que fue Luis Alberto de Herrera. Sabemos que cuando los pueblos deciden construir su destino ninguna valla lo impide. Y con él estamos en el campo antiimperialista y antioligárquico.”¹⁴³

En otro momento el candidato a diputado José de Torres Wilson, también de procedencia nacionalista, explicó que la tradición frenteamplista se debía en gran medida a la apropiación y reivindicación de lo que Vivian Trías había denominado como “las mejores tradiciones” del país.

Nuestro nacionalismo se vincula emotivamente a una línea histórica que empieza, en realidad, con el federalismo artiguista y se prolonga en la lucha de Oribe contra los imperialismos del siglo pasado, con el heroísmo de Leandro Gómez, en la rebeldía analfabeta de Timoteo Aparicio, en la resistencia de Aparicio Saravia y en el estilo -un poco conservador pero no oligárquico- de Luis Alberto de Herrera. Pero la historia del nacionalismo de este país no la han escrito los directores del Partido Nacional, sino los rebeldes y, en este sentido, estamos en buena compañía y muy cómodos en el Frente Amplio.¹⁴⁴

¹⁴⁰ Eric Hobsbawm, *op. Cit.*, p 12.

¹⁴¹ Liber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971”. Disponible en: <http://www.frenteamplo.org.uy/sites/frenteamplo.org.uy/files/files/26%20de%20marzo%20de%201971,%20Primer%20acto%20p%3%BAblico,%20Discurso%20del%20General%20Liber%20Seregni%20.pdf>. [Consultado en octubre de 2014]

¹⁴² Citado en Miguel Aguirre Bayley, *op. Cit.*, p. 41.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 42.

¹⁴⁴ José de Torres Wilson, “Nuestros candidatos. Partido Demócrata Cristiano, lista 808, 1971”, citado en

Por su parte, los militantes de matriz colorada hicieron referencia a aquellos personajes de suma importancia en la historia del partido y que ahora estaban al borde del olvido, como fue el caso de Batlle y Ordóñez. La doctora Alba Roballo, antes de unirse al FA expresó las causas por las cuales dejaba al Partido Colorado, en las que podemos observar su convicción por continuar un proceso histórico: el batllismo.

Afrontando una inmensa responsabilidad, después de cuarenta años, me voy del lema sintiendo que el lema no es el partido, y menos el batllismo.

[...] paradójicamente, para salvar el batllismo debo irme del batllismo formal. Y que donde yo me vaya me voy con el batllismo.

[...] tengo una inmensa serenidad y la más absoluta convicción que sólo ahora voy a poder cumplir con lo más importante y sublimado de mi modesta vida política: con el ideario de Julio César Grauert, el gran olvidado, el gran traicionado del batllismo. Presiento que ahora sí lo voy a continuar.¹⁴⁵

El discurso político del FA apeló a figuras nacionales, como el batllismo, pero buscó ser congruente con la tradición “clásica” de la izquierda internacional. Así, apeló al igualitarismo, al sindicalismo y al intervencionismo estatal. Se presentó como un movimiento antiimperialista, antioligárquico, y como otras izquierdas latinoamericanas, criticó al Fondo Monetario Internacional.

Los militantes de matrices blanca y colorada, coincidieron en apelar a momentos y figuras pertenecientes a períodos revolucionarios, buscando destacar una herencia de lucha. No sólo se apropió de personajes históricos tradicionales, sino también de sus prácticas; se nutrió de sus enseñanzas históricas. Tal es el caso de su organización a partir de los Comités de Base, que sirvieron como espacio de contacto con la sociedad, como mecanismo para establecer relaciones sociales, permitiendo nuevas modalidades de participación política. Además, cumplieron una tarea fundamental: divulgar todo lo referente al FA, su programa de gobierno, a sus candidatos, sus símbolos y mitos políticos, su identidad política. “Nuestros comités de base [...] están capacitados para enseñarle al señor Pacheco y sus ministros cómo debe ejercerse el arte de gobernar. En el diálogo fecundo, en la comunicación permanente con sus iguales, en *la promoción de una conciencia colectiva*, en

Alex Borucki y Cecilia Robilotti, *op. Cit.*, p. 90.

¹⁴⁵ Entrevista a Alba Roballo, en *Marcha*, 5 de marzo de 1971, pp. 10-11. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/c263894ceec713b061a810b37bb65240.pdf> [Consultado en noviembre de 2014]

una función pedagógica de hondo contenido político [...].”¹⁴⁶

Estas prácticas políticas también fueron dotadas de un papel histórico. Los Comités seguían la vieja tradición de los clubes políticos, pero tenían un nuevo significado. “La exhortación a participar en ellos no solo reposaba en la “necesidad” de comprometerse, de “concientizarse”, sino en un uso revolucionario y cívico de aquella tradición [...].”¹⁴⁷ Para legitimar el empleo de Comités y tomar distancia del uso que se hacía de los clubes políticos, se hizo una interpretación histórica de estas formas de organización política. El FA señaló que también sus formas de organización eran producto de un proceso y un aprendizaje histórico.

El Uruguay del siglo XX tuvo desde sus inicios -primera presidencia de José Batlle y Ordóñez- una experiencia casi exclusiva en la vida política latinoamericana: los clubes políticos, lugar natural de reunión del pueblo donde se estudiaba, discutía y elaboraba acerca de la conducción de los “problemas políticos” nacionales.

La descomposición, la distorsión de los “clubes políticos” es prácticamente la historia política de los últimos años, como resultado de la vinculación cada vez más estrecha entre “gobierno” y “clase dominante”.

[...] El pueblo exige participar nuevamente -como en las asambleas artiguistas, como en los clubes de don Pepe Batlle- en la discusión de los grandes problemas del país. [...] Esta es la razón por la que entendemos que usted, oriental, como nosotros, tiene un puesto de lucha en su comité de base, que necesariamente tiene que ocupar.¹⁴⁸

El empleo de los Comités de Base, entonces, representaba la continuación de prácticas histórica: las asambleas artiguistas y los clubes políticos de Batlle, y se asumía que en ese momento se encontraban corrompidos por los partidos tradicionales, por lo tanto, todos los ciudadanos tenían la obligación de participar en la reivindicación de dichas prácticas.

En otra ocasión, el FA para legitimar su creación como un hecho histórico que marcaba “la tercera gran unificación del pueblo oriental”, apeló a episodios protagonizados por ciertos personajes tradicionales, como La Cruzada de los Treinta y Tres Orientales, y por la alianza entre los Generales Lavalleja y Rivera para luchar contra los brasileños.

Encontramos evocaciones y reivindicaciones de figuras estrechamente relacionadas con los partidos tradicionales, como Lavalleja y Rivera. Estas figuras históricas arraigadas

¹⁴⁶Líber Seregni, Discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1971, durante el acto por la Libertad de Prensa, en *Marcha*, 10 de septiembre de 1971, p. 9. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/0e0dc24c13e50aab5dce95b9300474fa.pdf> [Consultado en noviembre de 2014]

¹⁴⁷José Rilla, *La actualidad del pasado...*, op. Cit., p. 478.

¹⁴⁸¿Qué es un Comité de Base?, Folleto impreso a mimeógrafo por el comité Malvín 3, citado en José Rilla, *La actualidad del pasado...*, op. Cit., p. 479.

en la memoria de los uruguayos fueron resignificadas y manipuladas. Siguiendo a Nora, la memoria tiene esta posibilidad de cambio constante, de evolución y de uso.

La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones.

[...] los lugares de memoria no viven sino por su aptitud para la metamorfosis, en el incesante resurgimiento de sus significaciones y la arborescencia imprevisible de sus ramificaciones.¹⁴⁹

Por lo tanto, buscó acabar con las interpretaciones de la historia que habían hecho los partidos tradicionales, asegurando que habían construido significados erróneos de ciertos personajes y episodios históricos, transmitidos durante un largo tiempo e, incluso, institucionalizados como fechas nacionales, creando “lugares de la memoria oficiales”. Pero eran lugares desgastados como consecuencia de la crisis de legitimidad que vivían los partidos tradicionales, y que sin embargo seguían latentes en la memoria, y de esta manera podían ser rescatados. “Lugares rescatados de una memoria que ya no habitamos, semi-oficiales e institucionales, semi-afectivos y sentimentales; lugares de unanimidad sin unanimismo que ya no expresan convicción militante ni participación apasionada, pero en los que palpita todavía una suerte de vida simbólica.”¹⁵⁰

Las interpretaciones históricas del FA también se vieron influenciadas por la presencia de Carlos Quijano y diversos miembros del semanario *Marcha*, que desde los primeros años de la década de 1940 había albergado a intelectuales contestatarios. *Marcha* se caracterizó por ser un espacio para criticar las versiones blancas y coloradas de la historia, y por su visión crítica de la situación política, cultural, económica y social, que atravesaba el país. Asimismo, fungió como el principal medio de divulgación del Frente Amplio.

Dentro del FA había un consenso sobre la interpretación de la realidad, marcada por la dicotomía pueblo/oligarquía. Antagonismo que no era exclusivo de la coyuntura, sino que era una lucha de larga duración, pero se hacía énfasis en la potencialidad revolucionaria del momento; el discurso frenteamplista hace referencia al derecho del pueblo a la insurrección, y se sitúa como su legítimo representante. “La disyuntiva de hoy es muy clara: o la oligarquía liquida al pueblo oriental, o el pueblo oriental termina con la

¹⁴⁹ Pierre Nora, Pierre Nora en *Les Lieux de mémoire*, *op. Cit.*, pp. 20-34.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 25.

oligarquía. [...] de un lado está la oligarquía blanca y colorada, y del otro lado el pueblo, blanco, colorado, demo-cristiano, comunista, socialista, independientes. Esa es la verdad y ésta es la definición de la hora actual.”¹⁵¹

De esta manera la coalición de izquierda se autodefinía como un sujeto histórico, un sujeto dominado y explotado, y que en esa coyuntura era el indicado para alzar la voz y emprender un proceso de cambio; en un momento en el que los partidos tradicionales, reconocidos como actores de suma importancia para la construcción del Uruguay, ya habían cumplido su etapa en la historia del país y, por tanto, eran inservibles. Y esta dicotomía pueblo/oligarquía, que a su vez era una interpretación de la realidad, fue una figura usada y aceptada por todos los integrantes de la coalición.

En las intervenciones en la sesión del 5 de febrero de 1971, siguiendo con la distinción entre pueblo y oligarquía, todos los participantes coincidieron en que el Uruguay vivía una situación de dependencia económica y política, y que el FA, entendido como portador de la voluntad popular, era el encargado de efectuar la segunda y verdadera independencia nacional. En su intervención, José Pedro Cardoso, en representación del Partido Socialista, afirmó: “En la Construcción de esta gran herramienta política, lo esencial es la acción unida para enfrentar a la oligarquía y el imperialismo y conquistar la segunda independencia.”¹⁵²

Así, se fueron forjando sentimientos de pertenencia, una visión del mundo común, es decir, una identidad. La construcción de una identidad exige que existan procesos dinámicos de inclusión y exclusión, de distribución de características identitarias reales o ficticias, de la movilización de recursos simbólicos en detrimento de otros, y el establecimiento de “fronteras sociales”.¹⁵³ El Frente se autodefinía como parte del pueblo, como “nosotros” explotado, pobre y dependiente. Esta identificación quedó cristalizada en la consigna popularizada “Con Seregni en el Frente, el pueblo Presidente”. Mientras que el “otro” explotador, los enemigos aliados, eran la oligarquía, el imperialismo y los partidos tradicionales.

[...] la formación del frente de liberación nos exige enfrentar el bipartidismo por un doble y simultáneo proceso de agrupamiento de las fuerzas antiimperialistas y avanzadas -la izquierda- y de emancipación política e ideológica de las grandes masas a través de su experiencia, de todo

¹⁵¹ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971”, *op. Cit.*

¹⁵² Miguel Aguirre Bayley, *op. Cit.*, p. 41.

¹⁵³ Jöel Candau, *Memoria e identidad*, Ediciones Del Sol, Buenos Aires, 2001, p. 24.

controlador de las clases dominantes y sus partidos.¹⁵⁴

Si bien Seregni había renunciado a su puesto dentro de las Fuerzas Armadas, no renegaba de su pasado. Por el contrario, reivindicó el papel histórico del ejército, enfatizaba su capacidad para encabezar la liberación nacional y lo señalaba como garante de la democracia y sus instituciones. Sin embargo, no era una apología de las Fuerzas Armadas, sino un cuestionamiento a sus acciones represivas características de ese período. Es decir, tomó distancia de los militares existentes, y se identificó con aquellos comprometidos con el ideario artiguista, con la justicia social y que estaban al servicio del pueblo, los cuales, según Seregni, volverán a aparecer en escena.

Me siento todavía integrante de las Fuerzas Armadas de mi país, de esas fuerzas armadas y esos hombres que llevan sobre la frente de sus gorras el emblema artiguista, son los continuadores históricos de las huestes artiguistas y en estos momentos de liberación nacional, de búsqueda de una real y efectiva democracia, de prosecución de la justicia social, nuestras fuerzas armadas como fueron antes, como serán siempre, serán salvaguardia de la Constitución y serán también celosos salvaguardias de la voluntad del pueblo.¹⁵⁵

En sus inicios, bajo la influencia de Seregni, el Frente intentó entablar un diálogo con las Fuerzas Armadas, pero con el aumento de la violencia estas aspiraciones se deterioraron. La coalición de izquierdas denunció la traición de los militares al histórico movimiento artiguista, ya que estaban al servicio de los “malos extranjeros y los peores americanos”, es decir, los enemigos de Artigas.

Sin duda, y como ya se ha advertido constantemente, el rasgo más característico de la nueva tradición política, fue la reivindicación de la figura de José Gervasio Artigas, así como el rescate de su ideario político. Se utilizó su figura, su ideario y se le dio una proyección histórica a su movimiento. La divulgación del ideario artiguista se realizó de manera fragmentaria, utilizando en discursos sus máximas más conocidas. Esta apropiación de Artigas estuvo presente en casi todos los actos públicos de la coalición. Pero anteriormente los partidos tradicionales hicieron referencia a dicho personaje nacional. Desde el último tercio del siglo XIX, Artigas ingresó al panteón de blancos y colorados, después de ser visto durante mucho tiempo como una “leyenda negra”.¹⁵⁶ Ambos bandos políticos le habían dado interpretaciones similares, visto como fundador de la nación. Es

¹⁵⁴ Rodney Arismendi, “Avanzada hacia las grandes tareas”, en *Cuadernos de Marcha*, No. 47, marzo, 1971, p. 21. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/71RAFA.pdf> [Consultado en diciembre de 2014]

¹⁵⁵ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971”, *op. Cit.*

¹⁵⁶ Ver Juan E. Pivel Devoto, “De la leyenda negra al culto artiguista”, en *Cuadernos de Marcha*, Número extraordinario, septiembre, 2000.

decir, el artiguismo era visto como el movimiento que dio origen a la unidad nacional; Artigas era el hombre que cristalizaba la legitimidad nacional. Estas lecturas e interpretaciones que se habían hecho sobre la figura del caudillo fueron desafiadas por el FA.

La figura de Artigas y su movimiento, presentaban los tres sentidos coexistentes que el historiador francés Pierre Nora atribuye a los lugares de la memoria: material, simbólico y funcional. Material por su carácter demográfico; simbólico en tanto que intenta caracterizar mediante un episodio protagonizado por una minoría a una mayoría, a una colectividad; y funcional porque cristaliza un recuerdo y asegura su transmisión.¹⁵⁷

Para el FA, el movimiento iniciado por Artigas estaba inconcluso, y él era su heredero o el mejor portador de su lucha; estaba destinado a seguir con la empresa histórica del artiguismo. El movimiento artiguista se interpretó como un movimiento que trascendía la propia vida de Artigas, e involucraba a toda una sociedad en su devenir histórico. El discurso frenteamplista además de sacralizar el pasado artiguista, buscó recuperarlo como sueño no realizado y lo incorporó a su horizonte futuro. De tal manera, la coalición se concibió como un actor dentro de un proceso histórico; no sólo estaba en busca de su pasado, de su propia “coherencia artificial”, sino que pretendía encarnar a personajes y movimientos de la historia nacional. Del artiguismo rescataba sus ideas de liberación americana, la justicia social y la democracia institucional.

Así, se construyó aquella memoria que el filósofo Horacio Cerutti denomina como *memoria comprometida*. Es decir, buscó comprometerse con un pasado que no está muerto, sino que está vivo en la medida en que aún no ha sido realizado.

Es que no se trata de negar nuestro pasado para rehacernos según un presente extraño, sino de reconocer nuestro pasado para comprometernos con un pasado vivo en la medida en que todavía no ha sido realizado. Es ese pasado vivo, son esos sueños no cumplidos, son tantos y tantos anhelos, dolores, quejidos y esperanzas las que todavía reclaman satisfacción entre nosotros.¹⁵⁸

En su participación durante la sesión fundadora, el diputado y Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista, Rodney Arismendi, apeló a la figura de Artigas para justificar su lucha por la liberación nacional. “Hoy y aquí comienza un nuevo período histórico, un nuevo período para el Uruguay y los uruguayos. Tras esta transformación está

¹⁵⁷Pierre Nora, *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire...*, op. Cit., p. 33.

¹⁵⁸Horacio Cerutti, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, México, 1997, pp. 98-99.

el pueblo, está la CNT, están todos los sectores populares que luchan por la liberación nacional, en esta lucha revolucionaria, social, redentora. Brazo con brazo, con indoblegable savia artiguista.”¹⁵⁹

En un discurso pronunciado durante el primer acto público del Frente, el 26 de marzo de 1971, el candidato a la presidencia Líber Seregni rectificó que el nacimiento de la coalición marca una ruptura histórica, era el nacimiento de una “nueva conciencia”, y que por su carácter revolucionario era el legítimo heredero del movimiento artiguista. De esta manera se ubicaba dentro de la historia, como agente de cambio, de transformación social. Sus aspiraciones políticas se legitimaban por ser herencia del artiguismo, por la grandeza de la causa histórica de dicho movimiento.

Sabemos que el Frente Amplio abre una etapa histórica en la vida de nuestra sociedad.

Es por esto que el Frente Amplio no es una simple suma de partidos y de grupos; es la nueva conciencia que levantará un nuevo Uruguay. Aquí está el pueblo, que no ha perdido la fe ni en sí mismo ni en el destino del país. Nunca se abrió un cauce tan ancho para la unidad popular como en estos momentos. Nunca, salvo con Artigas. También junto a él el pueblo oriental se unió, para enfrentar a la oligarquía y al imperialismo de la época. Y hoy volvemos a lo mismo. Por eso el pueblo, por eso el Frente Amplio es el legítimo heredero de la tradición artiguista y toma sus banderas y su ideario.¹⁶⁰

Ubican la revolución en un plano continental, como herencia de las nociones de libertad y soberanía promovidas por la Revolución Cubana, que las redimensionó en un sentido latinoamericano y mundial.¹⁶¹ Sin embargo, la idea de la revolución continental también era herencia decimonónica; era visto como un proceso inacabado, porque no consiguió la autodeterminación de los pueblos y la ruptura de todo tipo de dependencia. Para el FA, en ese momento se encontraban las condiciones para la liberación continental: asemejó las condiciones en las cuales se efectuaron las independencias con la irrupción de múltiples movimientos sociales en América Latina. Por lo tanto, se vivía un momento propicio para la revolución.

[...] en ningún momento de nuestro pasado se ha vivido con tanta intensidad el proceso de cambio y en ningún momento se ha palpado tan cercanamente el pasaje de una instancia histórica a otra que la está sustituyendo cada día que pasa.

Compatriotas: en 1811 dijo nuestro padre Artigas: “Cuando las revoluciones políticas han reanimado una vez los espíritus abatidos por el poder arbitrario -corrido ya el velo del error- se mira con tanto horror y odio la esclavitud y humillación, que nada parece demasiado para evitar una retrogradación

¹⁵⁹Citado en Miguel Aguirre Bayley, *op. Cit.*, p. 43.

¹⁶⁰Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971...”, *op. Cit.*

¹⁶¹Silvia Dutrénit, “El Frente Amplio y la reproducción...”, *op. Cit.*, p. 131.

en la hermosa senda de la libertad”.

Recordemos estas palabras, que tan bien se aplican a la actual circunstancia, para indicarle al señor Pacheco y sus ministros que hace ya que el velo del error ha sido corrido, y que los orientales ven claro.¹⁶²

De los movimientos independentistas también se buscó rescatar su carácter solidario que les dio una dimensión regional.

Nuestra lucha es común con nuestros hermanos latinoamericanos. También lo fue cuando Artigas, Bolívar y San Martín. Y porque aquellas luchas terminaron con el exilio de Artigas, Bolívar y San Martín, es que emprendemos ahora la segunda emancipación latinoamericana, y esto nos lleva a la solidaridad con todos los movimientos de liberación nacional que hoy se levantan en América Latina. Solidarios hoy, como fuimos solidarios ayer.¹⁶³

Apelando al ideario artiguista, una vez más, la coalición se comprometió con el proyecto de integración regional. Este interés quedó confirmado en sus *Bases Programáticas*, en el segundo apartado, correspondiente a la Política Internacional.

Lucha por una integración latinoamericana liberadora y acción conjunta para romper la dependencia política, económica, social y cultural.

Solidaridad con todos los pueblos del mundo que luchen por liberarse de la opresión colonialista, neocolonialista e imperialista, especialmente con los latinoamericanos.¹⁶⁴

Para el FA la independencia nacional era un proceso inconcluso, obstaculizado por la oligarquía y los políticos que habían guiado al país hasta ese entonces. Su programa fue presentado como una continuación del ideario de Artigas, quien es constantemente llamado “Padre”, lo cual, además de la connotación religiosa que pudiera tener, crea una relación sanguínea, de herencia. Así lo expresó días después de la formación del Frente el doctor José E. Díaz, Secretario General del Partido Socialista: “Ese día, para nosotros, se dio un paso histórico en la construcción del frente policlasista, como instrumento idóneo para realizar la inconclusa revolución democrática que la oligarquía y las clases dirigentes dejaban a mitad del camino. [...] Proceso éste de carácter único e interrumpido, no dos procesos o dos etapas como sostenían otras corrientes de izquierda.”¹⁶⁵

Como ya lo señalamos, se otorgó un sentido casi religioso a Artigas; era visto como

¹⁶² Líber Seregni, Discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1971, durante el acto por la Libertad de Prensa, *op. Cit.*, p. 9.

¹⁶³ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971”, *op. Cit.*

¹⁶⁴ Frente Amplio, *Bases Programáticas*, 17 de febrero de 1971. Disponible en: <http://www.frenteamplico.org.uy/sites/frenteamplico.org.uy/files/DOCUMENTO%201.pdf>. [Consultado en noviembre de 2014]

¹⁶⁵ Miguel Aguirre Bayley, *op. Cit.*, p. 47.

un ser omnipresente con la capacidad de guiar al Frente Amplio desde un plano trascendental. En el ya citado discurso del 26 de marzo de 1971, Seregni expresa que el FA no sólo admiraba a Artigas, sino que era devoto de su figura. Además, sugiere que era una devoción arraigada en el “pueblo” uruguayo. “Padre Artigas: aquí está otra vez tu pueblo; te invoca con emoción, y con devoción y bajo tu primer bandera, rodeando tu estatua, este pueblo te dice otra vez, como en la patria vieja, padre Artigas guíanos!”¹⁶⁶

Un año después, una vez que el FA fue derrotado en las urnas, Seregni volvió a invocar a Artigas como un ser supremo, el cual les exige a sus “hijos” que se mantengan en la lucha y que no pierdan la fe.

Compañeros: el 26 de marzo, cuando brotó, incontenible, en esta misma explanada la llamarada de la esperanza de nuestro Frente Amplio que es realidad hoy en nuestro pueblo, invocamos la guía de nuestro Padre Artigas. Mil veces volvimos nuestros ojos a Él, en estos duros meses. Hoy, esta noche de asamblea del pueblo oriental, sentimos que desde la inmensidad del cielo que nos cubre, baja su voz con resonancias de historia, y le reclama a su Pueblo: Uníos, caros compatriotas, y estad seguros de la victoria, que es la patria.¹⁶⁷

Por otra parte, la adopción del artiguismo como base de la ideología y de la identidad frenteamplista, buscó canalizar las demandas de justicia social de los trabajadores, ya que bajo una mirada social, proponía la transformación de una situación de injusticia y polarización social.

Pero más allá de la figura de Artigas, el FA buscó construir su memoria a partir de distintas prácticas y personajes históricos, pero también usó “marcas” simbólicas y materiales. De esta manera se apropió del calendario cívico y de ciertos lugares históricos. El calendario y las fechas conmemorativas, en tanto que son prácticas sociales instaladas como rituales, no están cristalizados definitivamente, su sentido puede ser reapropiado y resignificado por diversos actores sociales para responder a sus circunstancias y al escenario político en el que se desarrollan sus estrategias y sus proyectos.¹⁶⁸

Las fechas y los aniversarios son coyunturas en las que las memorias son producidas y activadas. Son ocasiones públicas, espacios abiertos, para expresar y actuar los diversos sentidos que se le otorga al pasado, reforzando algunos, ampliando y cambiando otros. [...] diversos actores sociales se apropian de ellas y las encuadran en sus propias identidades y en sus propios proyectos.¹⁶⁹

Desde el día de su nacimiento el FA vinculó sus actos con fechas que eran motivo de

¹⁶⁶ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971”, *op. Cit.*

¹⁶⁷ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 3 de noviembre de 1972”, citado en Alex Borucki y Cecilia Robilotti, *op. Cit.*, p. 69.

¹⁶⁸ Elizabeth Jelin, “Introducción”, en Elizabeth Jelin (Comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2002, p. 2.

¹⁶⁹ Elizabeth Jelin, “Los sentidos de la conmemoración”, en Elizabeth Jelin (Comp.), *op. Cit.*, p. 245.

conmemoración y de fiesta nacional. Durante el ya mencionado primer acto público en la Explanada Municipal de Montevideo (26 de marzo), se convocó al pueblo bajo el mensaje “La Patria nos llama, Orientales al Frente”. En dicho acto se izó por vez primera la bandera de la coalición, inspirada en la histórica Bandera de Fernando de Otorgués, capitán artiguista, la cual fue izada en fecha idéntica pero del año de 1815.

En este mismo sentido está el acto efectuado el 19 de abril, día en el que se conmemora el desembarco de los “Treinta y Tres Orientales”. En este discurso encontramos no sólo la mención de Artigas, sino también a Rivera y a Lavalleja, considerados padres de los partidos Colorado y Nacional, respectivamente.

¿Por qué elegimos esta fecha? ¿Por qué insistimos en apoyar los pasos fundamentales de nuestra marcha en fechas memorables para la conciencia colectiva nacional? Porque nuestro Frente Amplio, realidad política presente, se enraíza en nuestro pueblo para recoger las energías que se proyectan hacia el porvenir.

El 26 de marzo, junto al pueblo, afirmamos las razones por las cuales el Frente Amplio es el legítimo heredero de las tradiciones artiguistas. [...] Hoy recordamos otro momento de nuestra historia, cuando el Pueblo Oriental retoma la tradición artiguista y se congrega en torno a Lavalleja, Rivera y Oribe, para luchar por la liberación nacional.¹⁷⁰

En una de las fechas más importantes y emblemáticas para la nacionalidad uruguaya, el 19 de junio, día del natalicio de Artigas, Seregni durante un acto público invitó a la sociedad a realizar una suerte de revisionismo histórico para revalorar la figura del prócer nacional, y así arrebatarles este monopolio a los enemigos, a la oligarquía. En esta ocasión la conmemoración sirvió de vínculo para desplegar una lucha política presente, como propaganda electoral y para denunciar a los enemigos políticos.

En un día como hoy es oportuno que todos revisen sus conceptos históricos, que aclaren sus opiniones sobre la historia uruguaya [...] Si no reexaminamos el ayer, si no criticamos el ayer, lo dejaremos monopolizado por las tergiversaciones de la oligarquía y estaremos perdiendo nuestra batalla de hoy.¹⁷¹

No sólo las fechas tuvieron un carácter simbólico, también los espacios físicos desde los cuales se pronunció el FA tenían estrecha relación con los episodios fundacionales del Uruguay. Los espacios físicos o geográficos pueden adquirir o reafirmar sentidos, después de que sirvieron de escenario para ciertos acontecimientos importantes. Estos espacios se vuelven significativos para una colectividad, con valores simbólicos y políticos, expresados

¹⁷⁰ *Colección Liber Seregni*, tomo I, Montevideo: Taurus/Parlamento del Uruguay, 2005, pp. 61-62. Citado en Rilla, José, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Montevideo, Editorial Sudamericana, 2008, p. 236-237.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 239.

mediante rituales de conmemoración. Así, diversos actores les pueden otorgar múltiples sentidos en función de sus memorias. Y estos actores no necesariamente debieron haber participado en los acontecimientos por los cuales se recuerdan los espacios, sino que pueden pertenecer a otra generación con proyectos y valores distintos y, por lo tanto, construir memorias que respondan al momento político de su presente.¹⁷²

El discurso del 9 de mayo de 1971 fue en el Departamento de Paysandú, a escasos kilómetros del lugar donde Artigas levantó un campamento-cuartel para organizar su movimiento, llamado por la historiografía uruguaya “Campamento de Purificación”. En esta ocasión Seregni señaló que los enemigos del Uruguay eran los mismos con los que había combatido Artigas: la oligarquía extranjera.

[...] hoy el país está igualmente asolado y es necesario reconstruirlo [...] está arruinado porque sus enemigos, los mismos que combatió Artigas, se encaramaron en el poder y desde el poder arruinaron al país. ¿Quiénes son los enemigos? Es muy fácil identificarlos: son los que confunden interés nacional y propio interés, los que gobiernan en provecho propio. [...] Es a aquellos usureros que llamamos oligarquía; ese capital extranjero que nos domina que llamamos imperialismo.¹⁷³

Asimismo, ya que el objetivo de todos sus militantes era la transformación radical del Estado, la dimensión utópica se convirtió en un elemento central del imaginario común frenteamplista. Las apelaciones a un pasado revolucionario también tenía la finalidad de plantear la construcción de un futuro con mejores condiciones de vida. En la lectura que hizo el Frente de los problemas a los que se enfrentaba el Uruguay, estaba presente la cancelación de un futuro que sufrían principalmente las generaciones más jóvenes. “Una juventud que siente día a día la angustia de sus mayores, perpleja por el deterioro del país, que no encuentra salida, porque se le cierran todos los caminos, porque se le amputa el futuro.”¹⁷⁴

Y, para construir este futuro con mejores condiciones, una vez más, se recurre a la figura de Artigas como garante del porvenir. Así lo expresaba Seregni: “el Frente Amplio es nuestro mejor homenaje a Artigas [...]. Somos y queremos ser la renovación del Artiguismo, un retomar de la mejor tradición del país, para enfrentar con nuestras mejores energías esta hora amenazadora y abrirle un futuro, el suyo, al Uruguay.”¹⁷⁵

¹⁷² Elizabeth Jelin y Victoria Langland, “Introducción. Las Marcas territoriales entre pasado y presente”, en *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2003, pp. 3-9.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 237.

¹⁷⁴ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971, *op. Cit.*”

¹⁷⁵ Líber Seregni, “Discurso pronunciado el 19 de junio de 1971”, citado en Alex Borucki y Cecilia Robilotti, *op. Cit.*, p. 69

Este discurso del porvenir estaba dirigido principalmente a la juventud, sector social de amplia presencia en la nueva coalición. Para la coalición de izquierda también la juventud tenía una historia, como un actor social histórico que se constituyó durante el acelerado proceso modernizador de principios del siglo XX, momento que inició la época de prosperidad; es decir, durante el batllismo. La juventud es vista como un actor social con un pasado, con una histórica marcada por su potencialidad revolucionaria. Asimismo, se percibió como el portador del futuro del Uruguay.

[...] la juventud militante del Frente Amplio prácticamente se confunde con la totalidad de la juventud uruguaya.

Si la mayoría de la juventud uruguaya está militando en el Frente Amplio, entonces el Frente Amplio ya es el futuro nacional, porque ustedes son ahora la presencia militante de ese futuro. Ustedes son el Uruguay nuevo [...].

[...] con peso específico en el conjunto social la juventud uruguaya emerge recién alrededor del 900. [...] es un hecho ligado al desarrollo de la ciudad, de la urbanización, pues de la inmensa dispersión del mundo rural [...] El nacimiento social de la juventud está ligado al ascenso de las clases medias urbanas, de principio de este siglo.¹⁷⁶

En un discurso del Gral. Seregni, posterior a la derrota electoral, hizo hincapié en que el Frente Amplio tenía una misión histórica, que era el heredero y portador de un proceso de larga duración. Y que, por lo tanto, la derrota electoral no debía frenar su proceso.

La razón de ser, el porqué y el para qué de nuestro Frente Amplio, está en realizar una tarea histórica fundamental: cumplir el proceso revolucionario en nuestro país. En transformar las viejas estructuras económicas, políticas y sociales de nuestro país hoy caducas, y crear las nuevas que corresponden a la instancia que nuestro pueblo debe vivir. Y es sí, un verdadero, un auténtico proceso revolucionario, porque el que nuestro Frente se propone es no sólo el cambio profundo de las estructuras, sino la sustitución de las clases en el poder. Desplazar del poder a la oligarquía y llevar al pueblo a gobernar.¹⁷⁷

A pesar de su carácter revolucionario, el discurso frenteamplista buscaba darle un rol pacifista a la coalición. En el entendido de que el país vivía un momento de violencia, el FA se presentó como el único garante de la seguridad y la paz. La paz era entendida como un rasgo histórico del Uruguay, y el FA se ubicó como el único actor político que seguía ese camino. Así lo señaló José de Torres Wilson, durante su intervención en el acto que dio

¹⁷⁶ Liber Seregni, Discurso pronunciado el 6 de noviembre de 1971, durante un acto organizado por la Juventud Frenteamplista, en *Acción*, 8 de noviembre de 1971, p. 10. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/1971-JFA.pdf> [Consultado en noviembre de 2014]

¹⁷⁷ General Liber Seregni, Discurso pronunciado en Montevideo el 18 de diciembre de 1971, Citado en Jaime Yaffé y Adolfo Garcé, “La izquierda uruguaya (1971-2004): ideología, estrategia y programa”, en *América Latina Hoy*, N° 44, 2006, p. 92. Disponible en: http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2012/10/Yaff%C3%A9_La-izquierda-uruguaya.pdf [Consultado en octubre de 2014]

origen a la Lista 808 (Partido Demócrata Cristiano), el cual fue transmitido por tres canales de televisión y por la Radio Nacional:

[...] todos sentimos, todos sienten la necesidad del cambio, pero el cambio no se ha dado por la autoridad por la fuerza. A otros pueblos se les podrá gobernar por la fuerza, a este no.

Y la lista 808 es [...] la posibilidad de que el Uruguay pueda tener una transformación pacífica como todos queremos [...] pero de que el Uruguay va a cambiar efectivamente y en paz, con soluciones auténticamente nacionales, dentro de nuestras mejores tradiciones.¹⁷⁸

A pesar de contar entre sus filas con figuras que habían participado en la guerrilla, este rasgo pacifista los distanció de las formas de lucha de dichos grupos armados, los cuales habían obtenido poco éxito. El FA optó por la vía institucional ya que rechazaba a la violencia como camino para resolver los problemas nacionales, y porque entendía que, como en algún momento señaló Seregni, “el pueblo es naturalmente pacífico”.¹⁷⁹

[...] que nos conformábamos como una fuerza política destinada a cumplir una misión y una función de carácter trascendente y de carácter histórico; que éramos una fuerza pacificadora, la única fuerza pacificadora posible en nuestro país; que éramos pacificadores y pacíficos, pero firmes y seguros en nuestro camino; que íbamos a transitar las vías institucionales; que nuestro proceso lo íbamos a cumplir en el marco de las transformaciones en todos los órdenes.¹⁸⁰

La divulgación de las interpretaciones históricas del FA estuvo favorecida por una serie de publicaciones periódicas y editoriales vinculadas con los partidos de izquierda. Entre los primeros encontramos el semanario *Marcha*, los diarios *El Popular*, *Época*, *La Idea*, *Ya*, *Ahora*, *De Frente*, *Para Todos* y *Cuestión*, entre otros. Las editoriales que apoyaron a la coalición de izquierda fueron *Grito de Asencio*, *Ediciones Pueblos Unidos* y *Ediciones de la Banda Oriental*. Por otra parte estaban las radioemisoras simpatizantes que difundieron el discurso izquierdista, tal es el caso de *Radio Nacional*.

Pero los intentos de crear anclajes históricos fueron más allá de los discursos pronunciados en actos públicos, también se efectuó desde expresiones artísticas como el teatro y la música. En aquél 5 de febrero de 1971, paralelamente a la fundación del FA, en el teatro de la compañía teatral “*El Galpón*”, bajo la dirección de Cuque Sclavo, se estrenó la obra “*Misia Dura al poder*”, identificada con el ideario de la naciente coalición; y es que

¹⁷⁸ José de Torres Wilson, “808: una lista abierta para la gran transformación del país”, en *Acción*, 15 de octubre de 1971. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/1971C808.pdf> [Consultado en diciembre de 2014]

¹⁷⁹ Ver Líber Seregni, Discurso pronunciado el 8 de septiembre de 1971, durante el acto por la Libertad de Prensa, *op. Cit.*, p. 8.

¹⁸⁰ General Líber Seregni, “Concientizar, Movilizar, Organizar. Discurso en el acto organizado por el M. I. “26 de Marzo”, *Cuadernos del M. I. “26 de Marzo”*, N° 2, 30 de julio de 1971, p. 28. Citado en Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 356.

muchos de los integrantes de la compañía eran frenteamplistas. Horacio Buscaglia, uno de los fundadores del Club Teatral, en ocasión del 33° aniversario del Frente Amplio, mencionó en relación al estreno de la obra

Nos esforzamos por hacerlo ese día para que no quedara ninguna duda de que aquel espectáculo era abiertamente frentista. Un horror, para los “puristas”. No importaba. Ya hacía rato que casi la totalidad del movimiento cultural había tomado partido por la izquierda [...].

En todos los actos que realizó el Frente Amplio aquel año participaron artistas de diferentes áreas: danza, literatura, música, teatro y hasta los plásticos aportando el diseño de los estrados [...].

“Misia Dura al poder” tuvo la suerte de transformarse en un éxito impresionante. Tanto en el teatro como en la calle. Y así fue que recorrimos todos los barrios de Montevideo y todo el interior.¹⁸¹

Dentro del Movimiento Independiente “26 de marzo” se encontraba la Agrupación de Trabajadores de la Cultura, creada gracias a la labor del escritor Mario Benedetti. Estaba formado por intelectuales y artistas de diversa índole: escritores, poetas, músicos, pintores, cantantes, etcétera. La Agrupación tuvo una participación activa durante los actos del Frente Amplio, con conciertos y obras de teatro. Solían representar la obra *Desde la tierra*, que contiene un fuerte sentido histórico y artiguista.¹⁸²

Por su parte, artistas emblemáticos de la música popular uruguaya se sumaron a los actos del Frente. Entre los más destacados estaba la agrupación “Los Olimareños”, intérpretes de la canción “A don José”, en la cual, de manera muy similar al mensaje “La Patria nos llama, Orientales al Frente”, reza “si la patria me llama, aquí estoy yo”. También se adhirió Alfredo Zitarrosa compositor e intérprete de la pieza “A José Artigas”, en la que se aboga por rescatar aquellos aspectos del héroe nacional que han sido borrados. Zitarrosa dice a su público “acordate de José Artigas/ y endúlzate la boca, cuando lo digas. / A la huella de un siglo que otros borraron, / mintiendo los martirios del traicionado.”¹⁸³

Con este inmenso esfuerzo por crear una tradición política se presentó el Frente Amplio a las elecciones de 1971, las cuales dejaron ver la adhesión de un amplio sector de la sociedad. Por lo tanto, podemos señalar que gracias a sus diversos usos del pasado, el Frente Amplio logró forjar una “memoria fuerte”; es decir, “una memoria masiva, coherente, compacta y profunda que se impone a la gran mayoría de los miembros de un

¹⁸¹Horacio Buscaglia, “33 pirulos”, en *La Red 21 Diario Digital*, 6 de febrero de 2004. Disponible en: <http://www.lr21.com.uy/comunidad/131784-33-pirulos/> [Consultado octubre de 2014]

¹⁸²Eduardo Rey Tristán, *op. Cit.*, p. 348.

¹⁸³“A José Artigas”, de Alfredo Zitarrosa, apareció por primera vez en el álbum *Simple*, en el año de 1966.

grupo [...]. Es una memoria organizadora, en el sentido que es una dimensión importante de la estructura de un grupo de la representación que éste va a hacerse de su propia identidad.”¹⁸⁴ De esta manera, siguiendo la conceptualización de “memoria fuerte” que hace Jöel Candau, al interior del Frente se dio una suerte de comunitarización de la memoria, entendida como el sentimiento subjetivo que tienen los miembros del grupo de compartir la misma memoria.¹⁸⁵

Dichas elecciones se efectuaron en un ambiente de violencia, marcado por constantes atropellos contra las libertades civiles. Los más afectados fueron agrupaciones simpatizantes del Frente Amplio, como los diarios *El Popular*, *La idea*, *Liberación*, *El Eco* y *Ahora*. Incluso, el 7 de noviembre, Líber Seregni fue víctima de un atentado con el que se pretendía quitarle la vida. De noviembre de 1971 a marzo del año siguiente, según el semanario *Marcha* se registraron 54 atentados contra frenteamplistas: militantes, dirigentes, periódicos y locales del partido.¹⁸⁶

Asimismo, las elecciones estuvieron marcadas por la intervención estatal en las distintas campañas, como en el manejo privado de los medios de comunicación en favor de los partidos tradicionales, y la participación de agencias extranjeras de publicidad y opinión pública. Además, tanto la prensa nacional como internacional, advertían que el gobierno brasileño pretendía invadir Uruguay en caso de que el FA resultara vencedor en las urnas.¹⁸⁷ Consecuentemente, los resultados electorales dejaron sospechas de fraude, principalmente por parte del Partido Nacional que, sin suerte alguna, denunció la ilegalidad del proceso.

Después de las elecciones, la coalición de izquierda siguió aumentando su número de simpatizantes, proceso simultáneo al crecimiento del descontento social. De manera paralela enfrentó una dura oleada de represión estatal y paramilitar. El país vivió un aumento de la violencia. Todo opositor al gobierno de José María Bordaberry era considerado enemigo de la nación. Las constantes y cada vez más intensas acciones de los

¹⁸⁴ Jöel Candau, *Memoria e identidad*, op. Cit., pp. 39-40.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 40.

¹⁸⁶ Para una descripción puntual y en orden cronológico de los 54 atentados, ver: “4 meses: 54 atentados”, en *Marcha*, 7 de abril de 1972, p. 11. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/6c26f17a883a71b17cdf4ccb07dc45.pdf> [Consulta: diciembre de 2014]

¹⁸⁷ Ver “Brasil amenaza con invadir Uruguay”, en *Diario A. B. C.* (Edición de Andalucía, España) viernes 27 de agosto de 1971, p. 17. Disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1971/08/27/017.html>. [Consultado en diciembre de 2014]

tupamaros, los atentados de grupos paramilitares y la represión estatal, caracterizada por el aumento de la participación militar, dejaron múltiples víctimas por parte de todos los bandos.

El grupo paramilitar Juventud Uruguay de Pie y las fuerzas represivas estatales se empeñaron en destruir a la coalición, que a pesar de la derrota seguía aumentando el número de simpatizantes. Entre abril y agosto de 1972, se registran 230 atentados de corte derechista, contra liceos, facultades y comités de base frenteamplistas, en gran parte de ellos se encontraron consignas pintadas como “Viva Pacheco, Hitler volverá”, firmadas por el Movimiento Nueva Generación, la Juventud Uruguay de Pie y la Coalición Renovadora de Estudiantes Independientes.¹⁸⁸

En abril de 1972, cuando la Asamblea General aprobó el Estado de Guerra Interna, los militantes frenteamplistas fueron víctimas de constantes ataques, como el allanamiento de los locales del Partido Comunista, del Movimiento de Independientes 26 de Marzo, y de la Impresora Alborada encargada de imprimir la publicación vespertina “El Eco”. Los domicilios de algunos dirigentes, como Juan José Crottogini, el doctor Carlos Martínez Moreno, Zelmar Michelini y Carlos Quijano, también fueron atacados.

Pero la represión también se hizo presente en actos público. Durante un acto frente al domicilio del doctor Crottogini, mientras hablaba el diputado Rodney Arismendi, la policía irrumpió atacando al público, dejando herido de bala al doctor Manuel Xavier, dirigente del Partido Socialista y militante del Frente.

Por otro lado, la presencia del FA en el Senado, bajo la presencia de Erro, incomodó a las Fuerzas Conjuntas, que solicitaron su desafuero y lo acusaron de colaborar con el MLN-T, ya que en ese momento el hijo del senador estaba preso por participar en la lucha armada. Ante la negativa de la Cámara de Diputados, el Parlamento fue disuelto y comenzó el periodo de suspensión democrática.

La consolidación del Frente Amplio y su tradición política se vio fuertemente obstaculizada por el golpe de Estado de 1973, mediante el cual se instauró un régimen cívico-militar el cual se extendió hasta marzo de 1985. El 27 de junio de 1973, el Poder

¹⁸⁸ Roger Rodríguez, “Denuncia penal contra la Juventud Uruguay de Pie (JUP) por asesinato de Rodríguez Muela”, en *La Red 21* [en línea], 13 de diciembre de 2009. Disponible en: <http://www.lr21.com.uy/politica/392602-denuncia-penal-contra-la-juventud-uruguay-de-pie-jup-por-asesinato-de-rodriguez-muela> [Consultado en diciembre de 2014]

Ejecutivo en alianza con las Fuerzas Armadas, decidieron disolver las cámaras de Senadores y Diputados, establecieron la censura de prensa y suspendieron el derecho de reunión. La dictadura, entre sus primeros pasos, se encargó de dismantelar todos los movimientos opositores, principalmente al FA, ya que el MLN-T estaba desarticulado. Militantes y simpatizantes frenteamplistas fueron víctimas de la política represiva de la dictadura cívico-militar. Además de la persecución (dentro y fuera del país), encarcelamiento y exilio de sus militantes, buscó borrar el recuerdo de la coalición de la conciencia pública uruguaya.

Es durante el período que allí se inició que debieron probarse las lealtades y los compromisos con la nueva colectividad, que en apariencia todavía no había constituido una identidad cultural distintiva. El gran desafío estratégico fue, para el Frente Amplio, comprobar en su práctica política si la lógica de adhesión se afirmaba y reproducía, o si por el contrario, era negada por la ciudadanía y declinaba.¹⁸⁹

Durante este periodo se desarrolló una fuerte resistencia proveniente de la izquierda. Integrantes del FA participaron de manera directa en las principales manifestaciones que rechazaban a la dictadura, dentro y fuera del Uruguay. Al mismo tiempo, renovó y agudizó las referencias al artiguismo y su carácter revolucionario. Artigas seguía siendo “una figura mesiánica que terminaría con los atropellos a las libertades civiles y liquidaría las injusticias sociales. [...] Los estudiantes de enseñanza secundaria, los trabajadores y los comités de base utilizaron la retórica artiguista para subrayar la oposición libertad/tiranía.”¹⁹⁰ El doctor Carlos Quijano, desde el semanario *Marcha*, a pocos días de su clausura, insistió en que todos los “orientales” tenían el deber de continuar con el proyecto artiguista.

Un país no es sólo una tradición, una historia. Es un proyecto también. Mirar al pasado es necesario. Construir para el futuro es la tarea. En nuestra América hispana -patria grande- la soterrada tradición convoca a la unidad, a las grandes unidades regionales, y a la gran unidad continental. Y en nuestro Uruguay -patria chica- más claro y más tangible es el deber. Ser oriental es ser artiguista. Ser artiguista es ser rioplatense. Ser rioplatense es ser hispanoamericano. Si hay leyes naturales, esa es nuestra ley natural. Nuestra tradición y nuestro destino.

Todo está en él [Artigas]: el ayer y el mañana, ese mañana que podemos imaginar o entrever y por el cual debemos trabajar. Los orientales seremos artiguistas, de la raíz a la copa, o no seremos nada.¹⁹¹

Esta reivindicación de Artigas fue duramente perseguida. Algunos docentes de enseñanza

¹⁸⁹ Silvia Dutrénit, “El Frente Amplio y la reproducción”, *op. Cit.*, p. 132.

¹⁹⁰ Alex Borucki y Cecilia Robilotti, *op. Cit.*, pp. 77-78.

¹⁹¹ Carlos Quijano, “Patria Chica y Patria Grande”, en *Marcha*, 31 de mayo de 1974, p. 5. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/f96261e21437bfb16727107af1bb5439.pdf> [Consultado diciembre de 2014]

secundaria fueron removidos de sus cargos por exaltar la personalidad del prócer, acusados de realizar una “actividad ajena a la función”, y los estudiantes que los seguían fueron amonestados. La apropiación de la figura de Artigas, con un profundo sentido de herencia, contribuyó a la invención de una tradición política, pero también favoreció su evolución, es decir, posibilitó su interiorización y transmisión.

El Frente Amplio al momento de la transición a la democracia presentó una suerte de refundación y consolidación. Durante la década de los noventa, el FA adquirió mayor fuerza y rompió de manera definitiva con el bipartidismo tradicional; primero al ganar la administración de Montevideo en 1990, y ya entrados en el siglo XXI, en 2004, toman el Poder Ejecutivo de la mano de Tabaré Vázquez. Pero ese es un tema que sobrepasa las pretensiones de esta investigación.

Conclusiones

El Uruguay, desde su nacimiento como Estado independiente hasta la década de 1970, presentó un sistema político con la peculiaridad de estar protagonizado por dos actores políticos. En un primer momento por las divisiones, y posteriormente los partidos tradicionales (Colorado y Nacional). El arraigo de dichos actores entre la sociedad se inició en el siglo XIX, y dejó como resultado constantes guerras civiles. Las numerosas pugnas dejaron un sinnúmero de bajas humanas, lo cual orilló a sus participantes a establecer acuerdos pacíficos. Así, el siglo XIX heredó una cultura de concordancia, y a una sociedad altamente identificada con los aún incipientes partidos políticos. Paralelamente, en este período se puede ubicar el primer impulso modernizador del Uruguay, caracterizado por la expansión de la educación pública, la paulatina incorporación política y económica de los inmigrantes, una acelerada urbanización de Montevideo, y el ensanchamiento de la clase media.

Las identidades partidarias se consolidaron a inicios del siglo XX, gracias a la formación de instituciones que permitieron su convivencia pacífica y, al mismo tiempo, sentaron las bases del sistema político uruguayo. En 1904, al terminar definitivamente las guerras civiles y los conflictos internacionales, los partidos políticos se encontraron con un segundo impulso modernizador, encabezado por el Presidente José Batlle y Ordóñez, que permitió su consolidación como principales protagonistas del sistema político uruguayo.

El batllismo amplió las funciones del Estado a las esferas de la economía y social. Para esto instauró un sistema político representativo: estableció el sistema electoral, amplió el derecho a voto a sectores que anteriormente no lo tenían, como mujeres e inmigrantes. De esta manera se inició una larga tradición electoral (únicamente suspendida durante la dictadura cívico-militar de 1973 a 1985) y fomentó la idea de que todos los problemas referentes al país debían ser resueltos exclusivamente en las urnas, dejando de lado los enfrentamientos armados. Estas contiendas electorales siempre estuvieron protagonizadas por los partidos tradicionales, sin la participación de una verdadera tercera fuerza política a pesar de la existencia de más partidos. Una de las principales fuentes de poder de los partidos políticos fue el clientelismo basado en la repartición de empleos, posibilitado por la coyuntural bonanza económica.

Asimismo, el batllismo dio pie a la formación de organizaciones sociales ajenas a los partidos políticos, fomentando su participación directa en la administración. Las principales

organizaciones que se vieron beneficiadas fueron los sindicatos, los estudiantes, asociaciones mutualistas, asambleas barriales, entre otros.

Un ambiente de estabilidad política y económica predominó en el Uruguay durante la primera mitad del siglo XX. Si bien tropezó durante los años treinta con el golpe de Estado de Gabriel Terra, no se rompió con la tradición democrática ni con las lealtades partidarias. Contrariamente, la bonanza económica desatada a raíz de la Segunda Guerra Mundial permitió que aumentaran los niveles de vida de los uruguayos, mientras que el bipartidismo se fortalecía.

A partir de 1958 el rumbo del país dio un giro dramático. El fin de la Segunda Guerra Mundial, las nuevas políticas económicas de Estados Unidos y de la naciente Unión Europea, significaron para el Uruguay el fin de la demanda de sus productos exportables, que eran la base de su economía. El estancamiento económico originó un acelerado proceso de pauperización de la población, la cual no tardó en exigir soluciones.

Diversos sectores sociales alzaron la voz, desde obreros y campesinos, hasta estudiantes y trabajadores de “cuello blanco”, pero sus peticiones no fueron atendidas con eficacia. Al aumento exponencial de manifestaciones sociales, el gobierno respondió con Medidas Prontas de Seguridad. Las formas mediadoras tradicionales del gobierno uruguayo comenzaron a desgastarse, y en su lugar dejaron a la represión.

La crisis ya no era sólo económica, sino también política y social. La nula eficacia para dar salida a la crisis y el constante uso de la violencia, sumergió a la clase política en un acelerado proceso de deslegitimación y pérdida de identidades partidarias tradicionales. En respuesta, surgen nuevas expresiones políticas: el ruralismo, unificación del movimiento trabajador en la Convención Nacional de Trabajadores, el movimiento estudiantil bajo la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, y la aparición de la guerrilla urbana del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T).

La década de 1960 trajo consigo la agudización de la crisis y de la represión, principalmente con el ascenso de Pacheco Areco a la presidencia. Pero también se intensificó la violencia proveniente de la guerrilla urbana efectuada por el Movimiento de Liberación Nacional- Tupamaros. En un primer momento, el MLN-T, al restringir el uso de la violencia en sus acciones, logró ganar el apoyo de algunos sectores sociales, pero al aumentar los episodios armados, fueron perdiendo simpatía.

En medio de la crisis y el debilitamiento de los partidos tradicionales, la sociedad uruguaya expresó su adhesión a las instituciones democráticas y buscó formar un frente que pudiera competir en las urnas. Los partidos tradicionales vivían una crisis sin precedentes, mientras que se dio un auge en las organizaciones sociales alternativas a éstos. Los intentos por crear un frente opositor al bipartidismo fueron varios y lograron convocar a políticos de izquierda, artistas, intelectuales y antiguos militantes de los partidos tradicionales. Los trabajadores, como ya vimos, lograron su unificación con la formación de la CNT; por su parte, los partidos de izquierda promovieron alianzas partidarias, y crearon movimientos como el Frente Izquierda de Liberación, con la participación importante de artistas e intelectuales, y de los sectores progresistas desprendidos. Sin embargo, ninguno de estos intentos unificadores logró convertirse en un movimiento en el que convergieran todas las demandas sociales, pero sí dejaron valiosas experiencias y aprendizajes.

Los proyectos unificadores aumentaron al acercarse las elecciones de 1971. El más destacado lo protagonizaron el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento Por el Gobierno del Pueblo (Lista 99 del Partido Colorado), que formaron el “Frente Popular”. Paralelamente, la crisis de los partidos tradicionales se agudizó y se hizo más evidente. Importantes sectores decidieron desprenderse de los partidos tradicionales y optar por la nueva coalición. En el plano continental, la experiencia chilena, con la victoria de la Unión Popular, demostró que era posible construir un frente opositor que triunfara en las urnas.

Así, en un ambiente de crisis política y con una larga tradición de organización social, durante los primeros días de 1971, tras el llamado del Frente del Pueblo, se funda el Frente Amplio. La formación del Frente Amplio puso en evidencia situaciones que se venían gestando años atrás: la transformación del Estado, la crisis partidaria, y los aprendizajes derivados de las constantes organizaciones sociales.

El FA si bien tenía la finalidad inmediata de competir en las elecciones, ésta no era su tarea primordial, ya que no fue concebido como un partido político, sino como un instrumento de unidad y de lucha del pueblo. Por lo tanto, fue un espacio de inclusión, en el que todos los sectores, sin importar su procedencia, encontraron un lugar para canalizar sus demandas. Esto originó que en su interior convergieran diversas ideologías y formas de organización. Pero también había historias colectivas distintas; es decir, existían múltiples concepciones históricas, donde cada grupo tenía su propia interpretación del pasado.

La nueva coalición tenía la tarea de superar esta heterogeneidad de tradiciones políticas y crear una propia, común a sus integrantes. Para la invención de su tradición política, el Frente Amplio recurrió a anclajes históricos que le permitieran situarse como la continuidad de un proceso revolucionario de larga duración. Por ello optó por los personajes y momentos de mayor incidencia en la sociedad, los más presentes en la memoria pública de los uruguayos. El Frente Amplio se nutrió y se apropió de memorias diversas, ubicadas en distintos niveles, desde el intelectual hasta el popular.

La invención tradición política y los usos que del pasado hizo el Frente Amplio no es un nuevo objeto de estudio, ya ha sido tratado por notables investigadores. Sin embargo, nos encontramos con investigaciones centradas en la apropiación y uso de la figura de Artigas. Si bien es cierto que existió una reiterada apelación a su figura, se pierden de vista los aportes de las distintas tradiciones que compusieron en su inicio al Frente Amplio. Los discursos y comunicados frenteamplistas nos demuestran una constante referencia a personajes con proyectos e ideologías distintas, los cuales ocupaban un lugar privilegiado en las memorias grupales aglutinadas en la coalición.

Como ya se mencionó, uno de los rasgos más característicos de la coalición fue la apropiación del héroe nacional José Gervasio Artigas, personaje ampliamente divulgado y, por tanto, presente en no sólo en las memorias partidarias, sino también en la memoria historiográfica, en la memoria pública y en la memoria oficial. Del artiguista se rescató su carácter antiimperialista y liberador, presentado como un movimiento que lucha por la independencia continental, por la justicia social y el reparto equitativo de la tierra. Asimismo, se concibió como un proyecto inconcluso, el cual debía ser retomado por el Frente Amplio por ser su heredero.

Esta interpretación del artiguismo permitió que amplios sectores sociales se identificaran con el proyecto frenteamplista. El Frente Amplio entendió la urgencia de crear un discurso que manifestara el real sentir de los más desfavorecidos, del “pueblo”. Por sus pretensiones de justicia social, los trabajadores urbanos lograron asimilar sus demandas de mejoras laborales y salariales con dicho proyecto; los trabajadores rurales también simpatizaron con la Reforma Agraria propuesta por el Frente Amplio; mientras que el grueso de la población lo identificaba como el padre de la nación y el fundador de la democracia uruguaya.

También usó ciertos elementos propios de los partidos tradicionales; se apoyó en “viejas” tradiciones que eran bien conocidas por los uruguayos, y que tenían notable valor simbólico. El debilitamiento de las lealtades e identidades partidarias permitió que el Frente Amplio hiciera uso de sus símbolos, pero les dio un significado propio. Por una parte, reivindicó las figuras de los caudillos fundadores de ambos bandos políticos: José Fructuoso Rivera (Partido Colorado) y Lavalleja (Partido Nacional), que sirvieron para afirmar el carácter antiimperialista y nacionalista del Frente Amplio. Por otra parte, se apeló a momentos y figuras que habían marcado las historias partidarias e, incluso, nacional. Tal es el caso del batllismo, del cual se rescataba su ideario y su recuerdo como un período de bienestar social. La apelación a la herencia ideológica de personajes como Timoteo Aparicio, Leandro Gómez y Aparicio Saravia, pretendía darle al Frente Amplio contenido revolucionario y rebelde. Asimismo, la apropiación discursiva de espacios físicos y fechas conmemorativas, dotadas de valores cívicos y políticos, contribuyeron a la construcción de esta nostalgia revolucionaria.

Por otra parte, la interpretación histórica frenteamplista no fue una simple apología de personajes, también se observan apelaciones a procesos de larga duración y a actores colectivos. Se identificó con el batllismo, como portador de su ideología y como salvador de una época de bienestar social; se presentó como el heredero de las luchas de independencia, ya que éstas habían sido inconclusas.

La lucha de clases, entre “pueblo y oligarquía”, fue un tema recurrente en los discursos. La desigualdad económica y social era un fenómeno presente en los diagnósticos de la situación nacional que hacían todos los grupos partícipes de la coalición. Dicha dicotomía fue usada por el Frente Amplio para ubicarse del lado de los más desafortunados y para señalar a los que consideraba como sus adversarios. En este mismo sentido se refirió a la juventud, como un actor que había sido clave en la construcción del país, y que en ese momento tenía la necesidad de retomar su papel como agente de cambio. Así, como ya ha sido advertido, las referencias al pasado (personajes individuales, sujetos colectivos, épocas e, incluso, lugares geográficos) traían consigo una representación del futuro.

Para la transmisión de esta nueva tradición, que daba sustento a un programa e identidad política, el Frente Amplio recurrió a diversos medios. Entre éstos, los discursos en actos masivos fue el principal, pero también se efectuó por medio de propaganda

impresa, expresiones como obras de teatro y canciones, publicaciones periódicas y editoriales, y a través de los Comités de Base que permitieron un acercamiento directo entre los principales dirigentes y la sociedad.

Aunque el Frente Amplio en esta primera participación electoral no ganó la presidencia, sí mostró un apoyo que ningún partido fuera de los tradicionales había obtenido. La derrota en las urnas no frenó el crecimiento frenteamplista, el número de simpatizantes siguió en aumento, pero se enfrentó a la represión estatal y a la violencia proveniente de grupos de ultra derecha. La implantación de la dictadura cívico-militar en 1973, y extendida hasta 1985, fue un duro golpe para el Frente Amplio, ya que inició un período de ilegalización y la abierta persecución de simpatizantes. Sin embargo, no logró liquidarlo. Al momento de la transición a la democracia el Frente Amplio mostró que seguía vivo y retomó su camino. Por lo tanto, la dictadura parece ser el puente entre dos etapas de la historia política del Uruguay, la del bipartidismo y la consolidación de una tercera fuerza política.

Hoy día, la consolidación del Frente Amplio es una realidad. Las elecciones del pasado 30 de noviembre de 2014 le dieron la victoria presidencial y vicepresidencial a la fórmula (Tabaré) Vázquez - (Raúl Fernando) Sendic, con un 53.48%. Victoria que le permite por tercera ocasión consecutiva estar al mando del Ejecutivo.

Afirmar que la magna convocatoria que tuvo el Frente Amplio durante su primera participación en las urnas, así como su posterior consolidación, se debe a la capacidad para construir su tradición política, nos parece que es una interpretación reduccionista. Ambos fenómenos tienen un sinfín de causas. Sin embargo, tampoco podemos afirmar que sin este esfuerzo por crear una tradición que diera sustento a la identidad y al proyecto frenteamplista, se hubiesen obtenido los resultados ahora conocidos.

El período que aquí analizamos es muy breve, y por tanto no da cuenta de las permanencias y rupturas discursivas presentes en sus posteriores participaciones electorales. Queda por investigar el desarrollo de esta tradición política, fenómeno que, entre otros factores, contribuyó a que el Frente Amplio se consolidara como la primera fuerza política del Uruguay.

Bibliografía

Fuentes primarias

Publicaciones periódicas

- Semanario *Marcha*, Uruguay, N° 1432 (10 de enero de 1969) al N° 1676 (22 de noviembre de 1974). La colección completa se encuentra disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/collections/show/10>
- *Cuadernos de Marcha*, Uruguay, N°1 (mayo de 1967) al N° 78 (febrero de 1974)

Discursos y documentos

- Carlos Quijano, “Patria Chica y Patria Grande”, en *Marcha*, 31 de mayo de 1974, p. 5. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/f96261e21437bfb16727107af1bb5439.pdf>
- *Carta del Episcopado en el Año de la Fe*, Montevideo a 6 de septiembre de 1967. Disponible en: <http://iglesiacatolica.org.uy/wp-content/uploads/2012/08/Carta-sobre-Anno-de-la-Fe.pdf>
- Constitución Política de la República Oriental del Uruguay de 1952. Disponible en: <http://www.parlamento.gub.uy/constituciones/const952.htm>
 - Constitución de la República Oriental del Uruguay de 1967, Art. 168, inc. 17. Disponible en: <http://www.parlamento.gub.uy/constituciones/const967.htm>
- Frente Amplio, *Llamamiento del 7 de octubre de 1970*. Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/files/Llamamiento%20del%207%20de%20octubre%20de%201970.pdf>
- _____, *Reglamento de Organización*, 16 de marzo de 1971. Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/files/16%20marzo%201971,%20Reglamento%20de%20Organizaci%C3%B3n.pdf>
- _____, *Primeras 30 Medidas del Gobierno*, 25 de agosto de 1971. Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/files/30%20Primeras%20Medidas%20de%20Gobierno%201971.pdf>

- _____, *Declaración Constitutiva. Compromiso Político. Bases Programáticas. Reglamento de la Organización.* Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/DOCUMENTO%201.pdf>
- Héctor Rodríguez, “Frente Amplio, el camino largamente esperado”, en *Cuadernos de Marcha*, No. 47, marzo, 1971, p. 70. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/70HRFA.pdf>.
- José de Torres Wilson, “808: una lista abierta para la gran transformación del país”, en *Acción*, 15 de octubre de 1971. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/1971C808.pdf>
- Líber Seregni, *La autoridad del pueblo*, Sur Editorial, México, 1982,
- _____, “Discurso pronunciado el 3 de noviembre de 1971”, en *Semanario Marcha*, N° 1568, 5 de noviembre, 1971, p. 16.
- _____, "Discurso pronunciado el 26 de marzo de 1971", Disponible en: <http://www.frenteamplio.org.uy/sites/frenteamplio.org.uy/files/files/26%20de%20marzo%20de%201971,%20Primer%20acto%20p%20C3%BAblico,%20Discurso%20del%20General%20Liber%20Seregni%20.pdf>
- _____, Discurso pronunciado el 6 de noviembre de 1971, durante un acto organizado por la Juventud Frenteamplista, en *Acción*, 8 de noviembre de 1971, p. 10. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/1971-JFA.pdf>
- Óscar Bruschera, “Agrupar un movimiento de masas”, en *Marcha*, 25 de septiembre de 1970. Disponible en: <http://biblioteca.periodicas.edu.uy/archive/files/ed9ee8d7bfb611253ca3ec187327d878.pdf>
- _____, “El Programa de la Liberación Nacional”, en *Semanario Marcha*, N° 1533, 19 de febrero, 1971, p. 8.
- Rodney Arismendi, “Avanzada hacia las grandes tareas”, en *Cuadernos de Marcha*, No. 47, marzo, 1971, p. 21. Disponible en: <http://www.chasque.net/vecinet/71RAFA.pdf>

Fuentes secundarias

Bibliografía sobre el Frente Amplio

- Alex Borucki y Cecilia Robilotti, “La reafirmación del artiguismo en el discurso fundacional del Frente Amplio”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004, pp. 59-80.
- Carina Perelli, *Quién es quién en la política partidaria: Frente Amplio, Nuevo Espacio y Partido Verde Eto-ecologista*, Sociedad de Análisis Político, Serie Cuadernos de orientación electoral, Montevideo, 1989.
- Carlos Demasi, “Blancos y colorados en la creación del Frente Amplio”, en *Fundación Vivian Trias*, Cuaderno No. 33. Disponible en: <http://fundacionviviantrias.org/sites/default/files/Cuaderno-33.pdf>
- Germán Wettstein (editor), *El Frente Amplio en el umbral del gobierno nacional: la opinión de 13 dirigentes*, La República, Montevideo, 1993.
- _____, *El ABC del Frente Amplio*, Libros para la patria nueva, Montevideo, 1985, pp. 180.
- Hugo Cores *et al.*, *Los desafíos de una izquierda legal*, Ediciones Raúl Garrido, Serie La República, La Habana, 1991.
- Jaime Yaffe, “Del Frente Amplio a la Nueva Mayoría: la izquierda uruguaya (1971-2004)”, en *Secuencias*, N° 60, septiembre-diciembre, 2004, pp. 75-210.
- Javier Gallardo, “La izquierda uruguaya. La parábola de los 'zorros' y los 'leones’”, en Gerardo Caetano [*et al.*], *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*, Trilce, Montevideo, 1995.
- Miguel Aguirre Bayley *Frente Amplio: uno solo dentro y fuera de Uruguay en la resistencia a la dictadura*, Ediciones Cauce, Montevideo, 2007, pp. 317.
- _____, *Frente Amplio: “La admirable alarma de 1971”*. *Historia y Documentos*, Ediciones Cauce, Montevideo, 2005, pp. 299.

- Nelson Aragonés y Pablo Mieres, “La polémica en el Frente Amplio: ¿pugna por contenidos organizacionales o institucionales?”, en *Cuadernos del CLAEH*, Año 14, N° 49, agosto, 1989, pp. 41-59.
- Samuel Blixen, *Seregni: la mañana siguiente*, Ediciones de Brecha, Montevideo, 1997, pp. 255.
- Silvia Dutrénit, “El Frente Amplio y la reproducción de la identidad política”, en *Nueva Sociedad*, N°144, julio-agosto, 1996, pp. 126-137,

Bibliografía sobre Uruguay

- Ana Frega, “La formulación de un modelo, 1890-1918”, en Ana Frega *et al.*, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 17-50.
- Benjamín Nahum, *Empresas públicas uruguayas. Origen y gestión*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1993, pp. 118.
- Carlos Real de Azúa, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Editorial de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.
- Carlos Zubillaga, “Del autoanálisis a la confesión: la historia como militancia contestataria”, en Fernando Devoto y Nora Pagano (Editores), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004, pp. 199-210.
- Constanza Moreira, “Democracia, Estado y Sociedad Civil en Uruguay”, en Mario Garcés Durán (Coordinador), *Democracia y ciudadanía en el Mercosur*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2006, pp. 507-593.
- Eduardo Rey Tristán, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Universidad de Sevilla, España, 2005.
- Eugenia Allier Montañó, *Batallas por la memoria. Los usos políticos del pasado reciente en Uruguay*, Trilce, Montevideo, 2000, pp. 278.

- Francisco Panizza, *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990, pp. 204.
- Gerardo Caetano (Editor), *Antología del discurso político en el Uruguay*, Ed. Taurus, Montevideo, 2004.
- Gerardo Caetano, “Ciudadanía política e integración social en el Uruguay”, en Hilda Sabato (Coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. Siglo XXI, México, 2003, pp. 405-427.
- Gerardo Caetano, “Notas para una revisión histórica sobre la cuestión nacional en el Uruguay”, en Hugo Achugar (editor), *Cultura (s) y nación en el Uruguay de fin de siglo*, Trilce, Montevideo, 1991.
- _____, *Partidos políticos y actores sociales: tradición, crisis, restauración y cambio: algunas reflexiones a propósito del caso uruguayo*, Universidad de la República, Montevideo, 1992.
- Gerardo Caetano y José Rilla, *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al MERCOSUR*, Montevideo: Fin de Siglo, 1994.
- _____, “Raíces y permanencias de la partidocracia uruguaya”, en *Secuencias*, 1992, núm. 2, ene-abr, pp. 143-172.
- _____ “A la búsqueda de una historia perdida. Izquierda y tradición: un problema y su versión en el Uruguay”, en Gerardo Caetano, Javier Gallardo y José Rilla, *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política*. Trilce, Montevideo, 1995.
- Caetano, Gerardo, Pérez, Romeo y Rilla José, “Cambios recientes y desafíos en el sistema político uruguayo concebido como una partidocracia.”, en *Partidos y Electores*, CLAEH/EBO, Montevideo, 1992.

- Gerónimo de Sierra, “Sistema y partidos políticos en el Uruguay de la crisis”, en Lorenzo Meyer y José Luis Reyna (Coords.), *Los sistemas políticos en América Latina*. Siglo XXI/ONU, México, 1989, pp. 41-59.
- Guillermo Hugo Bello Chávez, *Uruguay, génesis y metamorfosis de una cultura democrática* (Tesis para obtener el grado de Licenciado en Estudios Latinoamericanos). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, pp. 184.
- Guillermo Vázquez Franco, *La historia y sus mitos: a propósito de un libro de Real de Azúa, comentarios, digresiones, reflexiones*, Ed. Cal y Canto, Montevideo, 1994.
- Hugo Acugar, *Uruguay: imaginarios culturales*, Trilce, Montevideo, 2000.
- Inés Cuadro Cawen, “Partidos, elecciones y democracia política”, en Ana Frega *et al.*, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2010, pp. 317-357.
- Irene Renfer, *Democracia directa en Argentina, Uruguay y Venezuela. Tres ejemplos de democracia directa*, Prometeo, Buenos Aires, 2010, pp. 480.
- Jaime Yaffé y Adolfo Garcé, “La izquierda uruguaya (1971-2004): ideología, estrategia y programa”, en *América Latina Hoy*, N° 44, 2006, p. 92. Disponible en: http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2012/10/Yaff%C3%A9_La-izquierda-uruguaya.pdf
- Joaquín Andrade, “El Uruguay se les escapa de las manos”, en Omar Costa (Recopilador), *Los Tupamaros*, Ediciones Era, México, 1971, pp. 282.
- Jorge Zabalza, *Raúl Sendic, el tupamaro. Su pensamiento revolucionario*, Letraeñe Ediciones, Montevideo, 2011, p. 239.
- José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1964.

- _____, *Batlle, los estancieros y el Imperio británico. Tomo 8: La derrota del Batllismo 1916*), Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1987.
- José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942)*, Editorial Sudamericana Uruguaya, Montevideo, 2008, 525 pp.
- _____, “Revisionismos e izquierdas en Uruguay y Argentina”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Vol.19, N. 1, 2010, pp. 69-93. Disponible en: http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-499X2010000100003&lng=es&nrm=iso
- Juan José Arteaga, *Breve historia contemporánea del Uruguay*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pp. 390.
- Juan E. Pivel Devoto, “De la leyenda negra al culto artiguista”, en *Cuadernos de Marcha*, Número extraordinario, septiembre, 2000.
- Luis Costa Bonino, *La crisis del sistema político uruguayo: partidos políticos y democracia hasta 1973*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1995, p.
- Luis E. González, “Legislación electoral y sistemas de partidos: el caso uruguayo”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política [online]*, No. 4, 1990, pp. 9-27, p. 21. Disponible en: <http://www.fcs.edu.uy/archivos/RUCP-04-03-Gonzalez.pdf>
- Manuel Alcántara Saéz e Ismael Crespo Martínez, *Partidos Políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, CEDEAL, Madrid, 1992.
- Silvia Dutrénit (Coordinadora), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México, 1996, pp. 319.
- Rodrigo Vescovi, *Ecós revolucionarios: luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*, Nóos, Barcelona, 2003, pp. 565.
- Scott Myers, *Los años oscuros: Uruguay 1967-197*, Editorial Latina, Montevideo, 1997, pp. 227.

- Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, *Mujeres, Estado y política en el Uruguay del siglo XX*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.

Bibliografía complementaria

- Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 315.
- Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, Siglo XXI, México, 1995, pp. 917-918. Citado en Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, Octava Edición, 2009, pp. 275.
- Elizabeth Jelin, “Introducción”, en Elizabeth Jelin (Comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.
- _____, “Los sentidos de la conmemoración”, Elizabeth Jelin (Comp.), *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.
- Elizabeth Jelin y Victoria Langland, “Introducción. Las Marcas territoriales entre pasado y presente”, en *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2003.
- Eric Hobsbawn (Editor), *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona, 2012, pp. 318.
- Enrique Florescano, *La función social de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2013, 403 p.
- Eugenia Allier Montaño, “Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria”, en *Revista Historia y Grafía*, 2008, Núm. 3, pp. 165-1992.
- _____, “Pasados-presentes del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”, en *Revista mexicana de sociología*, vol. 70, No. 2, abril-junio, 2009, pp. 287-317.

- Gabriel A. Almond y Sidney Verba. “La Cultura Política”, en Albert Batlle (Editor). *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Ariel, Barcelona, 3º Edición, 2007, pp. 171-201.
- Horacio Cerutti, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, México, 1997.
- John Rawls, *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, pp. 654.
- Joel Candau, *Memoria e identidad*, Ediciones Del Sol, Buenos Aires, 2001, pp. 208.
- Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (Editores), *Usos públicos de la historia: ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, M. Pons, Madrid, 2003, 260 p.
- Jürgen Habermas, *Ensayos políticos*, Ediciones Península, Barcelona, 2002, pp. 283.
- Mancur Olson, “Dictatorship, Democracy, and Development”, en *American Political Science Review*, Vol. 83, Nº 3, 1993, pp. 567-576. Disponible en: <http://www.svt.ntnu.no/iss/Indra.de.Soysa/POL3503H05/olson.pdf>
- Michael Pollak, “Memória e identidade social”, en *Estudos históricos*, vol. 5, No. 10, 1992, pp. 200-212. Disponible en: http://reviravoltadesign.com/080929_raiaviva/info/wp-gz/wp-content/uploads/2006/12/memoria_e_identidade_social.pdf
- Pierre Nora, “La aventura de Les lieux da mémoire”, en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.), *Memoria e historia. Revista ayer*, 1998, núm 32, pp. 17-34.
- _____, *Pierre Nora en Les Lieux de mémoire*, Trilce, Montevideo, 2008.
- Seymour Martin Lipset, “Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política”, en Albert Batlle (Editor). *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Ariel, Barcelona, 3º Edición, 2007, pp. 113-150.